

**LA CRÍTICA DE RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT A LA HISTORIOGRAFÍA
LITERARIA HISPANOAMERICANA Y SU PROPUESTA DE UNA HISTORIA
SOCIAL DE LA LITERATURA A TRAVÉS DEL CASO DEL MODERNISMO**

VÍCTOR JOAQUÍN MALDONADO CORREA

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

MAESTRÍA EN LITERATURA

TUNJA

2020

**LA CRÍTICA DE RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT A LA HISTORIOGRAFÍA
LITERARIA HISPANOAMERICANA Y SU PROPUESTA DE UNA HISTORIA
SOCIAL DE LA LITERATURA A TRAVÉS DEL CASO DEL MODERNISMO**

VÍCTOR JOAQUÍN MALDONADO CORREA

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el título de Magíster en Literatura

Director

WITTON BECERRA MAYORGA

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

MAESTRÍA EN LITERATURA

TUNJA

2020

Nota de aceptación:

Firma del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Tunja, 10 de septiembre de 2020

AGRADECIMIENTOS

A todos mis profesores que he tenido a lo largo de mi paso por las diferentes instituciones:

De primaria a la profesora Amparo.

De bachillerato a Lucía Becerra y Alberto Fajardo.

De la licenciatura en filosofía de la UPTC a Luis Augusto Mora Bautista, quien me ayudó a encontrarle sentido al estudio y me presentó a los griegos, a Kant y la obra de Rafael Gutiérrez Girardot; y a Francisco Rodríguez Latorre, quien me ayudó en momentos difíciles y me presentó a Borges.

De la Maestría en Literatura a Juliana Borrero, Hernán Joaquín Fonseca, Diana Paola Guzmán, Iván Padilla, Rubén Muñoz, que me acercaron a la palabra con agrado y pasión.

A mi director, Witton Becerra, por su tiempo y sus enseñanzas sobre escritura académica.

A los compañeros de la maestría Harold Sánchez y Jorge Chaparro, por sus conversaciones largas y tendidas.

DEDICATORIA

A mi madre Ana Priscila Correa, no hay palabras para describir todo lo que le debo.

A mi hijo, Federico Maldonado, que me hace levantar con más ánimo cada día, mi compañía en
los viajes y en el arte.

A mi amada Milena Mendieta, por quien seguiré intentando poesías y utopías.

A mis Hermanas: Sandra, Pilar y Marcela, por su paciencia y cariño.

A mis estudiantes, que siempre me tienen pensando.

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	1
1. Capítulo Primero. Gutiérrez Girardot y la historiografía literaria tradicional.....	6
1.1 Nota biográfica	6
1.2 Gutiérrez y la historiografía literaria hispanoamericana	7
1.3 Historiografía literaria de corte marxista-leninista.....	15
1.4 Particularidades de la historiografía literaria hispanoamericana.....	18
1.5 El problema de la periodización.....	20
1.5.1 La peste del olvido.....	22
2. Capítulo Segundo. Gutiérrez Girardot y la historia social de la literatura.....	26
2.1 La relación entre literatura y sociedad desde Marx.....	334
2.2 Hacienda e historia social de la literatura hispanoamericana.....	37
2.3 El costumbrismo y la historia social.....	43
2.4 Hombres de letras.....	45
2.4.1. La función del intelectual en la sociedad moderna.....	50

3. Capítulo Tercero. El caso del Modernismo: una valoración desde la historia social de la literatura.....	55
3.1 Poetas en tiempos de miseria.....	59
3.1.1 La novela de artista.....	63
3.2 La secularización, presupuesto de la modernidad y del modernismo.....	67
3.2.1. La secularización en la literatura.....	71
3.3 literatura modernista y espacio urbano.....	76
3.4 Una propuesta curricular para la enseñanza del modernismo en el bachillerato.....	82
Conclusiones.....	87

Referentes Bibliográficos

RESUMEN

El presente trabajo aborda la crítica de Rafael Gutiérrez Girardot a la historiografía literaria tradicional en su dos vertientes principales: la de corte nacionalista y la de cuño marxista-leninista. En la segunda parte se mostrará la propuesta del autor que servirá de presupuesto conceptual y metodológico para la realización de una historiografía literaria más completa, esto es, la historia social de la literatura, Por último, se planteará cómo el análisis hecho al modernismo desde los supuestos de la historia social de la literatura, permitirá una revaloración de este movimiento literario, más allá de los estudios filológicos o formalistas. En esta parte se esboza, finalmente, un diseño curricular para la enseñanza del modernismo en el bachillerato, partiendo de las herramientas planteadas en la segunda parte, es decir, desde la interdisciplinariedad.

Palabras clave: Rafael Gutiérrez Girardot, historiografía literaria hispanoamericana, historia social de la literatura, Modernismo

INTRODUCCIÓN

“Usque tandem Catalina abuteris patientiam nostram?”¹

Cicerón

Desde los inicios de la carrera intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot (Sogamoso, 1928 - Bonn, 2015) el problema de la historiografía literaria hispanoamericana estuvo presente dentro de las preocupaciones de este crítico colombiano; así lo señala el profesor Carlos Rivas Polo² en su tesis doctoral sobre los años de formación de Gutiérrez en Colombia y en España. En Madrid, donde estudia simultáneamente filosofía y sociología, en el marco de las preocupaciones suscitadas por Pedro Henríquez Ureña³ (1884-1946), Gutiérrez se empieza a interesar por el proceso literario de Hispanoamérica y, en consecuencia, por la historiografía literaria. Sin embargo, no debe ignorarse que los problemas de la historiografía literaria abordados por el pensador dominicano tienen un trasfondo político, pues buscan, en últimas, la unidad hispanoamericana, propia de los postulados bolivarianos (Rivas, 2015).

El presente trabajo se propone hacer una aproximación a la crítica que hace Gutiérrez de la historiografía literaria hispanoamericana tradicional, para enseguida analizar la propuesta de este autor referente a los aportes de la historia social de la literatura. Por último, se expondrá cómo en algunos escritos de Gutiérrez sobre el modernismo se aplican las herramientas de la historia social de la literatura y de qué manera con estas mismas herramientas se puede esbozar un módulo para

¹ La traducción que hace Gutiérrez reza: “¿hasta cuándo admitiremos con falsa y cobarde paciencia que se abuse de nosotros?”

² Carlos Rivas Polo es docente e investigador colombiano. Hace parte de un grupo de docentes de la Universidad de Antioquia que se han dedicado a estudiar con rigor la obra de Rafael Gutiérrez Girardot. Se doctoró en la Universidad de Salamanca con su tesis *Rafael Gutiérrez Girardot. Los años de formación en Colombia y España (1928-1953)*. Ha realizado estudios sobre las revistas *Quimera* y *Mito*, en las que Gutiérrez es una figura destacada. Además, fue el creador del blog <http://gutierrezgirardot.wordpress.com/> en el que ordena toda la bibliografía del autor y sobre el autor, por fechas y por temáticas.

³ Escritor, filósofo, filólogo, periodista y crítico dominicano. Junto con Alfonso Reyes, es uno de los referentes más frecuentados por Gutiérrez, principalmente respecto de las problemáticas de Hispanoamérica, como la historiografía, la utopía y la unidad continental. Frente a la temática de esta tesis se destacan dos trabajos: *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1949) y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928).

la enseñanza del este movimiento literario en el bachillerato. Para ello se hace un recorrido por algunos de sus ensayos que tratan dicha problemática, desde los que hacen una crítica a la historiografía literaria tradicional, pasando por aquellos en los que propone la historia social de la literatura como alternativa para superar las fallas de la historiografía tradicional, hasta llegar al caso del Modernismo, en cuyo estudio el autor utiliza el aparato conceptual de la historia social de la literatura para interpretar de manera amplia y novedosa este movimiento literario que, según el autor, fue descuidado por la historiografía tradicional, hasta la década de los 80 del siglo XX.

Por tanto, lo que se busca con la presente monografía es realizar un abordaje a de las problemáticas mencionadas, desde los escritos directos del autor y sin olvidar el contexto de los estudios hispanoamericanos en los que se enmarcan sus tesis. En el trabajo no se soslaya, en consecuencia, uno de los principios del sentido del estudio que postula el autor en *Universidad y sociedad* (1989a), y es que el conocimiento, sin importar del tipo que sea, no debe ser considerado como un decorativo de la persona, sino que debe comportar una forma de clarificar su existencia e, incluso, de pacificarla. De igual forma, se busca reivindicar la necesidad de “una reorientación histórica de los estudios latinoamericanos”, así como la recuperación de una sólida tradición de este continente que ha sido descuidada; idea que expresa el autor en sus notas preliminares a *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989, p. 11). En este caso, constituye un imperativo conocer cómo se ha construido la historia de la literatura hispanoamericana, qué redes de poder están detrás de quienes han hecho esta historia y, a través del análisis del modernismo, entender el proceso histórico de Hispanoamérica en la formación de sus letras.

Juan Guillermo Gómez García⁴ (2011), uno de los investigadores que más se ha acercado a la obra de Gutiérrez en Colombia, incluso con traducciones y el rescate de archivos de su obra, advierte que leer a dicho autor no es difícil, sino exigente. Y lo exigente reside en que, para entenderlo, hay que ascender al nivel de los conceptos de las diferentes ciencias humanas. Por ejemplo, en el campo disciplinar de la historiografía literaria, Gutiérrez va a insistir en la necesidad de acercarse a

⁴ Juan Guillermo Gómez García es docente, investigador, traductor, editor. Doctor en filosofía de la Universidad de Bielefeld, Alemania. Actualmente está a la cabeza de la publicación de la obra crítica de Rafael Gutiérrez Girardot en la Universidad de Antioquia (alrededor de 25 volúmenes).

disciplinas como la historia, la filosofía, la sociología y la historia social para entender las expresiones literarias, no como el resultado de un genio inspirado, sino como la manifestación de un ambiente cultural y unas realidades sociales, económicas, jurídicas, ideológicas e históricas. Dicha característica interdisciplinar será clave para la propuesta de un módulo que pueda servir de insumo en la enseñanza básica o media de dicho movimiento literario, es decir, se trata de una propuesta curricular en coordinación con diferentes disciplinas.

Por otro lado, debe agregarse que gran parte de la vida intelectual de Gutiérrez se desarrolló en Europa, principalmente en España y en Alemania⁵. Dicha perspectiva le permitió al autor realizar un cotejo entre la tradición europea y la hispanoamericana y darse cuenta que, en contraste con el desarrollo de la inteligencia europea, Hispanoamérica se ha visto abocada a dar saltos para ponerse a la par con Europa. En tal sentido, lo que ha predominado en este continente, según Alfonso Reyes (Última Tule y Otros ensayos, 1991), es la improvisación, el vivir dando saltos; y el salto más grande ha sido el de llegar a la Modernidad sin pasar por épocas como el Renacimiento, la Ilustración, la Reforma o las Revoluciones Científicas. Por el contrario, la herencia española se ha asentado en el dogmatismo de corte católico contra reformista. Lo que ha traído como consecuencia el rechazo de toda teoría que no tenga consonancia con la religión, como el utilitarismo, el positivismo, o más aún las ideas marxistas. Gutiérrez ha servido de puente entre estas dos tradiciones, por tanto, aquí se pretende, adicionalmente, reconsiderar las ideas de aquellas personalidades que hacen parte de la tradición de los arquitectos de América, autores que él analiza frecuentemente en sus ensayos porque han sabido establecer un diálogo crítico entre la tradición europea y la hispanoamericana.

El método de que se utilizó en la investigación también es propio de Gutiérrez. Se trata de hacer una lectura atenta y rigurosa de una selección de ensayos y, como dice Rivas (2015), “dar la palabra a los textos del autor” (p. 11) para extraer de allí las ideas medulares, las reflexiones y las polémicas

⁵ Gutiérrez realizó en Madrid estudios de sociología (Instituto de Estudios Políticos) y de filosofía (Xavier Zubiri) desde 1950 hasta 1953. En Friburgo participó en seminarios de filosofía con Martin Heidegger y se doctoró en Romanística bajo la dirección de Hugo Friedrich, de 1953 a 1956. En Bonn trabajó como Agregado cultural en la embajada de Colombia, de 1956 a 1969. De 1970 hasta su muerte se desempeñó como docente titular de hispanística en la Universidad de Bonn.

que el autor suscita entorno a la historiografía literaria hispanoamericana, la historia social y el Modernismo. Para la selección de los textos centrales se han tenido en cuenta los trabajos previos en los que se ha clasificado la obra de Gutiérrez, tales como el blog creado por Carlos Rivas Polo, en el cual reseña de manera amplia la bibliografía existente de y sobre Gutiérrez⁶. Además se tuvo en cuenta la selección hecha por José Hernan Castilla en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas* (1989), en especial la primera parte dedicada a la crítica literaria (los otros dos temas son “Universidad y cultura” y “Colombia, un caso complejo”). Así, los textos analizados fueron: en el primer capítulo, *Revisión de la historiografía literaria latinoamericana* (1986a) y *El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana* (1986b), en el segundo capítulo se abordarán las conferencias reunidas en el libro *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989) y en el tercero, en libro *Modernismo, supuestos históricos y culturales* (2004).

De este modo, en el primer capítulo se hace un acercamiento conceptual a la historiografía literaria, mostrando su definición y las posturas dominantes que hasta la década de los 80 del siglo XX se tenían en España e Hispanoamérica; dichas posturas se pueden resumir en dos: la de corte nacionalista, que es a la que más espacio le dedica el autor, y la de corte Marxista leninista. El segundo capítulo está centrado en la propuesta que el ensayista colombiano presenta para realizar una adecuada historiografía literaria. Si la propuesta de la historiografía literaria tradicional consiste en dar una prevalencia no merecida a los aspectos cronológico, geográfico y generacional; en cambio, la invitación del autor, consiste en analizar la complejidad de fenómenos que están alrededor de una obra literaria, ayudados por la historia, la filosofía, la sociología y otras disciplinas subsidiarias. Por último, el capítulo tercero se enfoca en un problema más específico, esto es, en un trabajo ejemplar en el que Gutiérrez aplica el aparato conceptual y metodológico de la historia social de la literatura para hacer una revaloración del Modernismo; movimiento que hasta la década de los 80, según el autor, había tenido una valoración historiográfica reduccionista,

⁶ En el blog <https://gutierrezgirardot.wordpress.com/> se clasifican las obras de Gutiérrez en seis categorías: “En revistas y periódicos”, “En libros en colaboración y prólogos”, “libros originales, de homenajes y antologías”, “traducciones” y “bibliografía crítica y entrevistas”)

marginándolo por su origen hispanoamericano, o tildándolo de burgués por no tener un compromiso político explícito. (Gutiérrez, 2004).

De manera general, con estas lecturas y reflexiones en torno a la historiografía literaria hispanoamericana desde la perspectiva de Gutiérrez, es posible profundizar en la comprensión del proceso histórico de Hispanoamérica desde su historia literaria y la manera como se ha hecho la misma. Se trata de pensar en la historia de la literatura no como un *a priori*, sino como una narración que se ha construido de acuerdo con intereses y en consonancia con el sistema social y económico en el cual está enmarcada; en últimas, se trata de entender esa estrecha relación entre literatura y sociedad. Y, a partir de esta comprensión, de modo particular y a manera de hipótesis de trabajo pedagógico, tener elementos de juicio y de análisis en la labor docente e investigativa; por ello al final se esboza un módulo para, desde los presupuestos expuestos en el capítulo dos, arriesgar una propuesta para la enseñanza del modernismo en el bachillerato, desde una perspectiva interdisciplinar.

1. Capítulo Primero.

Gutiérrez Girardot y la historiografía literaria tradicional

1.1 Nota biográfica

Rafael Gutiérrez Girardot nació en Sogamoso (Boyacá) en 1928 en una familia conservadora. Su padre, que era congresista, fue asesinado en 1932 y, por tal razón estuvo al cuidado de su abuelo, en la ciudad de Tunja. En Bogotá estudia simultáneamente en la Universidad del Rosario (Derecho) y en la Universidad Nacional de Colombia (Filosofía). Para esta época Gutiérrez era un joven conservador que hacía parte de los grupos fundados por Gilberto Alzate Avendaño. Luego de El Bogotazo, a los 22 años, viajó a Madrid y estudió con sus primeros maestros de filosofía en la península, José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri. Allí se destacó por sus publicaciones en la revista *Cuadernos hispanoamericanos*. En 1953 se trasladó a Friburgo, donde tuvo contacto con sus maestros Heidegger y Hugo Friedrich. Después de su trabajo como diplomático, por algunos años, fue nombrado profesor titular de Hispanística en La Universidad de Bonn, cargo que desempeñó hasta su muerte (Gómez, 2011).

El investigador, traductor y editor de la obra de Gutiérrez, el docente Juan Guillermo Gómez, subraya que la obra del profesor de Bonn ronda los trescientos ensayos, artículos y prólogos publicados, cerca de treinta libros, y una ardua tarea de editor y de traductor, principalmente en los campos de la literatura, la filosofía y la sociología. De igual manera, en la hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia reposa un valioso archivo donado por su hija, la doctora Betina Gutiérrez. El archivo contiene aproximadamente 100 ensayos inéditos, además de las Lecciones Magistrales (*Vorlesungen*) que por 20 años diera Gutiérrez en la Universidad de Bonn (aproximadamente 2.500 páginas inéditas). Por supuesto, están en alemán. También se cuenta con la correspondencia que intercambió con intelectuales como Gilberto Alzate Avendaño, R. H. Moreno Durán, Eduardo Caballero Calderón, Fernando Charry Lara, Alfonso Reyes, Miguel Ángel Asturias, Augusto Roa Bastos, José Luis Romero, los hermanos Goytisolo, Hugo Friedrich, entre otros (Gómez, 2011).

1.2 Gutiérrez y la historiografía literaria hispanoamericana

Antes de abordar el problema de la historiografía literaria hispanoamericana y de analizar la postura de Gutiérrez frente a la misma, es preciso partir de un acercamiento conceptual al problema. De igual modo, es pertinente estudiar las ideas de este autor dentro de una perspectiva histórica que las ubique en el contexto general de los estudios hispanoamericanos de su época.

Por tanto, para iniciar esta aproximación a la historiografía literaria hispanoamericana, desde la perspectiva de Gutiérrez, es oportuno preguntarnos ¿qué se entiende por historiografía, en general, y por historiografía literaria, en particular? De acuerdo con Rivas (2015), Gutiérrez adopta los conceptos de historia e historiografía de sus maestros Alfonso Reyes y José Gaos. El primero elabora esta definición en su obra *El deslinde* (1944):

“Historia se llama: 1) al suceder general; 2) al suceder humano en particular; 3) a la historiografía o conjunto de obras en que se lo relata. El primer sentido es bien claro. Para distinguir el segundo y el tercero disponemos, respectivamente, de los términos historia e historiografía” (p. 78).

Por su parte, Gaos expone dichos conceptos en su obra *El pensamiento hispanoamericano* (1943): “Emplearé los términos de historia e histórico cuando me refiera a los objetos históricos; de historiografía e historiográfico, cuando a la literatura o ciencia y filosofía sobre estos objetos” (p. 9).

En otra definición, Evelia Trejo (2010) expone que:

El registro de lo histórico corre por cuenta de las comunidades, pero en muchas ocasiones se sintetiza en la palabra de los historiadores. Y es mediante la palabra que se devuelve a las comunidades el significado de lo histórico. Cuando se toma conciencia de lo que hace el tiempo, que todo lo muda, todo lo mueve, todo lo desvanece, se intenta detener esa “tempestad del viento” mediante la palabra. Ese acto que supone todo un proceso de apropiación del pasado ha sido denominado historiografía. (p.4.)

Ya en el campo disciplinar específico de la historiografía literaria hispanoamericana, tema sobre el cual existe una amplia bibliografía como lo evidencia la investigación del costarricense Mijail Mondol López, habría que señalar la definición de Beatriz González:

La historiografía literaria, aunque estrechamente vinculada a las cuestiones teóricas y metodológicas de la historia de la literatura, constituye un tipo de meta-discurso abocado al estudio crítico del conocimiento histórico-literario y de la calidad de ese conocimiento. Historia e historiografía literarias son términos fácilmente intercambiables; por ello no está de más subrayar que ella no opera directamente sobre la producción literaria y su evolución sino sobre el modo cómo las historias de la literatura la han organizado de modo histórico: también la historia de la literatura tiene su historia. Le interesará observar las reflexiones que se han hecho sobre los problemas de la historia literaria, el modo como se han diseñado la periodización y sistematización literarias y las concepciones ideológicas que controlan esas prácticas (González, 2002, p. 38).

Teniendo en cuenta estas aclaraciones conceptuales, por historiografía literaria se entiende, en este trabajo, el estudio de cómo se ha conformado la historia de la literatura, cómo se ha hecho el trabajo de selección, clasificación, valoración e interpretación de las obras literarias, en resumen, cómo se ha pensado y escrito la historia de la literatura y el canon literario; en contraposición con la concepción tradicional de la historiografía literaria, entendida como compilación de obras canónicas y listados de autores ordenados por generaciones; definición que la convierte, según el planteamiento de Pulido (2010) en “una simple disciplina auxiliar con funciones pedagógicas o propedéuticas” (p. 230). Para reforzar esta idea, Mondol (2017) señala la instrumentalización de la historiografía literaria en la que predominan los fines didácticos, en detrimento del discurso teórico y las posibilidades de esta disciplina para la toma de conciencia sobre los procesos histórico-literarios.

Por otro lado, conviene puntualizar que en la década de los 80 del siglo XX el interés por el estudio de la historiografía literaria toma gran impulso en Hispanoamérica. Así lo refiere el argentino Pablo Brescia en el artículo *Historiografía literaria hispanoamericana: de 1980 a la actualidad* (1994), en el que resalta que los trabajos más importantes, en los 14 años en los que delimita su

estudio, son tres colecciones de ensayos críticos: *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*⁷ (1985), de Beatriz González Stephan, *Aproximaciones*⁸ (1986) de Rafael Gutiérrez Girardot, y *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*⁹ (1987), editado por Ana Pizarro. En dichas colecciones, Brescia encuentra una común preocupación por renovar los estudios historiográficos de la literatura y hacerlos más reflexivos frente al proceso histórico-literario del continente, estudios que requieren enfoques de otras disciplinas, como la filosofía, la historia y la sociología.

En este sentido, de acuerdo con Mondol (2017), los ensayos de Gutiérrez son, junto con los de Domingo Millani, Beatriz González Stephan y Carlos Rincón, el segundo gran momento en los estudios de la historiografía literaria hispanoamericana. El primero corresponde a las investigaciones de Pedro Henríquez Ureña, a quien Gutiérrez también pondera positivamente. Para Mondol, el segundo momento se ubica en “el contexto de modernización y pensamiento político que se estaba produciendo dentro del ámbito mismo de los estudios literarios y culturales latinoamericanos” (p. 59). El tercer momento corresponde a la década de los noventa y lo que va corrido del siglo XXI.

Sin embargo, puntualizado este contexto, el presente trabajo se ocupa del estudio que hizo Gutiérrez a la historiografía literaria hacia la década del 80. En su tesis doctoral, Rivas (2015) sostiene que las inquietudes de Gutiérrez sobre la historiografía literaria vienen de su paso por España y de su trato con los intelectuales del Colegio de México. No obstante, en un reciente libro,

⁷ Fue parte de un proyecto de investigación que realizó el Centro de Estudio Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Está compuesto por los artículos: *Situación actual de la historia de la literatura latinoamericana*, *Para una historia literaria: un esquema del proceso de la historia de la literatura hispanoamericana*, *Problemas y tareas de la historia de la literatura en América Latina*; además, contiene índice de las principales historias de la literatura hispanoamericana.

⁸ Compuesto de artículos de gran interés para historiografía literaria hispanoamericana, tales como, *Revisión de la historiografía literaria latinoamericana*, *El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana*, *Problemas y temas de una historia social de la literatura latinoamericana*, y *La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío*.

⁹ Es un libro que reúne las ponencias y discusiones de un encuentro de expertos en historiografía literaria hispanoamericana, desde el enfoque de la historiografía comparativa; celebrado en Caracas en 1982.

Leonardo Monroy¹⁰ (2019) propone que las preocupaciones del autor sobre Hispanoamérica vienen a consolidarse en el tercer momento de su trayectoria intelectual. Así, las cuatro etapas que Monroy expone son: primera, entre 1948 y 1955 de corte conservador; segunda, cambio de perspectiva gracias al acercamiento a Hugo Friedrich y Martin Heidegger, quienes le suscitan la inclinación hacia el pensamiento de Hegel, Schlegel, Marx y Nietzsche; tercera, entre 1970 y 1990, en la que se integra de manera más notoria a las discusiones sobre Hispanoamérica y a la relación entre literatura y sociedad; y la cuarta, centrada en la figura de los intelectuales, “escritores cuyo magisterio iba más allá de la búsqueda del efecto sentimental o político y en los que la reflexión profunda sobre el ser humano acompañaba la densidad de la palabra estética” (Monroy, 2019, p. 12). Según esta segmentación, el presente trabajo se ocupará de la tercera etapa, y particularmente, este capítulo inicial abordará la crítica que hace Gutiérrez a la historiografía literaria tradicional de mediados del siglo XIX hasta la década de los 80 del siglo XX, tanto de Europa como de Hispanoamérica. Aclarado, de manera sumaria, el campo conceptual en el que se inscribe la historiografía literaria hispanoamericana y el lugar de Gutiérrez dentro del contexto de la reflexión crítica del continente, se puede entrar en detalle sobre lo que dice este autor en algunos de sus ensayos, tales como *Revisión de la historiografía literaria latinoamericana* (1986a) y *El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana* (1986b).

Así, es preciso considerar que, según Gutiérrez (1986a), el propósito de la historiografía literaria fue, desde sus inicios en Europa, defender una idea de nación. Y es Friedrich Schlegel¹¹ (1772-1829), a quien él considera el padre de la historiografía literaria, quien le había dado este carácter cuando la deslindó de los llamados “estudios anticuarios” para darle al arte una ubicación en el tiempo y en el espacio. Uno de los primeros en seguir esta manera de abordar la historiografía literaria, de acuerdo con el colombiano, fue el alemán Georg Gottfried Gervinus (1805-1871), quien escribió (1835-1842), desde la que llamaba a valorar la nación y su confianza en sí misma,

¹⁰ Es docente e investigador. Se doctoró en literatura colombiana en la Universidad de Antioquia con su tesis *Rafael Gutiérrez Girardot. Pensamiento literario y relaciones con América Latina entre 1970 Y 1990*. Actualmente es docente en la Universidad del Tolima

¹¹ Escritor, lingüista, crítico literario, filósofo, hispanista y poeta, es conocido como uno de los fundadores del Romanticismo. Junto con su hermano August Wilhelm von Schlegel, hizo parte del círculo de Jena. Gutiérrez pone de ejemplo su novela *Lucinda* (1799)

lo cual derivó, en el campo de la historiografía literaria, en la determinación de lo que era un clásico. Este criterio para determinar lo que era un clásico se encuentra plenamente formulado en otro de los seguidores de Schlegel, el italiano Francesco Sanctis (1817-1883), quien postuló que una obra clásica en la literatura es la que refleja a plenitud la expresión de la *conciencia nacional* (1870-71).

Ya en el mundo hispano, Gutiérrez enfiló su crítica sobre Marcelino Menéndez y Pelayo¹² (1856-1912), quien había formulado en su *Defensa del programa de literatura española* (1878) la existencia de un “genio nacional” español, el cual se fundaba únicamente en la “idea de la unidad peninsular”. Esta idea del *genio nacional* se manifestaba en los clásicos. Para Gutiérrez, esta idea no era clara, pues consideraba que los criterios de “lengua, raza y religión” no eran suficientes para determinar la inclusión de un autor en la literatura nacional. Y esa nebulosidad se expresaba, por ejemplo, cuando se consideraba a Séneca como un escritor español, solo por haber nacido en dicho territorio; y, sin embargo, a los semitas nacidos allí mismo se les consideraba extraños por no compartir la misma “lengua, raza y religión”. Su idea de la *unidad peninsular* se ciñe a las características de la cristiandad y la lengua latina. Por esta razón, su extensa obra se convirtió, señala Gutiérrez, en el tributo y la exaltación por excelencia del estilo español centrado en el territorio-nación.

Y para culminar este cotejo entre los tres autores, Gutiérrez concluye que, mientras los trabajos de Gervinus y Sanctis se dieron en momentos históricos en que sus naciones estaban buscando apoyo para construir su unidad nacional, el trabajo del Menéndez y Pelayo se dio en momentos en que el imperio español se estaba derrumbando e intentaba mantener, a la fuerza, esa unidad por medio del fanatismo religioso del catolicismo, que sería como el hilo que uniría el deteriorado imperio español de su momento.

¹² Escritor, filólogo, crítico, literario e historiador español. Considerado la figura central de la historiografía literaria española. La crítica de Gutiérrez a este autor es recurrente debido a que en sus monumentales obras (solo la *Historia de los heterodoxos españoles*, 1880-82, está compuesta de ocho tomos de un promedio de 500 páginas cada uno) Menéndez y Pelayo defiende la idea de una España católica, conservadora y cerrada a la Modernidad.

Luego de este sintético contexto europeo en el que el nacionalismo es el común denominador, conviene revisar el caso concreto de Hispanoamérica. Si bien existía mayor cercanía hacia Alemania e Italia, en tanto que el momento histórico por el que atravesaban los países de América hispana era también de preocupación por construir la unidad nacional; sin embargo, las ideas provenientes de Gervinus y Sanctis no fueron asimiladas en este continente, de acuerdo con Gutiérrez. La crítica que hace el escritor colombiano a esta situación es que, en lugar de fortalecerse la unidad continental de corte bolivariano y martiano, en Hispanoamérica se siguió el camino contrario a su realidad y se aceptó el modelo de historiografía y crítica literaria equivocado, el nacionalista de España, que padecía el derrumbamiento de su imperio. Así, mientras que en la historiografía literaria de Gervinus y Sanctis se pensaba en la nación del presente, proyectada hacia el futuro, en la de Menéndez y Pelayo se rechazaba el presente con una nostalgia por el pasado. En Hispanoamérica, señala Gutiérrez, se siguió creyendo en que los límites de la unidad los daba el territorio, fuera la nación o el virreinato. En consecuencia, y emulando categorías como la “españolidad”, la historiografía literaria de este lado del Atlántico comenzó a usar también nociones como la “argentinidad”, la “cubanidad”, la “peruanidad” o la “mexicanidad”.

Es decir que, según el autor, el primer acercamiento a la historiografía literaria en Hispanoamérica fue una asimilación acrítica de la europea, de corte nacionalista. Así, señala que uno de los primeros representantes de dicha mimesis es el argentino Ricardo Rojas (1882-1957), quien en su obra inaugural de la historiografía en Hispanoamérica: *Historia de la literatura argentina* (1948) emula las ideas de Menéndez y Pelayo al considerar criterios como la raza, el territorio, el idioma y la tradición. El resultado de estos cuatro elementos sería la expresión del alma de la nación en la literatura. Sin embargo, en opinión de Gutiérrez, Rojas entra en contradicción al tratar de aclarar el elemento del idioma, pues este argentino lo cataloga como algo autóctono y trasplantado a la vez.

Sin embargo, para hacer justicia, Gutiérrez muestra que en el comienzo de la historiografía literaria las contradicciones no son exclusividad de Hispanoamérica, veamos lo que dice:

Pues la *cartesiana* y *revolucionaria* Francia, por ejemplo, legó al mundo de entonces la obra historiográfico literaria de Ferdinand Brunetière, que era más delicuescentemente

reaccionario y nacionalista que Menéndez y Pelayo e infinitamente más lleno de contradicciones que Ricardo Rojas (1986, p. 14).

Para complementar esta idea, Gutiérrez (1986a) señala que, en las obras de Gustave Lanson (1857-1934), *Historia de la literatura francesa* (1894), y en la *Historia de la literatura inglesa*, de Émile Legouis (1861-1937) y Louis Cazamian (1877-1965), muy reconocidas por su vasta erudición, no se logra ver una concepción historiográfico-literaria, sino una enumeración esquemática de divisiones, subdivisiones y etiquetas. Además, como consecuencia del esquematismo de estas dos obras, el “horizonte del desarrollo literario” es privado “del contexto europeo, es decir, de la comunicación extra nacional específica de la vida literaria de esos países” (Gutiérrez, 1986, p. 17). Por tanto, el nacionalismo implícito en los propósitos de la historiografía literaria es algo generalizado, tanto en Europa como en Hispanoamérica; y comienza, de acuerdo con el ensayista colombiano, (Silva, 1961) desde que Gervinus y Sanctis realizan el proceso de “desuniversalización” del concepto de historiografía literaria moderna, inspirados por Schlegel.

Así, continúa su análisis Gutiérrez, al ser la europea y la hispanoamericana una historiografía literaria nacionalista, la diferencia entre estas dos radica en que la última fue escrita en un idioma que no es exclusivo de una sola nación. Y el olvido de que los países de Hispanoamérica comparten una lengua y una cultura “ha ocultado bajo el manto de la justificada emancipación los más fervorosos patrioterismos y las más cursis manifestaciones de una perspectiva meramente municipal” (Gutiérrez, 1986, p. 18).

Para agregar otro problema, Gutiérrez menciona las imprecisiones y desconocimientos que revelan obras como la de Raúl Silva Castro (1905-1970), quien, en *Panorama literario de Chile* (1961), en lugar de argumentar, enumera autores y, cuando pretende argumentar, evidencia su falta de rigor. Así, de manera enfática, afirma sobre el autor chileno:

Sus juicios estéticos nada tienen que ver con el proceso y la significación literaria dentro del contexto hispano que tiene la literatura que él reivindica. Frente a la obra poética de Gonzalo Rojas, por ejemplo, Silva Castro apunta con la ineficaz ironía del ignorante que en *La miseria del hombre*, Rojas “para solaz de sus lectores maneja vísceras y recuerda, a lo largo de varios poemas, funciones corporales y hechos físicos de que hasta ayer no se

hizo habitual comercio en la poesía” sin percatarse, por lo menos, de que en 1911 apareció uno de los libros de poesía más decisivos de la literatura alemana, *Morgue*, de Gottfried Benn, en el que confluía un aspecto del Romanticismo Alemán y del proceso de la literatura que le siguió y que puede resumirse muy sumariamente con el título de la obra de un discípulo de Hegel, Karl Rosenkranz: *La estética de lo feo* (1853) (1986, p. 18)

Retomando, cuando Gutiérrez enfrenta el problema del nacionalismo de la historiografía literaria, lo hace para abordar la pregunta por los criterios que hacen que una obra entre a formar parte del canon o de los monumentos de la literatura de una nación. Así, el autor se pregunta por los juicios de valor o los criterios que se tienen en cuenta para decidir si una obra literaria es digna de entrar en los parnasos nacionales, y lo que concluye es que en este campo solo hay arbitrariedad y confusión. Por ello duda de las categorías que han sido determinantes para juzgar si una obra literaria es representativa de una nación, como el “genio” o el “estilo” español, el “alma argentina”, la “peruanidad”, la “sensibilidad propia del ambiente chileno”, la “virilidad” o la “feminidad”, etc. Es decir que, para este autor, la historiografía literaria nacionalista valora obras con criterios científicamente poco definibles. “Entonces cabe concluir que, aunque esta historiografía literaria nacionalista calme la sed patriótica de los corazones y compense las frustraciones nacionales y sociales, y contribuya a satisfacer las vanidades, en realidad nada tiene que ver ni con historia ni con literatura” (Gutiérrez, 1986, p. 21). Por tanto, esta manera de hacer la historia literaria debe expandir su perspectiva.

Para superar este sesgo de la historiografía literaria tradicional, Gutiérrez propone ampliar la perspectiva y observar el complejo entramado de relaciones sociales, jurídicas, filosóficas, extra-nacionales, es decir, entender que las obras literarias son fenómenos que están asociadas a determinados momentos históricos y a aspiraciones de un determinado grupo social. Entonces, se invierte el sentido: no es que la literatura tenga una función en la sociedad, sino que un grupo social le ha dado unas funciones a la literatura. Para el autor, todo esto forma parte de un material importante para estudiar la función que en una época concreta se le dio a la literatura. Por ejemplo, las llamadas literaturas nacionales podrían servir de material auxiliar para entender cómo se conformaron los estados nacionales; con ello se podría descubrir que los nacionalistas que siguieron este camino, imitando a los europeos, lo hicieron para justificar ideológicamente los intereses

mezquinos de la clase alta, olvidando los postulados de Martí y Bolívar de buscar una América hispana emancipada en su totalidad y no atomizada en nacionalismos. Por tanto, concluye Gutiérrez (1986): “los *estados nacionales* hispanoamericanos constituyen la legalización solemne de los intereses de las parroquias de las llamadas *altas clases* y las historias literarias nacionales no son otra cosa que el intento de legitimar sentimentalmente esa cursi legalización” (p. 22).

Expuestas las ideas de Gutiérrez sobre la historiografía literaria de corte nacionalista, es preciso observar que, de acuerdo con Pérez (2017) en el presente siglo las historiografías siguen estando vinculadas al marco de la conformación de los Estados, pero también al fenómeno de la globalización, lo cual implica nuevos retos para esta ciencia. Para este autor, después de la década de los 80 ya se han caído todas las mitologías que defienden las excepcionalidades de las naciones, y, en el caso de España, se ha dado paso al estudio histórico-literario de las Comunidades Autónomas (vascos, catalanes, gallegos), sin la necesaria ligazón al Estado-Nación español. Es decir, considerando “la construcción de una memoria capaz de comprender la pluralidad de las identidades” (p. 113). Estos trabajos tienen en común con los postulados de Gutiérrez, el hecho de ser abordados desde diversas disciplinas, entre ellas la historia social. De igual forma, convergen en la superación de los nacionalismos en aras del cosmopolitismo.

De esta manera, al develarse que muchas historias literarias estaban construidas sobre bases nacionalistas, es decir, con criterios geográficos, e incluso racistas, queda establecido que para una historiografía literaria es necesario tener en cuenta la noción de proceso histórico, así como la vinculación entre los supuestos ideológicos de una sociedad y la conformación de un canon literario. En este sentido, la historiografía literaria también puede correr el riesgo de convertirse en la justificación, ya no del nacionalismo, sino de la lucha de clases promulgada por el leninismo.

1.3 Historiografía literaria de corte marxista-leninista

De acuerdo con Gutiérrez, la diferencia entre la concepción que se acaba de presentar, que se podría denominar tradicional-nacionalista, con la que aquí se empieza a exponer, es decir la de corte marxista-leninista, es que esta se encuentra inspirada en una concepción histórica. Sin embargo, lo que le reprocha el autor a este tipo de historiografía literaria es que, el marxismo al que se refiere, para Hispanoamérica, es de segunda o hasta de tercera mano, es decir, petrificado y

esquemático. El primer ejemplo que pone es el del peruano José Carlos Mariátegui¹³ (1894-1930), que, en opinión de Gutiérrez, conoció el marxismo gracias a un antimarxista como el italiano Benedetto Croce (1866-1952), quien en su obra *Materialismo histórico y economía marxista* (1899) reflejaba las discusiones que se habían dado en Italia gracias a la recepción de la obra de Hegel. Dice Gutiérrez: “El camino a Marx seguido por Mariátegui no contaba con obstáculo alguno: iba del esquematismo de Croce al esquematismo de Lenin y en todo caso dejaba de lado a Marx” (1986, p. 22). Y producto de esta recepción dogmática de Marx en Hispanoamérica, señala el ensayista colombiano, su acogida no fue productiva sino repetitiva, no enfrentó los problemas de Marx y su pensamiento, sino que obedeció ciegamente a las imágenes creadas por Lenin de Marx.

Sin embargo, para un autor contemporáneo como Sosa, (2007) Mariátegui representa “uno de los marxistas más lúcidos, vigorosos, completos y originales del siglo XX, toda vez que supo hacer de la teoría marxista, no un mero calco o copia sino, como él mismo lo llamó, una creación indo-americana (La vigencia del pensamiento de José Carlos Mariátegui en un mundo global: identidad, cultura y nación en América Latina, p. 110)”. Precisamente, este último aspecto, el del indigenismo, es el que Gutiérrez va a criticar más duramente a Mariátegui. En interpretación del colombiano, la defensa del indigenismo lo acercó a la versión nacionalista de la historiografía literaria tradicional, ya no usando conceptos como la “cubanía”, el “alma argentina” o parecidos, sino aludiendo a la raza. De este modo, para el Gutiérrez:

El “indigenismo” es un “racismo”, y que, aunque sea de los oprimidos, no deja de ser irracional. Es tan irracional como la beatería de la supuesta generación del 98 ante el paisaje castellano, como la ideología alemana de “la sangre y el terruño”, como los

¹³ Mariátegui es uno de los autores hispanoamericanos que más se ha dedicado al pensamiento Marxista. La editorial Amauta, de Lima, Perú, ha publicado 20 tomos de sus *Obras completas*, 8 tomos de *Escritos juveniles* y 2 tomos de *Correspondencia*. Su obra más reconocida es “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana” (1969), libro calificado por el argentino Atilio Boron (2009) como un hito del marxismo en Latinoamérica. De igual modo, Gutiérrez resalta el estudio crítico realizado en el ensayo “El proceso de la literatura” (que forma parte de *Siete ensayos*) porque hace un acertado análisis del cosmopolitismo.

“regionalismos” franceses, esto es, como las sentimentalidades que coadyuvaron ideológicamente al advenimiento de los fascismos (p. 24).

Dentro de dicha historiografía literaria de corte marxista-leninista, Gutiérrez critica igualmente la obra de la francesa Françoise Perus¹⁴ *Literatura y sociedad en América Latina* (1976). De esta obra señala el esquematismo que presenta, a pesar de estar “ornamentado con terminología francesa” (1986, p. 24). De igual manera que, al momento de hacer una valoración del Modernismo, lo presenta como un movimiento oligárquico, ya que este tipo de historiografía literaria de cuño marxista-leninista sólo consideraba la crítica literaria como otro campo de combate en la lucha de clases, y también porque consideraba que en la interpretación de la literatura eran imprescindibles las nociones de estructura y lucha de clases. Así, como para la historiografía literaria nacionalista, toda obra literaria que no fuera nacional debería ser rechazada, para la historiografía literaria marxista-leninista debería ser rechazada toda obra que no procurara la lucha de clases. Entonces, lo que es un complejo entramado de elementos, se reduce a uno solo, y este reduccionismo y dogmatismo será estéril porque, según Gutiérrez:

Al cabo resultará superflua cuando haya concluido la lucha de clases y cuando en tal momento, la sociedad revolucionada busque su legitimación histórica en el pasado y encuentre que la “lucha de clases” que llevó a cabo la crítica no sólo no contribuyó en nada al triunfo de la clase proletaria, sino que dejó en herencia un cementerio en el que yacen todos los que contribuyeron a reflexionar sobre la sociedad. Y entonces, la crítica literaria de la sociedad revolucionada comenzará a redescubrir, primero, temas literarios que la crítica luchadora había condenado, y la nueva crítica comenzará a rescatar a los difuntos (1986, p. 25).

Según se puede deducir de la crítica de Gutiérrez a Mariátegui y a Perus, la historiografía literaria hispanoamericana sí puede ser estudiada desde la teoría marxista, pero sin el esquematismo leninista, es decir, sin supeditar la valoración de la literatura al criterio de la lucha de clases,

¹⁴ Actualmente es investigadora y docente del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Aunque francesa de nacimiento (1936), gran parte de su trabajo lo ha desarrollado en México. Ha ganado dos veces el Premio Casa de las Américas: en 1976 con el ensayo *Literatura y sociedad en América Latina*, y en 1981 con *Historia y crítica literaria*.

porque, sin importar que una literatura se considere la voz de la oligarquía o la burguesía, esta literatura puede ser valorada por la historiografía como manifestación de un momento histórico particular. Pero este es el material del segundo capítulo en el que se expondrán las bases para una historia social de la literatura, cuyo primer problema es el de la relación entre literatura y sociedad. Sin embargo, antes de pasar a dicho capítulo veamos otras problemáticas de la historiografía literaria hispanoamericana.

1.4 Particularidades de la historiografía literaria hispanoamericana

Además de los problemas de la historiografía nacionalista y la de cuño marxista-leninista, Gutiérrez añade que en Hispanoamérica se adolece de algunas particularidades. La primera de ellas es el provincianismo, que consiste en estudiar los fenómenos de la literatura local sin ninguna relación con otras literaturas. Esto en tanto que se recurre a la categoría de “influencias” que, para el ensayista colombiano, es problemática y estéril ya que plantea que una obra o un autor es relevante por su relación de dependencia con otro autor o movimiento literario de renombre en la historiografía tradicional.

Un segundo elemento mencionado por el autor y descrito como herencia de Ortega y Gasset¹⁵, es la teoría de las generaciones, que solo concibe la historiografía literaria como un ejercicio de ordenación mecánica de material literario y no permite la reflexión histórica ni tampoco presenta alguna justificación para interpretar textos o para hacer periodizaciones en un contexto o en un marco social e histórico. Lo que logra constatar el autor es que, este tipo de historiografía literaria, basada en las generaciones, a comienzos del siglo XX, no tuvo en cuenta las suscitaciones de los estudios hechos en Francia por la *Escuela de los Anales*, con lo cual se pudo haber complejizado el tratamiento de la historia de la literatura y enriquecerlo con la descripción, por ejemplo, de la vida literaria, en la que hay revistas, editoriales, bibliotecas, crítica literaria en los periódicos, literatura rosa, etc. Este trabajo es el que posteriormente van a realizar algunos historiógrafos de

¹⁵ “La idea de las generaciones” es un texto que hace parte del libro *El Tema de nuestro tiempo* (1923). En el establece que las generaciones son de 15 años y en los comienzos de la historiografía literaria fue uno de los criterios más importantes para la clasificación histórica-literaria

la literatura, tanto desde los postulados de la historia social y la historiografía comparatista, como desde las recientes investigaciones basadas en cartografías (Mondol, 2017).

Gutiérrez es enfático en afirmar que al estudio historiográfico de la literatura hispanoamericana le hace falta tener en cuenta la noción de proceso histórico, y de igual manera tener en cuenta los postulados de Pedro Henríquez Ureña establecidos en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*¹⁶ (1949), la cual es considerada por el colombiano, como la obra inaugural de la historiografía literaria hispanoamericana. Henríquez Ureña plantea en su texto que la historia literaria de América Hispánica es un proceso y no la enumeración de autores, por tanto, debe ser estudiada desde la historia social de la literatura, esto es, estableciendo relaciones entre los acontecimientos sociales y los textos literarios, y además teniendo presente la búsqueda de una expresión propia continental. En este sentido, lo propio de una historiografía literaria moderna es superar aquellos criterios de clasificación con fines didácticos, como los geográficos o cronológicos, para atender más al proceso histórico-literario. Empero, aquí es pertinente preguntarse por una posible contradicción de Gutiérrez al criticar las clasificaciones geográficas y hablar al mismo tiempo de literatura “hispanoamericana”. Es decir, reemplazar lo nacional por lo continental, manteniendo el criterio geográfico. Sin pretender agotar la cuestión, podría decirse de momento que la elección de esta categoría “hispanoamericana” refiere a países que tienen en común la implantación colonial de España, esto es, la lengua, la religión y la cultura. Por tanto, se hablaría de “Hispanoamérica” en tanto los países de dicho continente comparten un proceso histórico. No obstante, entender la historia literaria como un proceso histórico literario no elude el problema de la periodización. ¿Cuándo empieza o cuando termina una nueva literatura? ¿Cuáles son los criterios para establecer las periodizaciones?

¹⁶ Esta obra está compuesta por las conferencias que Henríquez Ureña ofreció en la cátedra Charles Eliot Norton, en la Universidad de Harvard, en los años 1940-1941. Son ocho capítulos que abarcan la literatura hispánica, desde la época precolombina hasta las primeras décadas del siglo XX. Su primera edición fue en inglés en el año 1945 y la primera edición española fue en 1949, traducida por Joaquín Díez-Canedo

1.5 El problema de la periodización

De acuerdo con Pulido (2010) “la historia literaria tiene que enfrentar dos problemas básicos: una periodización que sea científicamente sustentable y la problemática del objeto de estudio” (p. 228). Estos dos problemas fueron analizados por Gutiérrez en *El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana* (1986b), texto en el cual se plantea la importancia de clarificar el objeto de la historia de la literatura como presupuesto para concebir una periodización.

Para estudiar el problema de la periodización, nuevamente recurre a Menéndez y Pelayo como contraejemplo, pues fue éste quien sirvió de modelo a seguir en el ámbito hispanoamericano. Sobre él dice que su historia de la literatura no parte de pensar empíricamente el objeto, sino que asume el *a priori* de que existe una nacionalidad literaria española. Sin embargo, no se problematiza el inicio de dicha nacionalidad, es decir, propone un doble *a priori*, el primero es ontológico, planteando la existencia de un “ingenio” y el segundo es histórico, cuando dice que es “español”. El inconveniente central de este asunto, según Gutiérrez, es que se anula la noción de proceso y se da como comienzo de una literatura lo que en realidad solo es un resultado provisional del proceso histórico. La nacionalidad literaria que menciona Menéndez y Pelayo es resultado de las construcciones del pensamiento historiográfico del siglo XIX, que a su vez acompañaron el nacimiento de la idea de estados nacionales, y esto a su vez es el resultado de unas condiciones culturales a las que aportó la Revolución Francesa, la evolución de la burguesía, el romanticismo, etc. Y la consecuencia de invertir los términos (poner como inicio lo que es un resultado) estrecha el horizonte histórico y llena de vicio la escogencia de los materiales que se deben tener en cuenta al momento de hacer un deslinde del objeto de la historia literaria. Para Gutiérrez, la extensa obra de este autor español, *Historia de los heterodoxos españoles*, es una especie de “lista negra” de los autores que no encajan en esta literatura nacionalista estrecha, por no cumplir con requisitos referentes a raza, religión y lengua; interponiéndole, entonces, “nacionalismo y dogmatismo religioso como criterio científico para determinar el objeto de una historia literaria” (1986b, p. 30). Por tanto, para Gutiérrez es imperativo rechazar esta manera de delimitar el objeto de la historia literaria, no solo por su racismo implícito, sino por la falta de rigor de estos criterios.

En tal sentido, siguiendo a Gutiérrez, el primer problema de la periodización es el de fijar un comienzo, y la postulación de éste es variable porque depende de la concepción de literatura o de las concepciones ideológicas de quien hace esa historia. Un ejemplo citado por el ensayista colombiano es *Historia de la literatura de la Nueva Granada (1867)*, del bogotano José María Vergara y Vergara (1831-1973), quien postuló el comienzo de la literatura de este territorio cuarenta años después de la fundación de las dos ciudades más importantes que, a su juicio, eran Bogotá y Tunja.

Desde la perspectiva de Gutiérrez, para postular un hipotético comienzo de la literatura, se debe tener en cuenta el marco histórico en el que esta se originó y desarrolló; la función que tiene la literatura en una sociedad naciente o en una sociedad en proceso de formación no es la misma que la función que tiene en una sociedad ya formada. Si se comenzara la historia de la literatura hispanoamericana con los diarios de Colón, entonces se supone que cabría en esta categoría toda literatura que hable de este continente; entrarían entonces otros autores como Bartolomé de las Casas, Fernández de Oviedo, Francisco de Victoria o Juan Ginés de Sepúlveda. Con esa designación tan amplia, aclara el autor, entrarían también en esta literatura escritores que trataron el tema de América en otro idioma, como A. Humboldt, que provienen de otra sociedad y otra cultura.

Entonces, sabiendo que para la determinación del inicio de la literatura es importante tener en cuenta el marco social e histórico, Gutiérrez arguye que es mejor fijar el inicio en el mismo momento en que comienza una sociedad nueva, que para el caso Hispanoamericano es a partir de la Colonia; para ello postula como modelo el trabajo realizado por Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Para este dominicano, el comienzo de una literatura está estrechamente relacionada con un nuevo tipo de sociedad, sin embargo, no se deben dejar de lado los elementos o las instituciones previas que posibilitaron esa sociedad y esa literatura. Dichas instituciones, según Henríquez Ureña, son las universidades y los conventos, además de un conjunto de actores de la vida intelectual de la Colonia que posibilitaron que el arte tuviera un ambiente propicio, tales como los hombres de estudio, los que presidían diócesis y audiencias, los virreyes, los pintores, escritores y arquitectos. Un fenómeno que observa este autor es que la vida

intelectual de la colonia fue muy activa y la literatura ocupaba un puesto central. Por ejemplo, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica* se menciona que:

Hacia mediados del siglo XVI comenzamos a encontrar nombres de escritores y artistas nacidos en América. Cincuenta años más tarde los hay en abundancia: en México trescientos poetas concurren a una justa poética en 1585. Los escritores escribieron obras religiosas, historia, poesía lírica, poesía épica, dramas y comedias, raras eran las novelas pues estaba prohibido publicarlas, aunque se leían a pesar de las prohibiciones (Henríquez, 1959, p. 55.)

Gracias a este tipo de observaciones de Henríquez Ureña y a la periodización que hizo de la literatura hispanoamericana en *Las Corrientes*¹⁷, se puede notar que la historia de la literatura debe tener en cuenta las particularidades de la sociedad y los cambios que se dan en su proceso histórico. Por esta razón es que Gutiérrez deja planteado que la senda abierta por este escritor dominicano no debe ser abandonada si se quiere hacer una historiografía literaria con rigor. No obstante, lo que recalca el colombiano, es que en este continente se ha descuidado la tradición que ha pensado América desde el siglo XIX y se le ha dado prevalencia a la recepción acrítica de las modas.

1.5.1 La peste del olvido¹⁸

Otro elemento problemático que añade Gutiérrez al surgimiento de una historiografía literaria hispanoamericana es el de “las modas”, es decir, la asimilación acrítica de teorías literarias recientes. Actitud que estuvo acompañada, según él, por una postura contradictoria frente a lo europeo. Y era contradictoria la actitud de los criollos porque unas veces manifestaban su orgullo de formar parte del árbol genealógico de los españoles, pero en otras ocasiones despreciaban todo lo que fuera español.

¹⁷ 1. Creación de una sociedad nueva (1942-1600) 2. El florecimiento del mundo colonial (1600-1800) 3. La declaración de la independencia intelectual (1800-1830) 4. Romanticismo y anarquía (1830-1860) 5. El periodo de organización (1860-1890) 6. Literatura pura (1890-1920) 7. Problemas de hoy (1920-1940)

¹⁸ Esta expresión, referida a la enfermedad que sufrieron los habitantes de Macondo en la obra García Márquez, *Cien años de soledad*, Gutiérrez la utiliza para describir el olvido en que quedaron los intelectuales que cimentaron las bases de Hispanoamérica.

La figura usada para expresar este pensamiento que asumía “las modas” de manera acrítica es la “peste del olvido”, es decir, considerar la historia solo desde el tiempo y el espacio inmediato. Y en estas contradicciones y olvidos, afirma Gutiérrez, se dejó atrás una rica tradición hispanoamericana, venerando las modas sin un examen crítico al creer que algo es científico solo por el hecho de ser reciente. Sin embargo, el autor plantea que no es posible realizar una crítica, es decir, una recepción científica de las diferentes corrientes de pensamiento, si no se tiene una base propia. Al poner esto en juego, una determinada corriente de pensamiento enfrentada a una tradición, se da necesariamente la transformación, el enriquecimiento o el florecimiento de nuevos saberes. Frente a la recuperación de la tradición hispanoamericana, dice Gutiérrez:

Los intentos de elaborar una nueva historia de la literatura hispanoamericana bajo una perspectiva necesariamente social tiene que asimilar esta tradición americana, no sólo porque en ella se encuentra material indispensable para esa historia (piénsese en los trabajos de José Toribio Medina, en observaciones de Enrique José Varona sobre el papel del público, por ejemplo), sino planteamientos hechos sobre la base del material americano que hoy constituyen postulados de las modernas concepciones de una historia social de la literatura, surgidas de la discusión metodológica entre los positivismos, el marxismo occidental y las sociologías que nutrieron esas corrientes (1986, p. 40).

Esa tradición, a la que se refiere el autor en muchos de sus ensayos, es la inaugurada por grandes intelectuales que pensaron el continente y sus problemas. En el caso de la historiografía literaria, el punto de partida es la tradición inaugurada por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Para el colombiano, esta justa ponderación de la tradición permitirá salir de la adhesión acrítica hacia lo extranjero, especialmente por las modas, y también del desprecio por lo que es de afuera, simplemente porque es de afuera.

Ya para culminar esta revisión que hace Gutiérrez a la historiografía literaria, *grosso modo*, propone que los estudios al respecto abandonen los vicios mencionados, tales como el provincialismo y el reduccionismo, para así poner la literatura hispanoamericana en el contexto europeo como una totalidad, porque es a la literatura europea a la que pertenece, ya que el idioma y el aparato conceptual del que se sirve son europeos. Y poner la literatura hispanoamericana en

el contexto europeo requiere de conocimientos previos sobre el desarrollo de esta sociedad en comparación con Hispanoamérica y también un conocimiento amplio de la literatura europea. Resumiendo, los trabajos histórico-literarios deben abandonar los propósitos nacionalistas, el dogmatismo leninista, el esquematismo y el provincialismo; en cambio, debe acercarse a explicaciones que pongan a la literatura en el contexto histórico y cultural, teniendo en cuenta las particularidades de las literaturas nacionales, pero en conversación con las literaturas de otras naciones.

Si bien se ha hecho una aproximación a la crítica de Gutiérrez a la historiografía literaria hispanoamericana, esta crítica corresponde a las producciones hechas hasta la década de los 80 del siglo XX. De ahí que no deba olvidarse que a partir de esta fecha se han realizado algunos avances, sea continuando con las perspectivas propuestas por Gutiérrez o sea para agregar nuevos elementos.

Así, el período desde los noventa y lo corrido del siglo XXI ha tenido significativos aportes¹⁹, como lo señala Mondol (2017), en los que se han dejado de lado las historiografías totalizantes, sean de corte nacional o continental, para darle paso a investigaciones sobre las tradiciones orales, las comunidades lingüísticas, las culturas indígenas, las comunidades populares urbanas y los diálogos interculturales. Entonces tendríamos que cuestionarnos, de acuerdo con la chilena Ana Pizarro y otros autores²⁰ sobre las posibilidades de realizar en la actualidad una historiografía literaria hispanoamericana al estilo clásico o si deben abordarse nuevos enfoques teóricos y metodológicos.

¹⁹ De las actuales investigaciones Mondol (2017) destaca dos compilaciones: *Representaciones, identidades y ficciones. Lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana* (2010), coordinado por Carmen Elisa Acosta Peñaloza y *Problemas y perspectivas de la historiografía literaria en América Latina –miradas desde el Sur* (2012), coordinado por Werner Mackenbach, el cual se presentó a manera de Dossier en la Revista Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos. No. 24. Enero-junio, 2012.

²⁰ Los textos referenciados por Mondol (2017) a este respecto son: *Contra la microhistoria: ¿Es posible una historia de la literatura latinoamericana?* (2001), de Beatriz González Stephan; *¿Todavía tiene sentido la historiografía literaria?* (2007), de Françoise Perus; *¿Debemos seguir escribiendo historias de la literatura?* (2010), de Hans Ulrich Gumbrecht; *¿Y si la historiografía literaria no se reevalúa?* (2010), de Lina Cuéllar Wills; y el texto *¿Es posible reescribir una historia de las literaturas latinoamericanas?* (2014), de Laverde Ospina

No obstante, la línea de investigación acuñada en los años 80 por Gutiérrez conserva vigencia en tanto que, al superar la historiografía literaria tradicional, sea nacionalista o leninista, postula la necesidad de vincular las producciones literarias al entorno social y cultural en el cual fueron escritas. Para ello plantea las bases de una historia social de la literatura, cuya definición y posibilidades serán tema del siguiente capítulo.

2. Capítulo Segundo

Gutiérrez Girardot y la historia social de la literatura

El proyecto de una historia social de la literatura expuesto por Gutiérrez tiene su origen, según la “advertencia” que él mismo hizo en su libro *Aproximaciones* (1986), en la historiografía literaria de Henríquez Ureña “a la que pretende profundizar, ampliando el camino o los caminos que ella abrió y que se han echado al olvido” (p. 7). En este mismo sentido, en su texto *La historiografía literaria de Henríquez Ureña* precisa que:

Pedro Henríquez Ureña esbozó un “modelo de explicación” coherente y suscitador de lo que hoy se pretende como una historia social de la literatura latinoamericana. Lo sustancial del esbozo es la forma como Henríquez Ureña establece la relación entre fenómenos sociales y literatura y vida literaria y el carácter dialéctico que da a esta relación. Tanto esta relación como el carácter dialéctico son el resultado necesario de su punto de partida: el de dibujar los caminos “en busca de nuestra expresión”. (Gutiérrez, 2011, p. 26)

Por tanto, tal como se deduce de la referencia al dominicano, la historia social de la literatura y la historiografía literaria, desde la perspectiva de Gutiérrez, tiene un componente político, es decir, la búsqueda de la unidad hispanoamericana a partir de la comprensión de su proceso histórico-literario. Característica que, por supuesto, no es exclusiva de Gutiérrez, sino que hace parte de una preocupación común de algunos intelectuales de América Hispánica que buscaban la actualización de los estudios historiográficos hacia la década de los 80. Así lo expone Mondol (2017), aludiendo a Latinoamérica, aunque vale para el caso hispanoamericano:

Una de las principales consecuencias que se derivan del proceso de politización y modernización de los estudios literarios latinoamericanos consistió en la formación de un grupo de destacados intelectuales y críticos literarios cuyos planteamientos teórico-metodológicos fueron ampliamente difundidos a través de una serie de congresos, publicaciones académicas, proyectos de investigación y revistas especializadas (p. 107)

Precisamente, en el marco de la formación del discurso crítico frente a la historiografía literaria tradicional, aparecen las conferencias de Gutiérrez en las que plantea los lineamientos para una historia social de la literatura hispanoamericana. Se trata de *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana* (1989b), un conjunto de cuatro conferencias que el autor expuso en la Universidad Nacional de Colombia (la cuarta no la pronunció, pero fue publicada), a la cual fue invitado en 1987. Estas conferencias fueron presentadas por el autor en el marco de una idea recurrente en él, esto es, la toma de conciencia de una unidad hispanoamericana.

Es importante señalar que se trata de conferencias, es decir, charlas en las que el profesor de Bonn expone de manera general los “temas y problemas” de la historia social de la literatura. No obstante, el texto abre caminos en la investigación, esto es, deja tareas para que sean desarrolladas por investigadores posteriores. Así lo indica al final de su cuarta conferencia:

Una historia social de la literatura hispanoamericana resultaría, además de un desafío a la modorra mimética de los actualistas y terminologistas, la satisfacción de un postulado de Pedro Henríquez Ureña, esto es, que cada generación, debe escribir de nuevo la historia de la literatura, de su pasado literario. Esto no quiere decir naturalmente que cada generación debe comenzar de nuevo, sino que cada generación debe renovar y enriquecer su pasado literario (Gutiérrez, 1989b, p. 97).

Pero el estudio de ese pasado literario requiere de una renovación de los instrumentos metodológicos y teóricos con los que ha trabajado la historiografía literaria y la historia social de la literatura. Esto supone el cultivo de un amplio abanico de disciplinas auxiliares, sin las cuales la valoración de las obras literarias resultaría reducida o dogmática. Teniendo en cuenta esta necesidad de renovación de la perspectiva metodológica y de aclarar el objeto de estudio de esta disciplina, Gutiérrez establece las tres principales funciones de la historia social:

La de poner en tela de juicio la parcialidad del actualismo y terminologismo predominantes en los estudios de literatura hispanoamericana, como único modo de conocer e interpretar la literatura hispanoamericana; la de rescatar, actualizar y vivificar la tradición menospreciada de quienes, siguiendo a Bello, criticaron las lecciones de la ciencia europea, les dieron estampa de nacionalidad y sentaron bases hoy válidas en muchos casos para el

conocimiento de América y el de su literatura; y la de recuperar por este camino la conciencia de la unidad de Nuestra América, que es el único freno a la creciente atomización y destrucción de nuestras sociedades (Gutiérrez, 1989, p. 96)

Trazado este ambicioso proyecto para la historia social de la literatura, primero se deben plantear algunas cuestiones fundamentales, tales como, ¿qué se entiende por historia social de la literatura? ¿Cuál es su desarrollo histórico? ¿Es posible trasponer los métodos de la historia social, en general, a la historia social de la literatura, en particular? Para responder a estas cuestiones, Gutiérrez se remonta a los años 50, década en la que esta disciplina empezó a fundamentarse. Según el autor, para esta época se vio la necesidad de una renovación de los estudios literarios, gracias a dos vertientes del marxismo: George Lukács y Theodor Adorno. La coronación de estos esfuerzos serían las obras de Arnold Hauser *Historia social del arte y la literatura* (1953) y *Sociología del arte* (1953) en las que se puede encontrar, según Gutiérrez (1989), la teoría elemental que explica la relación recíproca que hay entre arte y sociedad, es decir, el estudio de la historia de la literatura desde una perspectiva sociológica. Por tanto, concluye el colombiano, fue Hauser quien puso en circulación por primera vez la categoría de historia social de la literatura como el estudio de las relaciones entre esta y los condicionamientos del entorno económico y social.

En el frente español, de acuerdo con Pérez (2017):

La dictadura de Franco amputó no sólo el desarrollo de las citadas historiografías nacionales, sino que afectó a todas las ciencias sociales al tratar de someterlas al dogma católico y a la ideología oficial. Ahora bien, la figura y la obra de Vicens Vives se sobrepusieron sobre tales condicionantes y dieron un giro historiográfico de repercusiones tan indudables como imprescindibles para comprender el resurgir de la ciencia histórica a partir de las décadas de los 60 y 70 del pasado siglo XX. (p.101)

Así pues, Jaime Vicéns Vives (1910-1960) estudió la historia social y la concibió, ya no como una secuencia de anécdotas o individuos, sino como una historia de grupos sociales y la formación de grupos sociales y clases sociales. Su obra *Historia social de España y América* (1957), tanto para Gutiérrez como para Juan Sísimo Pérez, representa una novedad en la historiografía española en

tanto aseguró la asimilación de la historiografía francesa que suscitó desde 1929 la revista *Anales de historia económica y social*²¹.

Otros elementos que, en opinión de Gutiérrez (1989), ayudaron a que el concepto de historia social de la literatura se nutriera y estuviese en boga fueron: la obra de J. Rodríguez Puértolas (1936-2017) y otros, *Historia social de la literatura española*, el proyecto de Ángel Rama (1926-1983) de elaborar una historia social de la literatura para Latinoamérica, y estudios como *La literatura en la sociedad de América Latina* (1983), de Alejandro Losada (1936-1985). Trabajos signados, de alguna manera, por la teoría marxista.

Frente al cuestionamiento de si es posible hacer una trasposición de los postulados teóricos de la historia social hacia el plano específico de la literatura, Gutiérrez aporta primero su visión sobre historia social y luego pasa a estudiar la manera en que dicha conceptualización puede aplicarse a la historia social de la literatura en particular. Así Gutiérrez define, sumariamente, la historia social como la historia de grupos humanos, más concretamente, grupos sociales. Y, dentro de ésta, el autor acoge también otras historias que no difieren en mucho con la historia social, a no ser por algunos acentos, como la historia de las mentalidades o la historia de la civilización material. Ahora bien, en lo que respecta a la trasposición hacia la historia social de la literatura y, más específicamente, a la literatura hispanoamericana, Gutiérrez expone que hay que tener en cuenta las diferencias, tanto teóricas como prácticas, entre la sociedad hispanoamericana y las sociedades alemana y francesa, que fueron pioneras en el desarrollo de dicha disciplina. Tales diferencias se dan en el tipo de sociedad, su conformación y su desarrollo histórico, en el horizonte cultural y filosófico. Es decir, se debe tener en cuenta que la historia social se hizo pensando en este tipo de sociedades y para su autocomprensión. Por lo tanto, hay que ser cuidadosos al momento de hacer un traslado de conceptos de una sociedad a la otra.

²¹ Revista que dio origen a *La Escuela de los anales* o *Corriente historiográfica francesa*. Una de las más importantes corrientes del siglo XX iniciada por los franceses Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Lefevre (1878-1956), que combinan disciplinas como la sociología, la antropología y la economía para interpretar la sociedad. *La corriente de los anales y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia*. Aguirre Rojas Carlos Antonio. Bibliotecas virtuales CLASCO, Veracruz, 1998)

En este sentido, argumenta Gutiérrez, se necesitan estudios comparativos previos entre la sociedad europea y la hispanoamericana. Algunos estudios que él destaca a este respecto son: *Derecho revolucionario y sociedad tradicional* (1976), de la alemana Elisabeth Fehrenbach (1937), en cuyo libro analiza un fenómeno que incide en el desarrollo histórico de estas dos sociedades: la recepción del código napoleónico en los estados de la federación renana, que significó la derrota del régimen feudal frente al sistema capitalista burgués moderno. Para Gutiérrez, los estudios comparativos hechos por José Luis Romero (1909-1977) son otro aporte de gran valor para la comprensión de los problemas comunes entre Europa e Hispanoamérica; se refiere a *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976), *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1976), y *El ciclo de la revolución contemporánea* (1956), trabajos que, aunque no son literarios, pueden ayudar a clarificar el tipo de sociedad en la que nació una determinada literatura.

No obstante, la sumaria citación de estas obras, Gutiérrez insiste en recalcar que Hispanoamérica, hasta la década de los 80, tiene muy pocos trabajos que investiguen y comparen de manera problemática la sociedad hispanoamericana con la europea, estudios que se dediquen a desentrañar la manera como se dio en la América Hispánica la recepción del código napoleónico o de la Reforma protestante. Entonces, según el autor, para consolidar una historia social de la literatura hispanoamericana, es preciso que se realicen estudios auxiliares que ayuden a comprender el conjunto de lo que acontece; entre ellos, tres hechos vertebrales de las sociedades hispánicas: el modelo de la colonia, la revolución hecha por la burguesía y la evidente fuerza social de la religión.

Gutiérrez plantea que, entre los problemas más urgentes por solucionar, están los institucionales, ya que, para la década de los 80, pudo evidenciar la carencia de una política de rescate y cuidado de los archivos, manuscritos, periódicos y otros materiales en los que se conserva la vida histórica de esta sociedad. Respecto de esta preocupación, manifestada hace aproximadamente 40 años, en Colombia se han dado avances significativos. Solo dos años después de pronunciadas estas conferencias en la Universidad Nacional, de acuerdo con Guillén (2003) el gobierno de Virgilio Barco creó, mediante la ley 80, el Archivo General de la Nación y el Sistema Nacional de Archivos, cuyo primer director fue el intelectual Jorge Palacios Preciado. De igual modo se crearon en la década de los 90 los archivos de las cuatro universidades más antiguas de Bogotá: Universidad Nacional, Universidad Javeriana, Universidad Santo Tomás y Universidad del Rosario. Esto sin

contar con diferentes documentos de bibliotecas, comunidades religiosas, hemerotecas y archivos regionales que en la misma década tuvieron apoyo y financiación del gobierno y de particulares. Precisamente, muchos archivos del mismo Gutiérrez fueron donados por su hija, la doctora Betina Gutiérrez, a la hemeroteca de la Universidad Nacional de Colombia (Gómez, 2011)

Para Gutiérrez la importancia de la conservación de archivos, correspondencias y autobiografías, radica en que a partir de estos se podría investigar, por ejemplo, cómo se presentó el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad moderna y así demostrar la hipótesis según la cual existió una tendencia al estatismo que favoreció el subdesarrollo de esta sociedad, cuando en la literatura se experimenta una huida de la realidad, pero no para plantear una contrapartida al angustiante mundo burgués, sino que la huida es hacia el pasado, un regreso al mundo tradicional. Entonces, insiste el autor, se podrían valorar de otra manera a autores como Rubén Darío y José Asunción Silva, quienes buscaron la huida del mundo burgués, no hacia el pasado y la tradición idealizada, sino a hacia la manifestación de malestar, una postura antiburguesa. Según el autor, esta historia social de la literatura es una necesidad:

En momentos en que la organización y la temática preferentemente presentista o ahistórica de los estudios literarios, con sus miopías nacionalistas o sus inflaciones terminológicas fomentan la parcialidad vitalmente anémica de que solo la economía, que en Latinoamérica se está convirtiendo en una ciencia bancaria de la dependencia, dará respuesta a todos los problemas sociales latinoamericanos (Gutiérrez, 1989b, p.21).

El camino que propone el autor, para salir de esta encrucijada, es la recuperación de una vigorosa tradición con la que se cuenta en Hispanoamérica y que se ha olvidado injustamente; ello representa una necesidad, tanto histórica como política. Sin embargo, la recuperación de esta tradición debe hacerse de manera crítica, para que se enriquezca la asimilación de lo que viene de afuera. Así, para Gutiérrez (1989b):

sí cabe al menos esperar que se despierte una conciencia de la tradición que paulatinamente se vaya enriqueciendo con contribuciones más recientes y actuales, pues sin una tradición, por pobre que sea, la asimilación de lo extranjero se convierte en auténticos saltos en el vacío, es decir en modas de las que nada se asimila y a las que no se puede poner en tela

de juicio desde una perspectiva propia, desde una tradición menospreciada, porque la nueva moda desaloja a la anterior sin crítica (p. 22).

Siguiendo con esta idea, en la revisión que hace Gutiérrez de la tradición que hay en Hispanoamérica sobre la historia social, puede encontrarse a un autor como el bonaerense José María Ramos Mejía (1849-1914), quien en *Multitudes argentinas* (1899) realiza un estudio para analizar el comportamiento de las masas desde la colonia hasta finales del siglo XIX. Un trabajo parecido, y que rescata el colombiano, es el que hizo el argentino Juan Agustín García (1862-1923), el cual analiza el mundo urbano en *La ciudad indiana* (1900). También menciona el trabajo del peruano Jorge Basadre (1903-1980) en su discurso en la Universidad de San Marcos en Lima: *Las multitudes, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929). Trabajos que, a juicio de Gutiérrez (1989), no solo son inspirados en autores franceses, sino que apuntan hacia uno de los fenómenos sociales más grandes y complejos que hasta entonces se habían descuidado por la historiografía de la lengua española: el fenómeno de la gran ciudad. Y aunque estos trabajos no se ocupen propiamente de la literatura, contienen materiales históricos que sirven para clarificar aspectos de la vida y de la literatura que no se han explorado suficientemente.

Otro trabajo que no es propiamente literario pero que aporta a la comprensión de la sociedad colonial y su literatura, es el del argentino Ernesto Quesada (1858-1934), *La vida intelectual en América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (1917). Gutiérrez resume los temas centrales de este texto: La legislación colonial sobre la imprenta y el comercio de libros, la enseñanza y la producción intelectual, que incluye la fundación de periódicos y la formación de bibliotecas, es decir, en el libro de Quesada se analizan dos aspectos fundamentales o elementos primarios de la literatura como lo son la producción y distribución de libros y la formación del hábito de la lectura. A este catálogo Gutiérrez (1989b) agrega el estudio que hizo el chileno José Toribio Medina (1852-1930) sobre la relación entre la inquisición y la imprenta, *La inquisición en Cartagena de Indias* (1978).

Para el crítico colombiano, este tipo de trabajos que se han mencionado de manera somera son fundamentales para conocer los factores que determinaron el desarrollo y la producción literaria. De esto se trata la historia social de la literatura, de valerse de la mayor cantidad de disciplinas y

estudios previos sobre una obra, su contexto social y cultural, y las condiciones de producción y distribución; de este modo la historiografía literaria se puede nutrir de más elementos para considerar la construcción de la historia literaria de una época o de un espacio determinado, sin caer en las interpretaciones estrechas o esquemáticas de la historiografía literaria tradicional.

La mención que hace Gutiérrez a diferentes obras de tipo no literario semeja un estado del arte sobre la historia social de la literatura e indica el método de trabajo de esta disciplina. Así, para comprender la literatura, y realizar una historiografía de esta, son necesarios tanto el conocimiento de las obras mismas como de los estudios auxiliares que clarifiquen su contexto social y cultural, así como la experiencia vital del autor que subyace en las obras literarias. Este tema, al que Gutiérrez le va a dedicar varios trabajos, es el de la relación entre literatura y sociedad.

2.1 La relación entre literatura y sociedad desde Marx

En *Revisión de la historiografía literaria latinoamericana* (1986a), Gutiérrez critica la postura de dos de los más reconocidos marxistas de este continente: Mariátegui y Perus. Esto por cuanto les achaca, al primero un indigenismo de corte racista, y a la segunda un marxismo petrificado en el que no hay una relación creativa frente al pensamiento del filósofo alemán, sino una tendencia al reduccionismo, en resumen, porque estos autores solo aprecian aquellas obras que defienden la lucha de clases o la raza indoamericana, rechazando las otras, e incluso juzgándolas simplemente como apologías de la oligarquía.

Para Monroy (2019) lo que pretende Gutiérrez es “devolver a Marx su carácter filosófico y especialmente la dimensión dialéctica” (p. 20) para estudiar los fenómenos estéticos y literarios, ejercicio que, según Monroy, no era tan común para la época. Así, la relación que establece Gutiérrez entre la literatura y los postulados marxistas es diferente de como la plantearon Mariátegui y Perus. Dicha relación fue formulada en el prólogo *Sobre la crítica de la economía política* (2008) de Marx. Allí se encuentra expresada una de sus frases más conocidas y citadas, por lo que en este apartado se va a desentrañar el significado que tiene para la historia social de la literatura. La frase refiere que no es la conciencia del hombre la que determina el ser social, sino, al contrario, es el ser social el que determina la conciencia de los hombres. Idea que va a ser la base del materialismo histórico en tanto se explica que las condiciones materiales en las que viven

los hombres son las que determinan su conciencia en Hispanoamérica, afirma Gutiérrez, la constatación de esta tesis marxista la hizo César Vallejo (1892-1938) en *El arte y la revolución* (1973) cuando en su acápite titulado *La obra de arte y el medio social* afirma que:

La correspondencia entre la vida individual y social del artista es, pues, constante y ella se opera consciente o subconscientemente y aún sin que lo quiera ni se lo proponga el artista y aunque este lo quiera evitar. La cuestión para la crítica está en saberla descubrir (p. 47).

Entonces, ¿el mundo social en el que vive un autor es determinante para la producción de su obra? ¿La obra literaria tiene independencia respecto de la experiencia vital del escritor? ¿La obra es un simple reflejo de lo que sucede en el entorno social del autor? ¿Cómo es la relación entre la obra literaria y la sociedad? En este punto Gutiérrez establece la diferencia entre tres conceptos clave: el reflejo, la correspondencia y la mediación. Así, la teoría del reflejo es la más simple y opera de manera automática suponiendo que en una obra de arte se refleja, a modo de calca, lo que hay en la sociedad; y lo que para Vallejo, en la cita anterior, es la correspondencia, Adorno (1965) lo expresa en un término hegeliano que es el de *mediación*, es decir, “la pregunta muy específica tendiente a los productos del espíritu, por el modo en el que momentos estructurales, posiciones ideológicas sociales y lo que sea, se imponen en las obras de arte” (conferencia *Tesis sobre sociología del arte*, 1965). En todo caso, los tres conceptos pretenden esclarecer cómo se da la relación entre literatura y sociedad, siendo la “mediación” el término que más se ajusta a la explicación marxista.

Tal “mediación”, que puede aparecer como un término abstracto, Gutiérrez la postula de manera concreta como el eslabón que une la base con la superestructura, es decir, la noción de “institución”, que en Marx toma la denominación de “relaciones petrificadas”. Las instituciones, dice el colombiano, representan contextos de una sociedad que satisfacen ciertas necesidades y que crean a su vez nuevas necesidades para terminar objetivadas, es decir, institucionalizadas. Lo que se deduce de este planteamiento es que, para la historia social de la literatura lo que importa es analizar la institución social “literatura”, que abarca editoriales, escritores, bibliotecas, librerías, revistas, salones literarios, estudios literarios en colegios y universidades, salas de lectura y el fenómeno de la recepción literaria, entre otros.

Gutiérrez reprocha al “marxismo vulgar” la reducción de esta relación entre literatura y sociedad a meras causalidades directas, esto es, explicando una obra literaria por la clase social a la que pertenece su autor. Lo que considera importante en dicha relación es observar “las transformaciones sociales que se manifiestan en una obra”. (Literatura y sociedad, 1976, p 14). Y para ello, agrega, ésta se debe entender detalladamente, pero no desde la filología o la estilística, sino tratando de “conocer las condiciones de experiencia” (p. 14) que hicieron posible dicha obra literaria. Esas “condiciones de experiencia” son el contexto social-histórico en el que se mueve la existencia del autor.

Por eso, para Gutiérrez son importantes trabajos en los que se estudien los elementos fundamentales para entender una obra literaria: su producción y difusión. Con la problematización de este elemento (la institución literatura) es posible comprender de manera más clara la relación entre base y superestructura, ya que, no solamente se entiende una sociedad desde los presupuestos de la economía como se ha tratado de reducir. De este modo, la comprensión de un tema como el de la lectura, “exige tener en cuenta casi toda una red de superestructura (formas jurídicas, sociales, políticas, religiosas, artísticas) y además permite trazar y precisar el funcionamiento y el alcance de la ideología” (Gutiérrez, 1989, p. 31).

Ahora bien, habría que preguntarse con el autor: ¿qué fue lo que posibilitó que existiera una producción de libros y unas personas que los leyeran? Y lo que se puede encontrar es que existen unas estrechas relaciones entre la vida social y jurídica y la lectura. Además, ejemplifica Gutiérrez, un hecho de orden religioso y piadoso como la Reforma protestante fue el antecedente para la formación de un gran público lector, pues en el siglo XVIII fueron los pastores protestantes de Inglaterra los que fomentaron la literatura y determinaron igualmente el gusto literario. Es decir, “la formación del hábito de la lectura y de un público lector más amplio tiene su raíz en un hecho religioso al que acompañan factores jurídicos, sociales y económicos” (Gutiérrez, 1989, p. 32).

Volviendo la mirada a Hispanoamérica, para el autor es importante estudiar que el espíritu de la conquista no fue protestante, sino católico contrareformista. De hecho, uno de los factores que obstaculizarían la formación de intelectuales o de un público lector, sería la condición de una España católica, contra reformista inquisitorial y anti humanista; hecho que se corrobora con la

mención del español Alonso de Cartagena (1384-1456), el cual exponía que los españoles no se ocupaban de las letras, pues lo consideraban una pérdida de tiempo que deberían estar invirtiendo en el trabajo de las armas; sumado a que, en los siglos XVI y XVII, todo aquel que leyera la biblia por su cuenta o que se acercara al aprendizaje del griego era sospechoso de “luterizar”²².

Sin embargo, este tema de las condiciones en que se dio la conquista y la Colonia no solo son importantes para la historia social de la literatura, sino que también ayuda a la comprensión histórica del continente en general. Esto por cuanto aquí no hubo una sencilla implantación de lo europeo en Hispanoamérica, o para llamarlo en términos de Gutiérrez, “no solamente se europeizó peninsularmente el mundo”, sino que hubo el nacimiento de un tipo nuevo de sociedad. El autor expresa que:

Precisamente el tema de la lectura, de la formación de un público lector, de la legislación sobre la imprenta y los libros, permitirá esclarecer los mecanismos mediante los cuales se arraigó en esa *sociedad nueva* una visión teológica del mundo que, con rasgos feudales esenciales, es decir, con rasgos europeos, acuñó fuertemente la estructura social y las formas de vida de Latinoamérica (Gutiérrez, 1989b, p. 33).

En consecuencia, la historia social de la literatura no solo aborda las obras literarias, sino que se acerca a la literatura como institución, es decir, como un conjunto de elementos sociales y culturales, entre los que podemos encontrar: la educación de los escritores y lectores, las redes de bibliotecas, las leyes sobre imprenta y distribución de libros, los archivos, la dinámica de las editoriales, el modelo económico, la fuerza de la religión y los ideales estéticos y filosóficos.

Por ejemplo, el estudio de la Colonia es importante para que la historia social de la literatura pueda tener una panorámica histórica. Estudiar la Colonia permite entender, no solo la literatura, sino el proceso histórico integral de los pueblos de habla hispana. De ahí que sea pertinente cuestionarse: ¿Qué se escribía en la Colonia? ¿Quiénes leían y escribían en esta época? ¿Cuáles eran las leyes

²² “Luterizar”, es decir, hacerle proselitismo a la religión protestante, iniciada por Martín Lutero (1483-1546) con la Reforma protestante del siglo XVI. En varios ensayos, Gutiérrez alude que en España existía una persecución hacia quienes se ocupaban con el griego, pues despertaba sospechas de ser protestantes.

de imprenta o las restricciones a la libertad de expresión? ¿Existían bibliotecas? ¿Qué libros eran permitidos leer y cuáles eran prohibidos?

Para abordar estas preguntas, en el siguiente apartado se va a analizar un fenómeno que fue propio de Hispanoamérica y que fue consecuencia de la colonización europea: la hacienda. No solo desde sus consecuencias políticas y económicas, sino desde la perspectiva de la historia social de la literatura. Para Monroy (2019) el estudio que hace Gutiérrez sobre la hacienda en *Temas y problemas* se acerca a una sociología de la literatura por cuanto se tratan factores que no se encuentran en la lectura textual de las obras literarias, sino en el contexto de la misma, en la estructura social, política, filosófica, económica y jurídica. Así lo refiere Monroy (2019) al exponer el método de la teoría social de la literatura de Gutiérrez:

Luego de esta construcción de un método, a la que será fiel en su trayectoria intelectual, asume el influjo de Walter Benjamin quien había demostrado que la cultura no podía ser estudiada de manera aislada en las relaciones entre sociedad y literatura cada una de sus piezas e invitaba a ahondar en ese intercambio entre, por ejemplo, la economía, la política y la literatura como instituciones. De allí surgió la idea de la sociología de la literatura: abordar los factores que no se podían observar en una lectura textual, tales como los mecanismos de difusión y circulación de una obra. (p. 28)

Uno de los factores que incidió en el desarrollo social de Hispanoamérica, y por ende en su literatura, fue la institución de la hacienda. Si bien esta se ha estudiado desde la historia y la economía, la propuesta de Gutiérrez es abordarla desde sus implicaciones en la vida de los escritores y en su producción literaria. A continuación, se expone la manera en que Gutiérrez vincula la conformación social y económica de la Colonia con el tipo de literatura que surge de esta sociedad y para ello analiza la institución de la hacienda desde los presupuestos de la historia social de la literatura.

2.2 Hacienda e historia social de la literatura hispanoamericana

Desde los criterios de la historia social postulada por Gutiérrez, no es suficiente el trabajo de descripción del desarrollo jurídico y social de la hacienda. Faltan por analizar los fundamentos

intelectuales que determinaron dichos desarrollos y para ello se requiere de un análisis histórico-filosófico.

Para realizar este análisis, el autor se da a la tarea de revisar algunas obras que aportaron ideas a este respecto. Por ello comienza por citar un estudio cercano a la historia social, el del brasileño (Gilberto Freyre (1900-1987), *Casa grande y senzala*, 1933), en el que se postula cómo la clase aristocrática de la colonia determinó la función de la literatura en esta nueva sociedad. Por tanto, dice el colombiano, el estudio de la hacienda desde los postulados de la historia social de la literatura, muestra que en esta forma colonial se ve reflejada una visión teológica del mundo, derivada del feudalismo y de una sociedad jerárquica europea; y fue con estos supuestos intelectuales con los que se conquistó el nuevo mundo.

Según Gutiérrez, dos de los trabajos más ambiciosos respecto de la “casa grande” o de la hacienda, son, por el lado hispanoamericano, el del historiador mexicano Silvio Zavala (1909-2014), *La encomienda indiana*, (1935), y por el lado europeo, el del historiador francés Francois Chevalier (1914-2012), *La formación de los grandes dominios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII* (1952). Estos trabajos son valorados positivamente por el colombiano ya que describen, de manera juiciosa, el desarrollo jurídico y social de la hacienda, aunque se “deja de lado el análisis del fundamento intelectual de la hacienda, de lo que determina la estructura y el desarrollo jurídico de ella” (Gutiérrez, 1989b, p. 36).

Otro trabajo semejante que refiere Gutiérrez es el de Alejandro Korn (1914-2012), *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (1920), en el que el argentino estudia la influencia de la escolástica de Tomás de Aquino en la legislación indiana (*Recopilación de indias*, 1680). Desde esta óptica, las leyes humanas derivan de las divinas y regulan no sólo el derecho, sino también la moral. Esto no es de poco valor, pues las consecuencias prácticas de la huella tomista en la legislación indiana afectan la totalidad de la vida; esto podría explicar “el esquematismo y la esterilidad de la literatura colonial, el obstáculo, pues, con el que tuvo que luchar la *nueva sociedad* para comenzar a buscar su propia expresión” (Gutiérrez, 1989b, p. 37). Tal reglamentación se dirigía a todos los asuntos de la vida, porque ordenaba los días de ir a misa, los libros que era lícito leer, los trajes que se debían usar; determinaban el asiento que debería ocupar cada quien en los

actos públicos, a qué precios comprar o vender, incluso llegaba al lecho del moribundo que por obligación debería confesarse so pena de perder la mitad de sus bienes (Korn, 1920).

Cincuenta y cuatro años después de esta comprobación de Korn, agrega Gutiérrez (1989), un historiador social europeo, Otto Bruner (1898-1982), sin conocer las tesis del argentino, publicó *La casa grande y la economía antiguo-europea* (1976) en la que plantea que, desde la escolástica hasta el siglo XVII, en Europa se sostuvo la concepción de economía desde la idea aristotélica de dominación, del *pater familias*. Este principio, que ya estaba presente en la obra homérica, no es solo para el mundo humano, sino para todo el cosmos en general. Lo que el alma es para el cuerpo, así es el rey para el Estado y el *pater familias* para la casa. En este mismo sentido, Gutiérrez referencia otro estudio, se trata de *El desarrollo económico de América latina. Aspectos sociológicos* (1962), en el que el español José Medina Echavarría (1903-1977) muestra cómo la hacienda era una institución omnipresente, pues permeaba todo el mundo, tanto de vasallos como de señores²³: familia, taller, iglesia, cementerio, entre otras. En últimas, lo que se puede concluir de acuerdo con los autores mencionados por Gutiérrez (1989b) es que la hacienda significó un sistema que gobernaba la totalidad de la vida y fue el primer momento de europeización del nuevo mundo.

Pero, según el autor, en ese trasplante del mundo europeo en Hispanoamérica hubo reformulaciones de algunas doctrinas, como la legitimidad de la conquista que se dio con Francisco de Victoria (1483-1546) o las demandas de Bartolomé de las Casas (1474-1566) sobre la igualdad entre los hombres frente al racismo aristotélico. En todo esto, lo que importa para Gutiérrez, es “que la nueva sociedad fue acuñada ideológicamente por un conflicto de principios, esto es, el que ocasionó a la escolástica su necesaria modificación ante un mundo nuevo” (1989b, p. 40). Tal conflicto, según el autor, está presente en la literatura de la Colonia y, quizás donde más se cristaliza, es en el caso de Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695).

²³ Referido al sistema de vasallaje de la sociedad feudal en el que el vasallo era súbdito del señor, al cual le pagaba tributo a cambio de protección.

Frente al caso de la jerónima, Gutiérrez rechaza el argumento según el cual hubo una pobreza literaria en la colonia debido a que los escritores hacían uso de una lengua prestada, como lo plantea Ricardo Rojas; también rechaza la hipótesis de que a los autores se les impuso un modelo literario imposible de alcanzar, como fue el de la España dorada. La tesis de este autor es que la grandeza de la monja está al nivel de Cervantes y Quevedo y que, comparada con Calderón o Gracián²⁴, lo que se puede comprobar es que éstos hacen parte de la expresión de una sociedad que toma conciencia de su ocaso, mientras que Sor Juana Inés es la expresión de una nueva sociedad.

A este tenor, debe agregarse que, para tal época, además de Sor Juana Inés de la Cruz, existieron en Tunja tres destacados poetas barrocos de la talla de la monja novohispana, esto es, Josefa del Castillo, Hernando Domínguez Camargo y Juan de Castellanos. De este modo, en un estudio dedicado a Sor Juana Inés y a la Madre Josefa del Castillo, la investigadora Betty Osorio, (2006) destaca la sagacidad y riqueza de imágenes de estas escritoras para burlar la vigilancia inquisitorial de sus confesores. Es decir que ambas, reconociendo explícitamente la autoridad del clero, manifiestan rebeldía en las imágenes encriptadas o ambiguas de su literatura. Osorio las pondera como “dos claros ejemplos de conciencias agudas y con una destacada inteligencia que se tenía que ocultar tras los temores de la inquisición” (Entre la hoguera y la sabiduría. Escritoras religiosas en el mundo hispánico, p. 131). Por otro lado, el escritor colombiano William Ospina, en *Auroras de sangre* (1999) subraya la ingente labor poética de Juan de Castellanos con su obra *Elegías de varones ilustres de Indias* (compuesto por 113.609 versos) y lo resalta como uno de los más importantes poemas, y el más largo, de la lengua castellana. Un material literario histórico que puede servir de insumo en la realización de una historia social de la literatura hispanoamericana. Y sobre Hernando Domínguez Camargo, vale la pena mencionar la revaloración de su obra, hecha por la investigadora Carolina Ochoa Roa, en la que señala la autenticidad de su poesía que, en diálogo con los modelos españoles, supo tomar una posición de crítica frente al poder imperial insular. De este modo, afirma Ochoa “si bien Hernando Domínguez Camargo se alimentó del

²⁴ El escritor Edgar O'Hara (1991) le reprocha a Gutiérrez el haber enaltecido a Sor Juana Inés de la Cruz en detrimento de los españoles mencionados. O'Hara dice que se podría haber valorado a la novohispana, sin recurrir al desprecio por los otros.

barroco y formó parte de la sociedad letrada de ese entonces, su propósito de fondo era volcar el uso de esa estética para reafirmar su identidad” (Hernando Domínguez Camargo y su poema heroico, 2018, p. 249). Por tanto, el estudio de los autores mencionados requiere de la comprensión de la época y del contexto religioso que les condiciona, tanto su existencia como su producción literaria.

De este modo, siendo necesario el estudio de la Colonia desde la perspectiva de la historia social de la literatura, es importante indagar la manera en que se constituyó la institución literaria en ese periodo, en expresión de Gutiérrez:

Que ponga de presente la relación entre obediencia y formas de disidencia en determinados grupos sociales, que al analizar el hecho de que en aquella época pululaban los poetas pregunte a qué se debe esto; si a una inclinación caballesc-medieval de la nueva sociedad, que heredó de los conquistadores o *Amadis de América* como se los ha llamado porque nutrieron sus ambiciones con las novelas de caballería, o a una manera de huir de ese conflicto (Gutiérrez, 1989 p. 43).

Por tanto, la pregunta que formula el autor es: ¿qué función social e ideológica le correspondía a la literatura? Su respuesta de primer momento no tiene duda: su función era la de justificar y legitimar a la clase dominante. Pero es necesario ir más allá y con estudios previos. Hay que acudir a las diversas fuentes en las que se puede evidenciar el conflicto que desató el hecho de trasladar e implantar *la casa grande* europea al nuevo mundo. Recurrir, no solo a la reconstrucción histórica de los certámenes literarios o al teatro de misioneros donde se devela claramente la función ornamental y catequética de la literatura. Hay que acudir al mundo de los libros, a las librerías, a las bibliotecas privadas de los aristócratas.

Respecto al tema, Gutiérrez cita la obra de Mario Góngora (1915-1985) *Encomenderos y estancieros* (1973), en cuyo apéndice hace un listado de ocho bibliotecas de los estancieros y en las que encontró tres temáticas principales: sobre el gobierno, sobre historia española y eclesiástica, sobre filosofía, sobre religión y sobre agricultura, comercio y dinero. Podría decirse que, con la lectura de estos libros, se estaba forjando un pensamiento económico o pre económico en los encomenderos. Por tanto, en opinión de Gutiérrez (1989b), los libros que interesaban a

encomenderos y estancieros eran aquellos en los que podían aprender cómo desempeñar mejor su trabajo y cómo obtener mayores beneficios económicos. Sin embargo, esto solo es una hipótesis, para cuya comprobación es necesario el conocimiento más detallado y metodológico de diferentes bibliotecas laicas privadas y también “la reconstrucción de la red de relaciones que implican la producción, la importación, la difusión de libros en la época colonial y especialmente en sus primeros tiempos” (1989b, p. 45).

Para reforzar la hipótesis de que el encomendero dejaba ver el nivel de ascenso social en su biblioteca, según Gutiérrez habría que recurrir a obras de la literatura de esta época, como *Grandeza mexicana* (1604) de Bernardo De Balbuena (1562-1627), o *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589), de Juan de Castellanos (1522-1607). Así mismo, habría que recurrir a las cartas de los españoles que poblaron América y que huían de la pobreza en España, y tal vez podría concluirse que el arte y la literatura barroca en Hispanoamérica se da, no como un *ser de América*, ni tampoco como una mera modificación del modelo español, sino que se dio como una manera de expresar el lujo que se dio como consecuencia del ascenso social:

El barroco literario hispanoamericano no es ansia de absoluto sino voluptuosa satisfacción del ascenso social, del triunfo sobre la pobreza peninsular que proporcionó a los primeros pobladores y conquistadores del nuevo mundo el descubrimiento de que el mundo fantástico de las novelas de caballería no era solo un sueño, sino que parecía real como lo sugirió Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Gutiérrez, 1989b, p .46).

Un planteamiento polémico de Gutiérrez en este punto de la argumentación es el de considerar que un análisis de la producción literaria de la Colonia, desde una perspectiva de la historia social de la literatura, no debe tener en cuenta las valoraciones estéticas. Para él, se debe analizar primero cuantitativamente y luego ver el contenido. La explicación de que hubo unos poetas de alta calidad y muchos otros de baja calidad no es suficiente. No obstante, si se tienen en cuenta los trabajos de Osorio (2006), Ospina (1999) y Ochoa (2018), quienes valoran positivamente la calidad estética y la riqueza histórica de los poetas barrocos que albergaba Tunja en el siglo XVII, éstos contrastarían

con la opinión de Gutiérrez, quien intenta enfocarse solo en la cantidad y no en la calidad de los poetas de esta época.

Para Gutiérrez, lo que hay que observar es el hecho relevante de que, para el mundo colonial, la cultura artística e intelectual representaba el culmen de la vida social, es decir que, al haber tal cantidad de poetas, se puede deducir que había una valoración social positiva de la cultura artística e intelectual como forma de legitimar su ascenso social. Pero, siguiendo a Gutiérrez cabe preguntarse, ¿cómo explicar el hecho de que hayan escogido esta actividad y no otra para evidenciar el ascenso social? ¿Es una simple copia del modelo español del siglo dorado?

Lo que está en juego, de acuerdo con el autor, es la pregunta del porqué de tal cantidad de poetas en una época en la que se supone no se valoraba el arte ni la literatura. ¿Por qué la cultura artística e intelectual representó la coronación de la vida social en la América Hispánica? ¿Por qué la versificación, más específicamente, fue la manifestación del ocio y además ostentación de riqueza? Henríquez Ureña expresa en *Las corrientes literarias* que muchos de estos materiales se han perdido, por tanto, lo más probable es que estas conjeturas nunca se comprobarán de manera suficiente.

Si bien la literatura de la Colonia estaba determinada por la organización social implantada por España, manifestada en la hacienda, y por las leyes que prohibían las expresiones de la propia vida, más adelante esto va a cambiar con las luchas independentistas. Así, una de las primeras manifestaciones literarias en las que los pueblos hispanoamericanos pudieron tratar el tema de su vida cotidiana y el conflicto entre la sociedad antigua y la moderna, fue el costumbrismo.

2.3 El costumbrismo y la historia social

Para Gutiérrez (1989b) *El Periquillo Sarniento*, escrita por el mexicano Fernández de Lizardi, es la primera novela que tiene un amplio público lector en Hispanoamérica. Las razones son, en primer lugar, el carácter didáctico de la misma, y segunda, el hecho de que sea una novela de costumbres. Las novelas de Lizardi, en palabras del crítico colombiano, muestran el interior, las entrañas de la sociedad colonial, de sus instituciones, de la educación, de la familia, de la vida social; por tanto, estos textos son una fuente para conocer la historia social de la época colonial en

México, “pues en la vida cotidiana se perciben los paulatinos cambios sociales y se conocen, no solamente el cuño social, sino el material de que se sirve el escritor” (Gutiérrez, 1989b, p. 76).

Cuvardic (2008), en un estudio sobre el costumbrismo latinoamericano, constata que en los cuadros de costumbres lo más relevante es la descripción de la función social del personaje, se trata de hacer retratos fieles a la realidad en los que se pongan de presente las diferencias idiosincráticas entre las naciones. De este modo, los cuadros de costumbres muestran “un pueblo original que merecía ser retratado” (p. 39). Esta autora encuentra que los cuadros de costumbres son abundantes, tanto en la literatura hispánica como en la española y evidencia un conflicto en los tipos sociales del costumbrismo, manifestado en los juicios morales contra la sociedad burguesa.

Ante la evidencia de que el artículo de costumbres fue el subgénero más recurrente en Hispanoamérica en el siglo XIX, Gutiérrez, intenta algunas probables razones, para comprender por qué sucedió esto: ¿porque exigía un poco esfuerzo intelectual? ¿Porque enseñaba divirtiendo y satisfacían la necesidad de las gentes de verse en el espejo? ¿Fueron un reemplazo de la reflexión sobre la propia sociedad o un reemplazo de la novela? ¿Llenaron el vacío de la tradición negativa que prohibía tratar las materias de indias? ¿Representan el inicio de la opinión pública?

Para este autor, un común denominador de la mayoría de textos costumbristas es la resistencia a la modernización de la sociedad. Sin embargo, menciona el caso excepcional de Pedro Ruiz Aldea (1830-1872), quien manifestaba una crítica dura al mundo colonial; en igual sentido, cita la obra *Casa grande* (1982), de Luis Orrego Luco (1866-1948), la cual representa al costumbrismo crítico, mostrando el interior de las sociedades aristocráticas de Chile.

Gracias a la historia social de la literatura se puede ir más allá de las relaciones jurídicas o económicas y se puede dilucidar el fundamento filosófico de esa literatura. Igualmente se puede hacer una nueva valoración del costumbrismo como un movimiento en el que por primera vez se empiezan a tratar temas prohibidos antes por las leyes de indias, como la vida de las sociedades al interior de las casas y la idiosincrasia de los pueblos. Y, aunque los artículos de costumbres hayan sido menospreciados por la historia literaria tradicional, hasta la década de los 80, de acuerdo con Gutiérrez, es en estos donde se pueden ver los inicios de la formación de la opinión pública, ya

que su primer medio de difusión fueron los periódicos, y el periódico es el aparato central en la formación de la opinión pública.

Para terminar este punto, siguiendo a Gutiérrez, es necesario llevar a cabo las investigaciones literarias desde una perspectiva social-histórica, que se muestren las singularidades de Hispanoamérica desde sus inicios, con estudios sobre la formación de los hombres de letras como tipo social y analizar la manera como en este proceso hubo una división del trabajo. En un primer momento del proceso histórico hispanoamericano, dice Gutiérrez, los hombres de letras también se dedicaban a la política, pero luego se dio la profesionalización de los escritores y se separaron de la política. Los hombres de estado abandonaron las letras y los hombres de letra abandonaron la política. Este tema se desarrollará en el siguiente apartado.

2.4 Hombres de letras

La figura de los hombres de letras y los intelectuales, su definición, su desarrollo histórico y sus condiciones sociales y políticas es recurrente en los ensayos de Gutiérrez. Esto se puede evidenciar en diferentes trabajos en los que resuenan nombres de personalidades tales como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Rubén Darío, César Vallejo, Jorge Guillén. Para Gutiérrez, en la investigación sobre el proceso de formación del hombre de letras hispanoamericano, son imprescindibles las biografías, la correspondencia, los estudios sobre dicha correspondencia, los estudios sobre la formación de grupos como *la gruta simbólica* o *la siringa*, sobre los salones literarios, las tertulias, etc.; estudios que den cuenta de los caminos que siguieron los intelectuales y los grupos, así como los problemas que se planteaban. Para el ensayista colombiano, el estudio de los escritores es central en una interpretación social de la literatura, ya que sin el escritor no existiría la literatura. Así,

En él, no como individualidad, en lo que él pretende y en lo que lo condiciona socialmente, puede desencubrirse la compleja red de la “mediación”, esto es, los modos por los que estructuras y posiciones ideológicas sociales se imponen en la literatura” (*La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX, 1990, p. 14*)

Un estudio sobre los escritores hispanoamericanos puede remontarse, entonces, hasta la época colonial, y desde allí, indagarse por su lugar en la sociedad, por sus preocupaciones o temáticas de preferencia. Por ejemplo, el autor resalta la excepcionalidad del diario espiritual de la madre Josefa Castillo (1671-1742), la obra *Vida de la venerable Francisca Josefa de la Concepción* (1817). La pregunta que surge para Gutiérrez es: ¿por qué en el mundo hispánico se da la carencia de diarios y autobiografías que hayan seguido el estilo de Santa Teresa de Jesús (1515-1582) en *El libro de la vida* (1562) o de Diego de Torres Villarroel (1694-1770) en *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventura* (1742) que fueron obras de gran difusión en la época? Al respecto, Gutiérrez refiere una respuesta de Ortega y Gasset, quien postula que el español no aclara su vida en los diarios, sino que gusta más de conversar; que el hombre hispánico lleva su vida dominada por una “voluntad de encubrimiento y recato”, derivada de la visión católica del mundo (Citado por Gutiérrez, 1989, p. 55). Y esta explicación de la concepción católica del mundo es razonable ya que para éste la medida del mundo no es el individuo, sino que la vida de los seres humanos está a merced de la voluntad de Dios, por tanto, para Gutiérrez (1989), “la única literatura posible de introspección y de reflexión sería la mística” (p. 55).

No obstante, expone el autor, la explicación de la escasez de diarios y autobiografías por una concepción católica de la vida no es suficiente. *El libro de la vida* de Teresa de Jesús da cuenta de que la autora ha tomado conciencia de una empresa y del camino que tuvo que seguir. En esta época, según Gutiérrez, la cúspide de una persona era el reconocimiento como artista o intelectual; dicha cúspide se lograba sin mayor esfuerzo, por el mero hecho de ser un funcionario de la corona o el hijo de un importante hacendado, por tanto, no necesitaba justificar este hecho mediante una autobiografía. A esto, se le agregan otros problemas: primero que los escritores no tenían un papel social independiente, segundo, y consecuencia del anterior, que la literatura no tenía medios de difusión y producción y, tercero, que no existía un amplio público lector.

Un elemento que, para este autor falta por estudiar, en cuanto a la producción y divulgación de materiales como autobiografías y diarios, es el del papel del impresor. Si bien ya se contemplaba como un negocio rentable, especialmente por los italianos y alemanes, el problema no era de la incapacidad de los editores, sino de la legislación española que exigía licencias de diversa índole para publicar cualquier libro. Un escritor de la época colonial tenía que enviar el manuscrito para

ser revisado por el Consejo de Indias o viajar personalmente a España para postular su libro. Además, estaba la prohibición de publicar libros que tuvieran por temática las “materias de indias” sin antes pasar por el filtro del mencionado Consejo de Indias (Título 24, Libro I de la Recopilación de Indias (1680)). Sólo esta prohibición trajo consecuencias graves para el posterior desarrollo de la literatura y de la inteligencia en América. Explica Gutiérrez:

Esta prohibición creó un vacío intelectual, no sólo para el escritor colonial, sino para el *hombre de letras* posterior, pues no permitió sentar una tradición temática de reflexión sobre su propia sociedad, sino al contrario, favoreció la formación de un prejuicio doble, esto es, el de la pobreza intelectual innata o racialmente condicionada del escritor hispanoamericano y el de la poca importancia literaria de los temas propios (1989, p. 58).

Entonces, para el autor, el carácter que se le imprimió al intelectual, desde la Colonia, fue una actitud defensiva y de autonegación, lo que determinó también la recepción y valoración de la literatura española y europea, que fue dogmática.

Por tanto, la formación del hombre de letras hispanoamericano estuvo marcada por esa imposibilidad de crear una tradición propia y también la imposibilidad de creer en sí mismo. Lo que podría explicar la hipótesis de Alfonso Reyes sobre la improvisación y el hecho de que se haya facilitado el aventurerismo en la literatura y también en la vida intelectual. De igual manera, podría explicar la mención de Pedro Henríquez Ureña sobre la cantidad de poetas y versificadores de los que se tiene noticia en la época colonial, y que hizo decir a Bernardo de Valbuena que “hay más poetas que estiércol” (Citado por Alfonso Reyes en *Letras de la Nueva España*, 1946, p. 74).

Si bien en la época colonial hubo escritores, éstos tenían que estar al servicio de la corona y de las instituciones religiosas, como se pudo ver en los casos de Sor Juana Inés y los insignes poetas que habitaron en Tunja. Aunque se manifestaba un velado desacato en su escritura, las instituciones a las que pertenecían tenían como función “el mantenimiento de la pureza de la fe” (Gutiérrez, *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, 1990, p. 15). Por eso para este autor, solo después de la independencia empieza a existir una figura de hombre de letras, que, aunque conserva características de su etapa anterior, es un “funcionario escritor” que ha pasado del ámbito clerical al ámbito civil. Su punto de partida no es la fe, si no la racionalidad.

El proceso de formación histórica de los hombres de letras e intelectuales en Hispanoamérica es esbozado en una conferencia de Gutiérrez que tuvo lugar en la Universidad Nacional en 1987 y más adelante, en una estancia en la Universidad de Maryland,²⁵ desarrolla el tema de manera más amplia. En estos trabajos se señalan los aportes de aquellos intelectuales que iniciaron una tradición cuya tarea fue llevar a sus últimas consecuencias la idea de la independencia de España.

El primero en destacar Gutiérrez es José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) quien, aprovechando la libertad de imprenta consagrada en la Constitución de Cádiz de 1812, se ocupó en fundar periódicos como *El pensador mexicano* que, sumado a su obra más importante, *El periquillo Sarmiento*, hizo lo posible por romper con esa tradición negativa y de autonegación, tratando los temas que antes eran prohibidos, es decir, los materiales de indias, la propia sociedad. Propósito fundado en una empresa que tenía doble principio: por un lado, el moral, con el que buscaba la formación de un hombre de bien, en contraposición a un hombre de excesos; y por otro lado un principio didáctico, porque con sus publicaciones se amplió el público lector, además, se valió de diferentes medios de difusión para lograr dicho ideal moral. Entonces, de acuerdo con Gutiérrez, la tradición que anteriormente había sido negativa, Lizardi la convierte en una tradición constructiva, aspecto que le va a dar propiedad y solidez a los hombres de letras del siglo XIX.

Luego se resalta la figura del venezolano Andrés Bello (1781-1865), cuyo ideal fue el de llevar a diferentes ámbitos de la vida las ideas de la independencia, principalmente en la búsqueda de la emancipación intelectual de Hispanoamérica, para hacerse partícipe de la evolución que había tenido lugar en occidente, pero que España se negaba a seguir. Principio de esta tradición nueva sería la secularización, término de la sociología que, en el capítulo tercero de este trabajo, se va a ampliar y que podría referirse como un proceso por el cual los símbolos religiosos ya no son reconocidos por la sociedad como los que determinan la vida. La secularización, aunque no se haya entendido suficientemente, es parte sustancial de las ideas independentistas, ya que con ellas se quiso salir del imperio español, cuya identidad era el catolicismo contra reformista. Dicho

²⁵ Se trata del texto *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Trabajo que se hizo posible gracias a una estancia de Gutiérrez Girardot en la Universidad de Maryland, con el apoyo de la *Rockefeller Humanities Resident Fellow*, 1989-1990.

proceso de secularización es iniciado por Andrés Bello y postulado en su *Filosofía del entendimiento*. Gutiérrez, reconoce los aportes de este pensador en diferentes ámbitos de la vida intelectual al decir:

Pero Bello no sólo racionalizó la gramática y el derecho civil, es decir, los fundamentos de la convivencia social, ni articuló el pensamiento de la nueva época secular, sino que además concibió la independencia como la fundación de una nueva y grande nación que cantó en la *Alocución a la poesía* (1823) y en la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* (1826) que fueron concebidas como parte de un *epos* de significación política semejante a la que tuvo la *Eneida* de Virgilio, esto es, la de narrar la fundación de una nación (1989, p. 64).

Así, lo que para Lizardi era una invitación a la reforma moral, para derivar en un hombre de bien, en Andrés Bello se convierte en una propuesta para crear una nueva nación. Y en este proceso de avanzada, que gana terreno frente a la tradición de autonegación, se abre paso Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), quien también adelanta un poco más, postulando una polémica defensa de la modernidad y de una sociedad secularizada. En Lizardi, la función del hombre de letras es moral y didáctica, en Bello es una función universitaria y constructiva; ya en Sarmiento la función del hombre de letras mantiene la de los dos anteriores, pero las politiza. Y a estas características, Gutiérrez le agrega otra que va a ser una constante en los hombres de letras hispanoamericanos: el exilio. Con el gobierno del caudillo Juan Manuel Rosas en Argentina, que comienza en 1835, Sarmiento debe ir a Chile en 1840. Para combatir a Rosas, Sarmiento escribe su obra cumbre, *Civilización y Barbarie. Vida y obra de Juan facundo Quiroga* (1845), más conocida como *Facundo*.

Sin embargo, Gutiérrez hace una distinción entre los hombres de letras y los intelectuales. Los primeros hacen parte del momento inicial, cuando, después de la independencia hacen parte de los servidores de la república. Es el momento en el anterior a la profesionalización. En el momento en el que los hombres de letras dejan de ser hombres de estado, cuando comienza su profesionalización. Aunque su función sigue siendo pública y política, ya no estarán enfocados hacia la política esencialmente sino hacia la escritura, como sujetos independientes del poder.

2.4.1. La función del intelectual en la sociedad moderna.

De funcionario público, cercano a los intereses del estado, el hombre de letras busca la independencia, busca ser escritor. Altamirano (2008) describe este proceso como un tránsito de la vida política a la vida cultural. En la vida política, el hombre de letras sirve de “apóstol secular, educador del pueblo o de la nación (...) el prototipo se forjó en la cultura de la ilustración y les proporcionó a nuestros ilustrados una imagen de su papel social. El discurso americanista se entretejió tempranamente con esa representación de los hombres de saber y en el panteón de las personalidades del continente añadió, junto a los héroes de la emancipación -los Libertadores-, a los hombres de pensamiento” (Historia de los intelectuales en América Latina, Altamirano, 2008, p. 16)

Para este autor como para Gutiérrez, el hombre de letras va a devenir en la figura moderna del intelectual. De acuerdo con Altamirano, el intelectual empieza a tomar fuerza después de la Primera Guerra Mundial y en los círculos políticos de izquierda. Por tanto, y en esto también coincide con Gutiérrez, el cambio se produce como producto de un giro en la configuración social.

Sin embargo, desde la perspectiva de Gutiérrez, ¿qué se entiende por intelectual? ¿Cuál ha sido su proceso de formación histórica? ¿Cuál es su lugar en la sociedad? Si bien la historia podría remontarse al Renacimiento, hay un hecho que marca su nacimiento en el año 1898 y es el manifiesto de los intelectuales, en el cual se reclama vehementemente por el trato antisemita dado al capitán Dreyfus; el manifiesto fue firmado por personalidades como Zolá, Anatole France, Proust, Lanson, Seignobos, Brunot, Andler, León Blum y Víctor Bérard. Es decir, que este manifiesto “dio relevancia histórica y social a la actividad intelectual” (Gutiérrez, 2004, p. 142). Así, con el manifiesto de los intelectuales en el caso Dreyfus, se puede entender el papel activo de éstos en la sociedad, su interés por los problemas de su contexto y su postura ante las injusticias; así lo refiere Gutiérrez:

El nombre de *intelectual* nació primeramente no como designación de sabios, filólogos, profesores, y escritores que se querían elevar a la categoría de superhombres, sino de un estrato social, o al menos de un grupo social, que consecuente con su actividad intelectual,

protestaba contra la arbitrariedad y criticaba la inhumanidad. El nombre tenía, pues, un color político” (p. 142).

Sin embargo, siguiendo al autor, en los años 50 y de la mano de la sociología, el término *intelectual* se extendió a cualquier profesional, a cualquier persona que estudiara en una universidad, (lo que los alemanes llaman académicos) neutralizando su tinte político. Gutiérrez critica esta extensión del término pues no se ha tenido en cuenta que hay incluso doctores que ejercen su profesión como obreros o como simples analfabetos.

Para clarificar la figura del intelectual en la sociedad moderna, Gutiérrez acude a dos sociólogos: el alemán Theodor Geiger (1891-1952) y el húngaro Karl Mannheim²⁶. Geiger plantea una diferencia entre el intelectual y la inteligencia en su libro publicado en 1944 *Temas y situación de la inteligencia en la sociedad*. La inteligencia está representada por los creadores de los haberes de una cultura, los cuales son muy pocos, y los intelectuales son los que realizan el trabajo espiritual, especialmente los formados en las universidades, no necesariamente creadores de cultura. No todos los intelectuales son inteligencia. De la inteligencia forman parte los poetas, artistas plásticos, investigadores e inventores. Y se consideran creadores de la cultura representativa a los músicos compositores, no a los concertistas. En la inteligencia no importa tanto la calidad, porque, según Geiger, en la cultura existen los grandes y los enanos.

Pese a la diferencia entre inteligencia e intelectual en cuanto a sus funciones sociales, en palabras de Geiger, una y otro tienen en común la mentalidad y la concepción de la vida. Ahora bien, Geiger se da cuenta de que los miembros de la inteligencia son muy pocos y es problemático porque esta élite, si se le puede llamar así, está alejada del pueblo. Sucede entonces que existen haberes de la cultura que no son digeribles para toda la masa, sino sólo para algunos, porque evidentemente la democratización de la cultura tiene sus límites, lo cual no significa necesariamente que la

²⁶ Geiger fue un sociólogo alemán, nacido en Múnich. Ejercía como profesor del Politécnico de Braunschweig hasta que, en 1933, abandonó Alemania por tener ideas contrarias al partido nacional-socialista. Mannheim, aunque húngaro, trabajaba como profesor de sociología en Frankfurt, pero por las mismas razones que Geiger, debe salir de Alemania.

inteligencia haya perdido su batalla en esta tarea democratizadora. Por el contrario, la inteligencia no se resigna a que los haberes de una cultura sean gozados solo por unos pocos privilegiados.

No obstante, lo anterior, Geiger señala que la inteligencia se siente impotente y duda de su labor al darse cuenta que la historia pasa por el frente sin que ella pueda hacer mucho, entonces la inteligencia “duda de la justificación de su existencia, se siente apátrida, y se ve obligada a abstenerse de la acción, a ejercer un ascetismo intelectual, esto es, a soportar en soledad, desesperación y angustia” (Gutiérrez, 2004, p. 125).

Por otro lado, Mannheim, también considera al intelectual como un apátrida porque concibe la inteligencia como oscilante, refiriéndose a la inteligencia del romanticismo alemán y por extensión a la inteligencia de la modernidad. Mannheim dice que los románticos alemanes se opusieron a la racionalidad de los ilustrados, sin percatarse de que fue gracias a la racionalidad y a la ilustración que fue posible la existencia del romanticismo. La diferencia es que, mientras los ilustrados, que habían sido impulsados por la burguesía, se mantenían en concordancia con su origen social e histórico, el romanticismo en cambio no se sentía en armonía con la burguesía, sino que sentía una orfandad y soledad creciente en el mundo donde el arte ya no era la forma más elevada de la cultura.

Por tanto, la inteligencia, por buscar la independencia frente a la burguesía, se muere de hambre y sucumbe cuando el artista o intelectual debe trabajar, especialmente en los empleos públicos. Aparecen los ideólogos de los gobiernos para los que sirven. Y aquí se resumen algunas características de los escritores del modernismo como Unamuno, Darío, Lugones, Baroja, Martí, Herrera y Reissing, Ganivet, Azorín, entre otros: “moralmente inseguros”, “filósofos natos de la historia”, “hombres de extraordinaria sensibilidad”, “descubridores de campos y problemas” “dispuestos a la aventura y oscurantes” (Gutiérrez, 2004, p. 148).

Para Gutiérrez, los intelectuales, aunque hayan sido injustamente tildados de fracasados o inadaptados, son necesarios para la sociedad ya que los problemas son cada vez más complejos y requieren que se les aborde intelectualmente. Es necesario que los hombres dedicados al trabajo intelectual conserven la independencia o la referida inteligencia oscilante, que no estén al servicio de ningún poder que los gobierne o los determine. Por tanto, no deben ser considerados

intelectuales aquellos hombres que despuntan socialmente, no tanto por su trabajo y su disciplina como intelectuales, sino por su servilismo.

En la Francia de mediados del siglo XX, refiere Gutiérrez, la figura del intelectual como fracasado se va a representar en una imagen que no se había dado en el romanticismo, es decir, la del bohemio. Al decir de Henri Murger, “todo hombre que entre en las artes sin otro medio de existencia que el arte mismo tendrá que pasar por los senderos de la bohemia” (Citado por Gutiérrez, 2004, p. 151). Esta condición del artista lo lleva a muchos peligros, los principales, según Murger, son la miseria y la duda. Son tiempos difíciles para el artista, pues ya había pasado la época del mecenazgo en el que los artistas podían despreocuparse del sustento al estar empleados en una corte o bajo el mando de un noble pudiente; por el contrario, las características de la sociedad burguesa estaban floreciendo y el artista ya no era sino un marginado.

Como se puede observar, el proyecto de una historia social de la literatura planteado por Gutiérrez, implica la incursión en disciplinas de diversa naturaleza, no necesariamente literarias. En esto coincide con la opinión de Altamirano (2008), el cual propone que, para realizar una historia de los intelectuales, se deben tener en cuenta disciplinas como la historia de las ideas, la historia de la literatura, la historia política, la sociología de los intelectuales, la historia de la prensa y la historia de la edición, es decir, “una historia que tome en cuenta la diversidad de formas que adoptó la acción de los intelectuales a lo largo de dos siglos sólo puede ser fruto de la colaboración de estudiosos de diferentes disciplinas” (p. 23). Ejemplo de ello es su citada obra *Historia de los intelectuales en América Latina*, un proyecto coordinado por diversos autores de diferentes universidades²⁷.

De igual manera, y a modo de conclusión, en el proyecto de una historia social de la literatura esbozado por Gutiérrez y analizado en el presente capítulo, plantea la necesidad de un trabajo interdisciplinario. Por ello han sido importantes los aportes del filósofo Marx, ya que ayudan a

²⁷ En el diseño de la obra dirigida por Altamirano participaron: Nora Catelli, de la Universidad de Barcelona, Horacio Crespo, de la Universidad Autónoma de Morelos, Arcadio Díaz Quiñones, de la Universidad de Princeton, Jean Franco y Claudia Lomnitz, de la Universidad de Columbia, Javier Garcíadiego Dantas, del Colegio de México, Sergio Miceli, de la Universidad de Sao Paulo, Jorge Myers y el propio Altamirano, de la Universidad Nacional de Quilmes.

esclarecer la relación entre literatura y sociedad, concluyendo que la literatura es una institución más dentro de la sociedad. El proyecto también supone el estudio de la literatura en su proceso histórico, analizando su función y sus características en épocas como la Colonia o la independencia y descubriendo las estrechas relaciones que existen entre el orden económico y social y las producciones literarias. Así, en el estudio de la hacienda como institución colonial que permeaba todos los aspectos de la vida, se pudo entender la estrecha relación entre el orden teológico y los obstáculos con los que se encontraron los escritores de esa época, ya que la literatura tenía como principal función la de justificar y legitimar la conquista. Luego, con la valoración del costumbrismo, se comprendió la estrecha relación entre el orden jurídico y la literatura, porque fue gracias a la flexibilización de las leyes de imprenta que escritores como Lizardi pudieron ejercer su labor como literatos y periodistas, además, se pudieron tratar temas que antes eran prohibidos. Y, por último, se mostró la necesidad de indagar, desde la historia social de la literatura, sobre el proceso por el que han pasado los intelectuales de Hispanoamérica, esto es, como una personalidad que cambia de acuerdo con las transformaciones sociales, pero que también interviene en la configuración de su sociedad.

Siendo así, en el siguiente capítulo se expondrá cómo en los análisis hechos por el crítico colombiano al modernismo, se siguen los presupuestos de la historia social de la literatura, pero sin olvidar que sobre este movimiento literario se han realizado diversas investigaciones en la época contemporánea. De igual manera, en esta parte se plantea un diseño curricular para la enseñanza del modernismo en el bachillerato, desde la perspectiva de la historia social de la literatura propuesta por Gutiérrez.

3. Capítulo Tercero

El caso del Modernismo: una valoración desde la historia social de la literatura

El estudio del Modernismo, hecho por Gutiérrez en algunos de sus ensayos, evidenció su discrepancia con la historiografía literaria que hasta la década de los 80, según él, lo había estudiado desde perspectivas reduccionistas. En el presente capítulo se hará una reconstrucción de los aportes de Gutiérrez para el análisis de este movimiento literario, dilucidando sus problemas vertebrales, principalmente desde los textos *Modernismo, supuestos históricos y culturales* (2004)²⁸, y *El modernismo como proceso histórico-cultural* (1989). De igual manera, teniendo de presente la “Advertencia” del autor en la que presenta su ensayo *Modernismo*, no a la manera de los tratados o los manuales, sino por el contrario, como un esbozo, y, por ende, provisional. No obstante esta advertencia, de acuerdo con Rivas, (Rafael Gutiérrez Girardot en La Revista Quimera (1981-2003), 2011) “la expresión más acabada de su trabajo intelectual: el libro *Modernismo* (1983)” representa un “texto fundamental de la crítica hispanoamericana del siglo XX”. Así, en este capítulo final se establecerá que, en el estudio realizado por Gutiérrez al Modernismo, se manifiestan los presupuestos de su proyecto de historia social de la literatura hispanoamericana. Sin embargo, para complementar esta reconstrucción de los argumentos de Gutiérrez, es necesario poner en diálogo sus ideas con las de otros estudiosos de la literatura hispanoamericana que abordaron dicho tema, tales como Ángel Rama y Françoise Perus.

Si bien este trabajo se centra en los trabajos de Gutiérrez, es importante notar que, al leer sus textos, en ocasiones parece que el autor abandona la temática de Hispanoamérica y profundiza más en la filosofía y la literatura europea, principalmente la alemana. Escenario que se comprende si observamos que los estudios sobre el Modernismo, realizados por este autor, fueron cursos desde la academia alemana y para la academia alemana. Además, debe agregarse que su esfuerzo

²⁸ El texto *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* es presentado por Gutiérrez Girardot como un resumen de un curso que ofreció en Bonn en el invierno de 1981-82 bajo el título de *El problema del modernismo*. A su vez este trabajo fue la reelaboración de uno más grande que hizo el autor sobre las letras ibéricas en el invierno del 78-79. Y además tiene dos antecedentes más: El artículo sobre *Literatura hispanoamericana, 1880-1910*, publicado en 1976 en la revista *Neues Handbuch der Literaturwissenschaft* de Wiesbaden, Alemania; y el artículo *Sobre el modernismo*, publicado en 1977 en la revista *Escritura*, de Caracas, Venezuela.

argumentativo se enfoca en relacionar a este movimiento literario con el marco de las letras europeas y, concretamente, de la modernidad como fenómeno cultural que tiene su epicentro en Francia, Alemania e Inglaterra. Por esto es que complementamos la lectura de Gutiérrez, acudiendo a dos críticos como Ángel Rama y Françoise Perus.

De esta manera, se expondrán tres apartados en los que se ubica al Modernismo en el contexto global de las letras hispanoamericanas y europeas. En el primero se sitúa al Modernismo en el marco de la modernidad y del ascenso de la clase burguesa, para ello se examinará el papel del arte y de artista en esta sociedad; en el segundo se esclarecerá la estrecha relación entre el Modernismo y la secularización de la vida, es decir, la manera en que las manifestaciones literarias modernistas fueros afectadas por el desplazamiento de las ideas religiosas; y en el tercero, se analizará el espacio en el que se desarrolló dicha literatura, es decir, las ciudades, que emergieron con la transformación de la sociedad tradicional feudal en una sociedad de industriales y comerciantes de economía liberal, espacio vital que determinó las sensaciones de los escritores modernos. En suma, se trata de entender el Modernismo como un proceso complejo: literario, social, histórico y cultural.

No obstante, tradicionalmente, el Modernismo²⁹ se ha estudiado como una tendencia estética que tiene origen en Hispanoamérica hacia finales del siglo XIX con la poesía de Rubén Darío y la prosa de José Martí Además se le ha reducido a una simple mimesis de la poesía francesa decadentista, cuyo inspirador era Baudelaire y el lugar de inspiración los bulevares de París (Forero, 2018, p. 18). Sin embargo, frente a esta versión simplificada, propia de los manuales, las investigaciones sobre el Modernismo desde la década de los 70 y 80 han tenido trabajos relevantes

²⁹ Algunos trabajos sobre el Modernismo son los de: Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo*. México Ricardo Gullón. *Direcciones del modernismo*. Gredos Madrid. 1963. FCE. 1954, Davinson Ned. *El concepto del modernismo en la crítica hispánica*. Buenos aires. 1971, Roggiano Alfredo. *Modernismo: origen de la palabra y evolución de su concepto*. Florida. 1977, Fiol Valentí. *El primer modernismo catalán y sus fundamentos ideológicos*. Barcelona. 1973. Vela Arqueles. *Teoría literaria del modernismo: su filosofía, su estética, su técnica*. México, 1972, Castillo Homero. *Estudios críticos sobre el modernismo*. Madrid 1968. Rama Ángel. *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas. 1970, Perus Françoise. *Literatura y sociedad en América latina: el modernismo*. México. 1976. Compendio de ensayos editado por Lily Litvak *El modernismo*. Taurus. Madrid 1975.

que han ampliado la perspectiva, tales como los de Ángel Rama, Françoise Perus y Rafael Gutiérrez Girardot.

Para iniciar, Gutiérrez enfatiza en la necesidad de cambiar la manera de estudiar el Modernismo para sacarlo de ese “callejón sin salida” al que había sido confinado por la historiografía literaria tradicional (*Modernismo*, p. 23). Él presume que quizás sea el modorro³⁰ la causa de que la historiografía literaria de lengua española no haya tomado en cuenta los progresos³¹ “de la historiografía literaria europea desde hace un siglo y medio y especialmente dos decenios” (Gutiérrez, 2004, p. 23). Y, no obstante, los progresos entre los que menciona la estilística, el estructuralismo y la semiótica, ninguna de estas escuelas, en opinión del autor, logró sacar al Modernismo de interpretaciones reduccionistas que hasta los años 80 dejaban al modernismo en un lugar marginal de la historia literaria. Gutiérrez resalta algunos trabajos³² que, para la época, se apartaron del típico abordaje del Modernismo, descrito como un antagonismo entre dos espíritus.

El antagonismo entre dos espíritus alude a la obra del español Guillermo Díaz Plaja (1909-1984) *Modernismo frente a Noventa y Ocho* (1951) en el que se establece una contraposición (heredada de Pedro Laín Entralgo) entre la generación del 98, de corte peninsular, racional y masculino, frente al Modernismo, ubicado en la América hispana, de tipo emocional y femenino. Para el profesor peruano Vizoso, (2008) esta dualidad fue una invención que dividió inoficiosamente las letras de lengua española. Vizoso señala que, cuando Azorín³³ realizó un listado de los autores que pertenecían a dicho movimiento, en este incluía a Rubén Darío, por su evidente liderazgo. Luego, dice Vizoso, la crítica posterior mostró sus veladas intenciones al “limpiar” esta lista, eliminando al nicaragüense, quedando establecido que allí solo entraban españoles, mientras a los

³⁰ Palabra Gutiérrez toma de Quevedo para significar un perezoso apego a la rutina, no necesariamente fidelidad a una tradición.

³¹ Gutiérrez menciona la “estilística” de Dámaso Alonso, la comparatística de Claudio Guillén, las modas estructuralistas, semióticas y el marxismo de Luckács o el marxismo vulgar de Rodríguez Puértolas, Blanco Aguinaga, Iris Zabala o F. Perus.

³² Se destaca una carta de Valera a Rubén Darío, sobre *Azul*; también *Prólogo a la antología de la poesía española e Hispanoamérica* (1932), de Federico de Onís, y *Las corrientes literarias en América hispánica* (1945), de Pedro Henríquez Ureña.

³³ Azorín es quien por primera vez usa la expresión “generación del 98” en 1913. La fecha de 1898 es, para los españoles, el año en que pierden la guerra con Estados Unidos en Cuba. En esta disputa los españoles perdieron sus tres últimas colonias de ultramar: Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

hispanoamericanos los incluían en el Modernismo, que era su antagonista. Entonces, de acuerdo con este autor, Darío fue el “jefe” de los Modernistas y Unamuno el de la generación del 98.

Si la crítica reaccionaba tan virulentamente, explica Vizoso, era porque en realidad se estaba dando una revolución en la poética de la lengua hispana, pero no exclusivamente por españoles puros, sino principalmente por poetas de ultramar. En un momento de exacerbado nacionalismo en España, de acuerdo con el autor peruano, así se veía al Modernismo frente a la generación del 98:

En este modelo literario del momento español de entre siglos, la oposición binaria “generación del 98 / Modernismo” se configura así, como se puede ver, con la imposición de una presencia central, la supuestamente auténtica y verdaderamente representativa del alma de España —la generación del 98— frente a la ausencia de contenido del Modernismo, que es desplazado a una periferia donde su mensaje, intrascendente, se diluye en gestos, imágenes de un exotismo descabellado y una inútil explosión de colores (Modernismo frente a 98: una oposición infundada. 2008 p. 58).

Esta contraposición, asegura Gutiérrez, fue recibida sin crítica por los historiadores literarios de Hispanoamérica, quienes incluso la reforzaron. Para este autor, tanto el antagonismo generación del 98/Modernismo, como la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset y las reducciones formalistas y nacionalistas, deben ser cuestionados, pues no pueden ser los únicos elementos de análisis de la literatura modernista.

Sin embargo, esa dualidad establecida por Díaz Plaja no es el único problema que enfrenta el Modernismo. También enfrenta los juicios sobre la forma, sobre el estilo de su escritura, así lo describe Monroy (2019) al decir que

Pese a que se valoraba el esfuerzo de los modernistas por superar el descuido lingüístico de los románticos latinoamericanos, el preciosismo fue más un motivo de censura por el que se descabala al modernismo de sus posibilidades ético-sociales y se le condenaba a ser otro pobre producto más del continente (especialmente en su disputa con la Generación del 98) o a revelar la faceta más conservadora y reaccionaria de un arte finisecular que no estaba con el pueblo (p. 67).

Es decir, el Modernismo fue criticado por su supuesto apego a los valores burgueses y aristócratas, pero también por las formas utilizadas en su literatura. En resumen, fue descalificado por su “esteticismo cómplice” (Monroy, 2019, p. 70). Este perfil del modernismo como una preocupación exclusiva por la forma se planteó en uno de los estudios más completos sobre este movimiento literario. Se trata del trabajo de Max Henríquez Ureña (1886- 1968) *Breve historia del modernismo* (1962) en el que destaca el modernismo fue un movimiento propiamente hispanoamericano, cuya principal preocupación era la forma, concretamente, la renovación de la métrica.

Esta manera de estudiar el modernismo, exclusivamente desde interpretaciones filológicas, según el ensayista colombiano, debe ser superada para entrar en el terreno de la historia. Es decir, entender el Modernismo como un proceso y como la manifestación de un conflicto entre lo tradicional y lo moderno. Así lo explica Gutiérrez en *El modernismo como procesos histórico-cultural*:

Antes de juzgar desde una perspectiva puramente filológica y formal al modernismo hispanoamericano, antes de reprocharle su “galicismo mental” o su ignorancia de los problemas sociales inmediatos, es preciso considerarlo en su amplio contexto; el histórico-literario y el histórico-social. (1989b, p. 196)

Por consiguiente, el estudio de este movimiento literario debe comenzar por comprender el tipo de sociedad en el que emergió, cuáles eran los condicionamientos culturales de los escritores y, así como se indagó por la función de la literatura y el lugar de los escritores en la época colonial en el capítulo segundo, realizar la misma pregunta frente al Modernismo en la época de la sociedad burguesa.

3.1 Poetas en tiempos de miseria

En la moderna sociedad burguesa los valores que predominan son el egoísmo, la dependencia, el afán de lucro y la explotación del proletariado. Es lo que expone Marx en el primer apartado del *Manifiesto del partido comunista* (1848), que trata sobre burgueses y proletarios. Allí también se menciona que esta sociedad ha realizado una división del trabajo nunca vista en la historia, en la que lo importante es la producción de mercancías, no la vida humana. De este modo, ni los trabajos

concernientes al espíritu, como las letras, han podido escapar a esta tendencia, pues “la burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al jurisconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados” (Marx, 1848, p. 22). Siendo así, las nuevas condiciones del poeta están determinadas por esta lógica capitalista, y, por consiguiente, este debe tomar una postura, o se adapta como “asalariado” o se distancia de la sociedad burguesa para mantener a la poesía en la independencia.

Gutiérrez puede notar que la postura de los artistas frente a esta situación fue la independencia, sin embargo, esto les acarrea su marginalidad. La nueva realidad de los artistas se manifestaba en muchas obras literarias en las que se expresaba la preocupación porque en la moderna sociedad se despreciaba la inteligencia y la poesía, en contraste con la preponderancia que tenía el dinero.³⁴ El artista había perdido vigencia porque en la sociedad burguesa no tenía cabida lo que no producía mercancías o capital. Ante esta preocupación Gutiérrez establece un diálogo entre Hölderlin y Hegel. El primero cuestiona si en una época de pobreza es necesaria la figura del poeta³⁵. Y la respuesta del segundo es que el arte ha llegado a su fin porque, en la época moderna, el arte ha dejado de ser la más alta manifestación del espíritu.³⁶ Esta situación llevó al hombre moderno a vivir en una contradicción y a comportarse como un anfibio, que se movía entre la realidad vulgar, sujeto a las necesidades, y el mundo del pensamiento y de las ideas de libertad. Hegel describió esta creciente dependencia del hombre moderno en sus *Lecciones de estética*, en las que concibe al hombre moderno en una encrucijada: convertirse en medio para los fines de otros o convertir a los otros en medios para para satisfacer sus fines. En resumen, el hombre debió degradar a otros o degradarse a sí mismo. Esto fue a lo que Hegel llamó “prosa del mundo” o “el estado mundial de la prosa”. Y de aquí se dedujeron las dos características principales de la sociedad burguesa:

³⁴ Gutiérrez menciona las siguientes obras: *Lucas de bohemia* (1924) de Valle-Inclán, *Whilhelm Meister* (1796) de Goethe, *Pan y vino* (1800-01) de Hölderlin, *Sylvan historian* de Keats, *Los dioses en el exilio* de Heine, *A rebours* (1884) de Karl Huysmans (18048-1907), *De sobremesa* de José Asunción Silva y *La voluntad* de Azorín. Revisar formato de cita.

³⁵ “¡Pero llegamos demasiado tarde, amigo! Sin duda los dioses aún viven, pero encima de nuestras cabezas, en otro mundo; [...] ¿Qué decir? No lo sé. ¿Para qué poetas en estos tiempos de miseria?” (Pan y Vino, Poesía completa, 1977, p. 69).

³⁶ *Lecciones sobre estética* (1834) y *Líneas fundamentales de la filosofía del derecho* (1821).

búsqueda egoísta de la realización personal y relaciones de dependencia omnipresente. Por tanto, tal como se deduce de los planteamientos hegelianos, en una sociedad en la que primaba el egoísmo y la utilidad, el arte no podía ser la máxima necesidad del espíritu.

La consecuencia para el arte y el artista es que estos pasaron a un segundo plano. De hecho, podría decirse que el arte ya no representó sino un lujo o una extravagancia. El afán de la vida moderna está en el aseguramiento del sustento material, en el enriquecimiento económico y no espiritual. Es lo que Gutiérrez puede observar en novelas como *Fortunata y Jacinta* (1887), del español Benito Pérez Galdós (1843-1920), que cuenta la historia del ascenso social de una familia a fuerza de trabajo esforzado en el comercio; también en *Los parientes ricos* (1903), del mexicano Rafael Delgado (1853-1914). Obras en las que, en opinión del colombiano, se puede ver una clase burguesa en la que el arte representa solo un ornamento. De esta manera, ascenso social como temática de las obras literarias y arte como decoración son fenómenos que solo se pueden entender al analizar la literatura desde la historia social.

A este respecto, las investigaciones de Françoise Perus (1992) convergen con las de Gutiérrez (aunque criticada por este, como se pudo observar en el primer capítulo) porque manifiestan la necesidad de valerse de una perspectiva sociológica para analizar la literatura modernista, tal como lo expresa la autora: “proponerse como objeto el conocimiento sistemático de los mecanismos estructurales que determinaron la orientación y el contenido fundamental de las prácticas literarias modernistas y las convirtieron en corriente hegemónica” (*Literatura y sociedad*, p. 9). En últimas, el proyecto de Perus consiste en “llevar adelante, sobre bases teóricas sólidas, una interpretación materialista de la moderna producción literaria latinoamericana” (p. 10). Al igual que Gutiérrez, esta investigadora considera relevante que las interpretaciones del modernismo deben partir de su comprensión histórico-social.

En su lenguaje de corte marxista, Perus considera de manera explícita que el Modernismo se corresponde con un hecho crucial para este continente y fue “la implantación del modo capitalista en una América Latina inserta en el nuevo esquema capitalista-imperialista mundial”. Por tanto, no solo el lenguaje es marxista, sino el planteamiento, según el cual, las manifestaciones estéticas

y las representaciones de una cultura están estrechamente ligadas con los modos de producción de la vida material de la misma.

En esta misma línea de análisis se encuentran los planteamientos de Ángel Rama (1976), quien expresa que este movimiento literario representa la incorporación de Latinoamérica al liberalismo económico. Y es en este marco económico-social en el que se debe estudiar el Modernismo para poder entender sus temáticas, sus posturas políticas y sus manifestaciones estéticas. Al asociar el modernismo al liberalismo, Rama expresa que:

Para poder actuar, el capitalismo debe imponer a las regiones sobre las que se ejerce, su sistema de valores: su subjetivismo económico, la división del trabajo, los principios de racionalidad de la producción, su concepción del objeto económico y de las leyes de circulación del mercado. De otro modo no podría funcionar. Al hacerlo, procede a universalizar las condiciones peculiares de su sistema económico, instaurando en todas partes formas similares. Son a la vez, conviene desde ya advertirlo, formas dependientes de tipo colonial, lo que a la larga importa establecer simultáneamente una contradicción, que no solo se traducirá en la vida económica, sino también en la cultural (Rubén Darío y el Modernismo, p. 24).

Es decir que, de acuerdo con Rama, los cambios se dan primero en el orden económico y no en el orden artístico; los artistas solo se adaptan al nuevo sistema social. Es por esto que el autor uruguayo destaca el esfuerzo de las letras modernistas en busca de autonomía, aunque sea dentro de una libertad relativa. Una autonomía que funcionó adaptándose a influencias extranjeras, ya no españolas, sino francesas.

Por tanto, frente a esta sociedad burguesa y sus valores, los artistas podrían tomar diferentes caminos: asumir los cambios e intentar integrarse al nuevo orden social y económico, hacer una resistencia e intentar volver a un pasado que fue mejor³⁷ o mostrar una actitud de rechazo frente al

³⁷ Esta actitud de nostalgia por un pasado mejor lo observa Gutiérrez en textos como: *Las reminiscencias de Santafé y Bogotá* (1893), De José María Cordovez Moure, *Recuerdos del pasado* (1886) del chileno Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del tiempo viejo* (1886) de Orrego Luco, *Recuerdos de provincia* (1850), de Domingo Faustino Sarmiento, y *Una lima que se va* (1921) de José Galves.

pasado y frente al presente para huir al mundo de la fantasía y la imaginación. Según Gutiérrez, esta última actitud fue la que adoptaron los escritores modernos y se puede ver expresada en un fenómeno nuevo en la literatura como fue la denominada “novela de artista”.

3.1.1 La novela de artista

En la época moderna, la marginalidad del artista se puede ver expuesta en las novelas en las que los protagonistas son ellos mismos. Estas novelas configuran una reflexión sobre la vida de los artistas en la sociedad burguesa en la que los valores predominantes son el egoísmo, el lucro y todo lo material. Frente a esta sociedad, dice Gutiérrez:

El artista reaccionó con un gesto romántico. Rechazó la sociedad burguesa que lo marginaba y al mismo tiempo reflexionó sobre su situación en esa sociedad que, por paradójico que parezca, le deparó no solamente la libertad artística, sino también la posibilidad de nuevas y complejas experiencias (2004, p. 54).

Para ejemplificar lo dicho, el ensayista colombiano menciona dos casos en los que los escritores toman una postura de rechazo frente la sociedad burguesa. Se trata de *Ardinghello y las islas bienaventuradas*, (1787) del escritor Wilhelm Heinse (1746-1805), y la novela *Lucinda*, (1799), de Friedrich Schlegel (1772-1829). De acuerdo con Gutiérrez, en estas novelas, los autores perfilaron al artista como un genio, como un rebelde marginado, consciente de su situación; es decir, la respuesta a su rechazo fue la indagación y la reflexión sobre su situación en la nueva sociedad. Es ahí donde aparece la “novela de artista”, los escritos sobre el arte, el artista, su función y su condición en la sociedad.

Este tipo de novela fue, según el ensayista colombiano, la respuesta del artista al “fin del arte” que promulgaba Hegel; respuesta que se convirtió en desafío al aspirar a que el arte pudiera siempre ascender y perfeccionarse. Al decir de Gutiérrez:

La larga respuesta a esta esperanza de Hegel fue, al cabo, la constitución de la *teoría literaria*, es decir, la tácita sustitución de una poética normativa por una poética libre y experimental que al mismo tiempo justifica, si bien con resignación, la respuesta

inseguramente positiva de la pregunta de Hölderlin *¿para qué poetas en tiempos de miseria?*” (2004, p. 55)

Sin embargo, cuando se formula la pregunta “¿para qué?”, de alguna manera se está preguntando por la utilidad, por el fin que se quiere lograr cuando se es poeta o cuando se realiza una obra de arte. En consecuencia, si la poesía tiene un “para qué”, si tiene una utilidad, se estaría reconociendo la instrumentalización de esta, lo cual es contrario a su esencia. Al rechazar el “para qué”, al cultivar el arte por el arte, se está rechazando toda la sociedad burguesa, racionalizada, en la que todos se reducen a medio de otros. Con esto, la vida misma del artista se convierte en una obra de arte.³⁸

Más que el parecido formal que puedan tener entre sí las llamadas novelas de artista, lo que importa, según Gutiérrez, es el contenido, pues en ellas se evidencia un rechazo a la sociedad burguesa, al mundo en el que les tocó vivir a los escritores, los cuales prefirieron la búsqueda de utopía (*Ardinghello*), de plenitud (*Lucinda*), o de mundos pasados y mejores. En resumen, lo que caracteriza al artista de la sociedad moderna burguesa es: negación del presente y evasión a otro mundo; pero no es una huida de la realidad. El lugar de trabajo entra en contradicción con el espacio de vida del burgués. Situación que describe Gutiérrez (2004) al decir:

Pero el que un artista viviera en la realidad burguesa, no significaba que él aceptara sus valores, esto es, la base del lujo, el dinero, el comercio, etc. El artista no disponía, como el burgués, de una oficina en “la que tenía en cuenta la realidad”, y si le era posible permitirse esos lujos, era porque su familia podía facilitarlos o porque, como en el caso de Huysmans, dedicaba su sueldo burgués de célibe a su satisfacción o porque, en la mayoría de los casos, podía recordar lo que no había visto ni conocido personalmente. (p. 59).

³⁸ Es lo que le sucede, según Gutiérrez, al personaje de la novela *Lucinda*, Julius, un pintor que hace su vida consecuentemente con las reglas del arte que él crea. Otras novelas de artista referidas por Gutiérrez son: *A rebours*, de Joris-Karl Huysmans y *De sobremesa*, de José Asunción Silva; según el autor, se caracterizan por algunos puntos en común: diálogo, diario, “ensayo” y supuesto testimonio.

En esta contradicción en la que deben vivir los artistas modernos, la mejor imagen para representarlos es la de un anfibio, porque su vida se ha convertido en una dualidad. Tal dualidad del artista fue justificada por Baudelaire cuando expresaba que lo bello estaba compuesto por dos elementos, uno eterno y otro circunstancial. Dicho planteamiento fue formulado en su ensayo *El pintor de la vida moderna* (1863). En este plantea que, sin la parte circunstancial de lo bello, lo bello sería indigerible. Sin embargo, aquello que no se puede expresar en el mundo burgués, sí se puede hacer en el mundo literario. La dualidad se convierte en ambigüedad cuando aquella parte circunstancial, que Baudelaire llama “la envoltura”, adquiere la función específica de llegar a un público que el escritor desprecia. La “envoltura” no es una concesión al público, sino más bien una provocación. Tal provocación es también una manera en que el artista dice que quiere ser tenido en cuenta en el mundo social y a la vez la desilusión de ese deseo. La expresión de Gutiérrez para esta situación es: “una forma artística del despecho social” (2004, p. 60).

El lugar del artista es indigno y, sin embargo, dice Gutiérrez, después del fin del arte, no se esconde en una “torre de marfil”, sino que se aparta a un reino ambiguo donde prevalece la libertad, la fantasía y la nostalgia de un mundo que lo expulsó; a esto se le llamó “decadencia”. En realidad, dice el autor, fue intensificación de la vida, que implicaba gozo, angustia, plenitud, duda, sensualidad, remordimiento, impiedad y nueva fe.

Al poeta que había caído en esta alienación, en esta servidumbre, se le ha desamparado. Gutiérrez culmina diciendo:

La crítica a esta alienación le corresponde al político activo. El historiador social y el sociólogo la describen y analizan. El historiador de la literatura sólo comprobará que, sin esta ambigüedad, sin la tensión del individuo que trata de romper su solipsismo -y esto fue el poeta de la llamada torre de marfil- la literatura no contaría con tantas cumbres de la lírica en las que el poeta articula su exilio, como en algunos poemas de Hölderlin, de Rimbaud, de Baudelaire, de Verlaine (2004, p. 68).

En el mundo hispánico también se escribieron novelas de artista. Pero, aunque el Modernismo se destacó por su renovación de la poesía, en la prosa (ensayo, novela y cuento) también se pueden encontrar los elementos que constituyen a este movimiento literario. En su ensayo *La prosa*

Modernista, Gutiérrez (1984) expone que “el hecho de que fuera la obra lírica la que introdujo la revolución estética en las letras de lengua española, no justifica ese descuido”. Es por esto que se destacan algunos ejemplos de la novela de artista en este continente, tales como *Amistad Funesta* (1885), de Martí, *De sobremesa* (1986-87), de Silva, *Ídolos rotos* (1901) del venezolano Manuel Díaz Rodríguez, *Resurrección* (1902) del colombiano José María Rivas Groot.

En un acercamiento al caso colombiano, la novela de artista tiene otros representantes que no fueron mencionados por Gutiérrez en *Modernismo*. En su tesis, inspirada en el postulado de Gutiérrez, según el cual no se ha estudiado suficientemente la novela de artista en Latinoamérica, Paola Elena León (2015) analiza cuatro obras de la literatura colombiana que, a juicio de ella, hacen parte de esta categoría. Así, además de *Resurrecciones* y *De sobremesa*³⁹, León agrega *Los parias* (1902), de José María Vargas Vila (1860-1933), y *La Vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera. Siguiendo la línea de estudio crítico de Gutiérrez, la autora realiza una revisión historiográfica de la obra, haciendo énfasis en la historia editorial y en la recepción de dichas obras. Esta investigación se enfoca en presentar:

La novela de artista modernista colombiana como herramienta que permite analizar el rol social del intelectual y del artista desde la literatura, pues allí se manifiesta todo un universo de convicciones, vivencias políticas, existenciales, morales, ideológicas, filosóficas, estéticas, entre otras (La novela de artista modernista en Colombia, p. 9)

De Vargas Villa, aunque no la menciona León, se podría incluir en la categoría de novela de artista la trilogía *Lirio Blanco*, (1932), *Lirio rojo* (1930), *Lirio negro* (1930). Respecto de esta obra, en su tesis doctoral *El sentido trágico de la vida en la obra de José María Vargas Vila*, la investigadora Consuelo Triviño Anzola (2015) realiza un análisis en el que la ubica en un lugar destacado en las letras hispanoamericanas y en concreto en las modernistas. Al igual que León y Gutiérrez, Triviño realiza un estudio literario que va más allá de lo estético, es decir, lo hace con criterios de índole histórico-social. De acuerdo con esta autora, la trilogía, a la cual le dedica un

³⁹ En reciente tesis, Javier Sánchez Bermúdez (2017) también vincula el contexto socio-histórico y la obra del representante más destacado del modernismo en Colombia, Silva. (*De sobremesa: una escritura poética del modernismo latinoamericano en la órbita estética de José Asunción Silva 1865-1896*).

examen detallado en su tesis, representa la vida de Flavio Durán, un héroe trágico que vive una constante tensión entre el artista, impulsivo, y el intelectual, racional. En esta trilogía, afirma Triviño:

La imagen del artista corresponde a la que de él hace el Modernismo: un individuo que rechaza la terrible realidad que le corresponde vivir. Herederos del decadentismo D'Annunziano, los artistas exploran todos los matices de la sensación, huyen hacia paraísos imaginarios, aunque en el trayecto se encuentren con la muerte. (p. 209)

Para esta investigadora, el aspecto religioso, además de ser una de las más importantes preocupaciones de la época, es una temática recurrente en las obras de Vargas Vila, tanto, que en casi todas aparece un cura, sobre el cual descarga toda su fuerza anticlerical. Además, en sus escritos políticos ataca las ideas y las instituciones religiosas de manera directa, actitud que le valió la excomunión de varios curas y el destierro, en 1886, por parte de Rafael Núñez. Precisamente, este fenómeno de la secularización en la sociedad y en la literatura es uno de los temas centrales en el análisis que hace Gutiérrez al Modernismo.

3.2 La secularización, presupuesto de la modernidad y del modernismo

Al concebir el Modernismo como un movimiento literario que expresa los conflictos sociales y culturales de la Modernidad, Gutiérrez encuentra pertinente en su abordaje investigativo, considerar el fenómeno de la secularización, al cual reconoce como un presupuesto para que se puedan desarrollar las ideas de la época moderna y que, por ende, configura el marco social e histórico que determina la literatura modernista.

No obstante, durante su primera etapa de formación, Gutiérrez fue un estudiante más proclive a las ideas conservadoras que a las liberales o progresistas. Rivas (2019), en su tesis doctoral, menciona que, en su estancia en Bogotá y Madrid, el autor de *Modernismo* se preocupaba por la vinculación a los ideales españoles y por la crisis de la fe. Igualmente, García (2011) señala el paso del sogamoseño por la ultraderecha bogotana, comandada por Alzate Avendaño. No obstante, en su trasegar como intelectual, Gutiérrez se acercó a las personalidades de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, y con ellos comenzó a descubrir, en la comprensión y definición de

Hispanoamérica, la estrecha relación existente entre la herencia del catolicismo dogmático y la imposibilidad de modernización de este continente.

Es así como en 1986, en su ensayo *Universidad y sociedad*, reflexionando sobre la evolución del pensamiento de los pueblos hispanos, Gutiérrez puede notar cómo la marca del catolicismo contrarreformista es determinante para esta sociedad. Señala, por ejemplo, el hecho definitivo para la conformación de la ética social e intelectual de este continente, de que uno de los libros fundamentales para la educación de los niños, durante los siglos XVIII, XIX y XX, fue el *Catecismo de la doctrina cristiana* (1599), del padre Gaspar Astete. Este texto configuró la ética social en la intolerancia, ya que estableció una lógica binaria entre los que decían “sí” a Cristo y los que decían “no”, creando el antagonismo, amigo-enemigo; y también conformó la ética intelectual⁴⁰, pues se enseñaba a vivir a los catecúmenos en un mundo cerrado, regido por una doctrina que rechazaba la ciencia y todo lo que estuviera en desacuerdo con los principios bíblicos. Así, dice Gutiérrez:

Para el niño, el mundo histórico se reduce a los partidarios del “sí”, los buenos y los católicos, y los del “no”, necesariamente los malos por no ser católicos. Esta “estructura” antagonista se profundiza cuando en el curso de los estudios al adolescente se le enseña a odiar literalmente a todas las figuras históricas que dieron el “no” al padre Astete y a todo lo que él representaba, a los “otros” que, para agravar la maldad, no eran españoles (Universidad y sociedad, 1989, p. 270).

Esto condujo a que la recepción de las ideas modernas no tuviera, en un comienzo, una apropiación crítica. Y Gutiérrez no se ahorra palabras para describir la herencia española: “odio, violencia, tergiversación, simulación”; “odio hacia sí mismo, sadismo, predicán los ejercicios espirituales del insigne jesuita vasco” (1989, p. 271), pues todo esto va a tener consecuencias en el desarrollo, no solo en el ámbito de la educación, sino en la sociedad en general.

⁴⁰ Gutiérrez hace alusión en este ensayo a la recepción acrítica de las “modas”. Dice que “esa recepción se debe principalmente a la forma dogmática del pensamiento (...) que se enfrenta a las diversas “corrientes” del pensamiento como si ellas no fueran proposiciones teóricamente fundamentadas de la solución de un problema, sino como si fueran otros dogmas nuevos” (Universidad y sociedad, 1989, p. 271)

Para exponer el tema de la secularización en la literatura, Gutiérrez referencia el *Discurso de Cristo muerto desde el edificio del mundo* (1796), del alemán Jean Paul Richter (1763-1825). El breve texto del cristiano Jean Paul fue escrito a los 33 años y tenía como fin hacer una apología de la creencia en Dios, mostrando los peligros del ateísmo. Sin embargo, ha servido, como en el caso de Gutiérrez, para mostrar la preocupación de la literatura y de la filosofía que están en vilo por quedarse sin un soporte metafísico. Así se puede leer, cuando en su discurso, Cristo, como personaje de Jean Paul, dice:

He recorrido los mundos, subí hasta los soles y no encontré a Dios alguno; bajé hasta los últimos límites del universo, miré los abismos y grité: Padre, ¿dónde estás? Pero no escuché sino la lluvia que caía en el precipicio. Y cuando busqué en el mundo inmenso el ojo de Dios, se fijó en mí una órbita vacía y sin fondo. Entonces los niños muertos se acercan y le preguntan: Jesús, ¿ya no tenemos Padre? Y Él responde: Todos somos huérfanos. Vosotros y yo. ¡Todos estamos sin Padre! (Richter, 1976, p.2)

Sin embargo, antes de observar las consecuencias de la secularización en la literatura, es preciso esbozar el proceso histórico que describe Gutiérrez de esta categoría, la cual inicia, desde el punto de vista de la historia de las ideas, con la Ilustración del siglo XVIII en la que todo debía estar sometido al tribunal de la razón, según la consigna kantiana *sapere aude*⁴¹ (*Qué es la ilustración*, 1784) y continúa en el XIX con la ideología del francés Destutt de Tracy (1754-1836) y el utilitarismo del inglés Jeremy Bentham (1748-1832). Pero la secularización no se queda en el ámbito filosófico, sino que trasciende a la vida política con la revolución francesa y al ámbito jurídico con el código napoleónico. En Hispanoamérica Andrés Bello es uno de los primeros que apropia, desde la filosofía y la legislación, las ideas de la secularización y la modernidad para este continente. Además, para el caso concreto del modernismo hispanoamericano, la secularización significó el rechazo de España, que representaba los valores católicos e imperiales.

⁴¹ Para Kant, este es el lema de la Ilustración, significa “ten el valor de servirte de tu propia razón”

Si bien Gutiérrez reconoce que el término proviene de la sociología de Weber y en el ámbito filosófico del nihilismo nietzscheano, para efectos de este trabajo, nos quedamos con la sumaria definición de la secularización que hace el autor al describirla como:

Un proceso por el cual partes de la sociedad y trozos de la cultura no reconocen como determinante de la vida los símbolos y representaciones de las instituciones religiosas. Este proceso se inició necesariamente con la independencia, no solamente porque la ideología de los libertadores estaba influida muy en parte por un pensamiento secularizado, sino porque la independencia significó la ruptura de una concepción del Estado, según la cual la sustancia del Imperio Español era el catolicismo de la contrarreforma (Gutiérrez, 1989, p. 64).

Ante este fenómeno cultural, la moderna sociedad tuvo diferentes caminos: algunos reemplazaron la fe en Dios por la fe en el progreso, en la ciencia o en la patria, en otros casos se reemplazó la religión tradicional por religiones que apelaban a lo arcano y misterioso. Así, todas las maneras de pensar y de sentir a las que la religión les había dado su sustento, debieron ser reemplazadas; incluso el lenguaje se tuvo que acomodar a este mundo para dejar el otro.

En este sentido, de acuerdo con el autor de *Modernismo*, la secularización del siglo XIX no fue solo “desmiraculización”⁴² del mundo, también implicó la sacralización del mismo por medio de una fe en la ciencia y en el progreso, en la perfección del hombre, el servicio de la nación. Para esta época comienza a desarrollarse la idea de la conciencia nacional, que va a traer como consecuencia, para los pueblos colonizados, el afán de independencia.

La crítica realizada por Gutiérrez a la historiografía literaria tradicional, analizada en el primer capítulo de este trabajo, tiene como blanco los nacionalismos, por cuanto con estas ideas se rechazan las obras que no se adecúan a un determinado ideal de conciencia nacional. En este caso, el recurso común de la ideología nacionalista era la sacralización de aquello que la burguesía llamó “patria” “y que no era otra cosa que la abusiva identificación de su Estado con el pueblo, con la

⁴² Término de la sociología de Max Weber para describir un mundo desencantado de milagros

nación, con el Estado” (Gutiérrez, 2004, p. 81). En conclusión, en algunos sectores de la sociedad, incluyendo intelectuales, se reemplazó la fe en la religión por la fe en la patria.

Para Gutiérrez, tanto en Hispanoamérica como en España, la secularización representó crisis religiosa, pérdida de fe y miedo al ateísmo. Tal crisis se ve, según él, en autores como Valera, Clarín, Galdós, Unamuno, Rubén Darío, José Martí. Con estos autores, aclara, el arte se ha desprendido de los símbolos religiosos. Y en este aspecto, Martí fue revolucionario, entendiendo por esto, no tanto el transformador, sino el que es capaz de, en la transformación, iluminar lo decisivo, interpretarlo, considerarlo, pensarlo. “y lo decisivo para la literatura de lengua española de fin de siglo fue la secularización” (Gutiérrez, 2004, p. 76). Sin embargo, es preciso observar con más detalle cómo se manifiesta la secularización en las temáticas y en la estética modernista. Si bien la sociedad ya ha sido racionalizada por la lógica burguesa del enriquecimiento económico y el dominio de la naturaleza por medio de las ciencias, ¿cómo evidenciar que en la literatura modernista la secularización fue determinante?

3.2.1. La secularización en la literatura

De acuerdo con Gutiérrez, la sociedad burguesa esperaba que fuera la poesía la que le asegurara un sustento metafísico, como en el pasado lo había hecho Dios y la religión. Sin embargo, se olvidaba que el arte y el artista ya habían sido condenados a la marginalidad por esta misma sociedad. Solo en el círculo de los artistas, es decir, para un número muy reducido de personas, se daba la búsqueda de nuevos símbolos. Así, Schlegel es quien descubre, según el ensayista colombiano, que a la poesía moderna le hace falta una mitología, un centro, para no sentirse rezagada respecto de la antigua poesía, que sí tenía una mitología; una nueva mitología, pero esta vez al servicio de la razón y de las ideas. Dice Gutiérrez:

La nueva mitología fue la poesía, sustituto de la religión perdida que, al consagrarse como “religión del futuro” no solamente se imponía una tarea redentora secular, sino que de antemano condenaba al artista al fracaso. La sociedad burguesa, que se había liberado de las tradiciones religiosas y había marginado al artista y al arte, esperaba necesariamente del nuevo sacerdote y de la nueva mitología mucho más de lo que esta nueva mitología podía dar. Esperaba una totalidad, una “religión de la prosa”, si así cabe decir, que el artista

y el arte, ocupados en crear esa nueva mitología y en definir de nuevo las, maneras de sentir y de pensar, no podían dar (2004, p. 86).

Sin embargo, la secularización se manifiesta de dos maneras, por un lado, se “desmiraculiza” el mundo, pero por otro lado se sacraliza lo profano. En el ámbito poético modernista, la secularización se manifiesta como profanación, principalmente con el erotismo⁴³, es decir, trastocando las imágenes místicas o los personajes bíblicos para expresar la sensualidad. Tal es el caso de Rubén Darío, quien en su poema *Ite, missa est* (el ejemplo es de Gutiérrez) celebra una misa sensual con su amada. Veamos un fragmento:

Yo adoro a una sonámbula con alma de Eloísa,
virgen como la nieve y honda como la mar;
su espíritu es la hostia de mi amorosa misa,
y alzo al són de una dulce lira crepuscular.

(*Prosas profanas y otros poemas*, 1908).⁴⁴

Otro ejemplo es el del poeta mexicano José Juan Tablada (1871-1945):

¡Noche de sábado! En tu alcoba
hay perfume de incensario,
el oro brilla y la caoba
tiene penumbras de sagrario.
Y allá en el lecho do reposa
tu cuerpo blanco, reverbera
como custodia esplendorosa
tu desatada cabellera.

⁴³ Para ampliar este tema se puede ver el ensayo de Ana maría Risco: *Particularidades de la secularización modernista y elementos de la tradición clásica. La constitución contradictoria de una legitimidad intelectual* (2012, Revista *Praesentia* N. 13)

⁴⁴ Otros ejemplos citados por Gutiérrez al respecto son: *Franciscae meae laudes*, de Baudelaire, *Apparicion*, de Mallarmé, *Elegias del duino y sonetos de Orfeo*, de Rilke, *Notre-Dame des sept Douleurs*, de Algernon Charles Swinburne, *Preludio* y el *XXXVII Poema De Soledades*, de Machado e *Ite, missa est*, el citado de Rubén Darío.

(Fragmento de *Misa negra*)⁴⁵

Esta profanación de las imágenes religiosa por parte de los escritores modernistas fue un tópico recurrente. Tal el caso del bogotano Vargas Vila, quien, además de su decidido anticlericalismo, profana las imágenes más queridas del catolicismo, como la virgen María, Juan Bautista, María Magdalena y el mismo Jesús, a quienes humaniza en textos como *Salomé* y *María Magdalena*. De acuerdo con León (2015) “El autor ve en la religión un elemento que condiciona de manera casi absoluta la mentalidad del pueblo y, en esa forma, la juzga como a uno de los mayores enemigos del desarrollo del pensamiento y del progreso de la humanidad” (p. 99). Una mentalidad que lleva a los creyentes a ser mansos frente a la autoridad religiosa y, por consiguiente, esclavos de su moral.

Sin embargo, siguiendo a Gutiérrez, la secularización tuvo otros caminos que no implicaron necesariamente liberación de las ideas religiosas, sino la sustitución de unas creencias por otras; casos en los que la religión tradicional se trastocaba un poco para darle un aire de renovación. De acuerdo con el ensayista colombiano, el camino de conversión a religiones cercanas al catolicismo fue seguido por muchos escritores. Inicia con una religión panteísta de la naturaleza; después viene una religión sin dios, una conciencia de lo infinito. De este modo, la oleada de conversiones al catolicismo se complementaba con la conversión a muchas iglesias y teologías que se consideraban legítimas por su apelación a lo arcano.⁴⁶

Como consecuencia, también un gran número de poetas nuevos son influenciados por el ocultismo. En opinión de Gutiérrez, lo hacen desde un lenguaje nebuloso y con visos de especulación, en el sentido negativo de la palabra. Gran parte de este lenguaje, dice el autor, lo comparte con la religión oficial y con el habla vulgar; en tal caso la prosa pierde su autonomía y se convierte en rito, que

⁴⁵ El poema de Tablada se publicó por primera vez en el diario El País, el 8 de enero de 1893. Su publicación produjo rechazo y protestas. Como consecuencia el autor debió renunciar al cargo de director del suplemento literario de dicho diario.

⁴⁶ Estas son algunas de las apelaciones a lo arcano o teologías sincréticas surgidas en esa época y mencionadas por Gutiérrez Girardot: Griegos, Edad Media, Renacimiento, Siglo XVIII, Orfeo y los misterios de Eleusis, Odín, El Corpus Hermeticum de Bizancio, el neoplatonismo y el neopitagorismo místico, Merlín, Graal, Ars magna de Lilio, Alquimia, Marcilio Ficino, Cornelio Agripa, Nostradamus, Jacobo Böhme, Las diversas masonerías, , Swedenborg, Cagliostro, Franz von Baader, Los Carbonarios, J. G Hammann, el mago del norte, Eliphas Levi, Allan Kardec, Helena Petrovna Blavatsky, Gérard-Anacleto-Vicent Encausse, Papus, Joséphin Péladan.

ya no es asunto de la literatura, sino de los iniciados. Y no obstante las oscuridades y nebulosidades del ocultismo y de las teosofías, estas tuvieron incidencia en la literatura del siglo XIX, aunque su función haya sido estética. Afirma Gutiérrez:

En cuanto eran teologías subsidiarias y eclécticas, no muy lejanas de la superstición y accesibles al charlatanismo, estos saberes, estas teosofías eran un sustituto de la religión y a la vez una forma de protesta contra el mundo moderno de la ciencia. A la exigencia de fundamentación racional y positiva de las afirmaciones sobre el mundo, las teosofías contraponían la vaguedad, la nebulosidad, los cultos; a la nivelación social, a la democratización social, contraponían el esoterismo y las jerarquías (...) a la racionalidad de la ciencia, la irracionalidad de lo inasible; a la transparencia del espíritu crítico y las exigencias del pensamiento filosófico contraponían lo contradictorio...” (2004, p. 124).

Pero esas teosofías presentaban contradicciones en sus esfuerzos de expresión pues, como lo señala el autor de *Modernismo*, a la vez que protestaban contra la ciencia, las exigencias del pensamiento y la filosofía, al mismo tiempo usaban un lenguaje con apariencia de ciencia y exactitud. Y detrás de todo esto se encontraba una búsqueda, se estaba tratando de dar un nuevo sentido a la vida, después de que la secularización dejó sin piso la metafísica tradicional o, mejor dicho, desde que se dio "la muerte de dios". Sin embargo, aclara el autor, con esto no se trata de justificar la defensa de la religión, sino plantear que para algunos autores modernistas fue necesaria la búsqueda de trascendencia para contrarrestar el inmanentismo de la sociedad burguesa y de sus consecuencias en el arte.

Ese carácter profano de la literatura modernista fue rechazado con vehemencia por la crítica tradicionalista de su época. Tal idea se puede constatar al leer el único artículo antimodernista, incluido en la compilación de Lily Lidvak (1981). Se trata de ¿qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular?, escrito por el madrileño José Delito y Peñuela en 1902, quien en su artículo denuncia el modernismo como un movimiento decadente, envejecido, que pervierte los sentidos con su sensualismo; de este modo, para el autor español:

Erotismos y obscenidades, delirios sangrientos y aterradoras quimeras, el satanismo, o el culto sistemático al mal, la delectación morbosa con lo horripilante o corrompido; todo en los decadentes implica una anestesia moral, una emotividad desenfadada, una exaltación neurótica y un desorden mental fronterizo de la locura (p. 388)

Descripción que, independiente de sus intenciones condenatorias, devela lo que significó el Modernismo y el rechazo que generó en algunos sectores de la intelectualidad, especialmente española.

Por eso, a pesar de la homología que había entre los escritores de los países modernos europeos y los hispanoamericanos, debe aclararse que estos no contaban con la misma tradición filosófica y cultural de los franceses, alemanes, ingleses o italianos. Por el contrario, lo que observa Gutiérrez es que en Hispanoamérica la fuerza antimoderna de la iglesia y el ejército obligaba a los escritores a callarse o a buscar la huida. Al respecto, Perus (1981) expone que la “muerte de Dios” se vivió de una manera diferente en Europa y en Hispanoamérica “en donde la huella del racionalismo (incluso en el positivismo) es mucho menos profunda que en un país como Francia, cuna de la Ilustración” (p.109). Entonces, de acuerdo con este planteamiento, habría que entender el sentido de la secularización en términos poéticos, antes que ideológicos.

En conclusión, tal como se deduce de los planteamientos de Gutiérrez, la experiencia de la secularización de la época moderna, concedió a la literatura la posibilidad de explorar mundos amplios, ocultos, intensidad de sentimientos y también un vértigo de abismo, elevación y caída. Lo infinito ahora era posible en este mundo secularizado. Una aventura insondable y lejana. Como los nuevos colonos que no conocen el mapa de a dónde van, sino que a cada paso van trazando el mapa, explica el autor, “y cada uno de los trazos que daba en la pintura de ese mapa, es decir, cada poema lujoso, cada prosa introspectiva, cada metáfora osada, le parecía un acto de rebelión contra la sociedad burguesa, contra la prosa del mundo” (Gutiérrez, 2004, p. 100).

Pero, ¿en qué espacio se dan estas experiencias vitales? ¿Cuáles son los lugares en los que se desenvuelven los valores y el ritmo de vida de la burguesía? ¿El cambio de una sociedad feudal a una burguesa cómo se manifiesta en la vida diaria? ¿Dónde habitan los nuevos poetas, sean marginados o asalariados de una oficina? La respuesta a estos interrogantes se encuentra en el

estudio que se acomete, desde diferentes disciplinas, sobre las grandes urbes, sobre los nuevos espacios arquitectónicos, tanto interiores como exteriores. Pues es allí donde se representa la nueva forma de existencia burguesa, mediada por el lujo, los modales, la sofisticación y el afán de ascenso social. Temas todos que van a ser objeto de la literatura del siglo XIX y comienzos del XX.

3.3 literatura modernista y espacio urbano

Como quedó establecido en el capítulo segundo de este trabajo, gracias al estudio de la literatura, desde los supuestos de la historia social, se puede comprender la estrecha relación entre los procesos sociales y los literarios. En el caso del Modernismo, que está determinado por el desarrollo de la sociedad burguesa y el liberalismo, tal como lo expusieron Perus, Rama y Gutiérrez en sus investigaciones, se trata de analizar cómo el surgimiento de las grandes ciudades influyó en las creaciones literarias de esta época.

Para desarrollar este tema, Gutiérrez acude, en primera instancia, a Lewi Mumford⁴⁷ (1895-1990) (*La ciudad en la historia*, 1966) y su historia de las ciudades, en la cual describe el desarrollo de estas como la historia de su destrucción. Se refiere a las grandes ciudades de Norteamérica e Inglaterra y, más concretamente, a las ciudades industriales. Estas ciudades son agrandadas y adaptadas a las nuevas necesidades de la sociedad burguesa. El ensayista colombiano expone que en Francia hubo dos arquitectos urbanos en el siglo XIX: Haussman⁴⁸ (1809-1891) y Violet -le-Duc⁴⁹ (1814-1879), quienes fueron imitados en muchos países de lengua española. En consecuencia, Francia y los países que imitaban su arquitectura construyeron, sobre las ruinas de viejas ciudades, las metrópolis, las casas oficiales y también las de los burgueses.

Tal como lo expresa Gutiérrez, el eclecticismo de la arquitectura urbana del siglo XIX es la expresión de la personalidad del nuevo rico, que busca una legitimidad cultural, por eso describe el fenómeno como la coexistencia de estrechez y pompa, la pobreza recubierta con riqueza. Y no

⁴⁷ Sociólogo, historiador, filósofo y urbanista estadounidense. En sus estudios estableció las estrechas conexiones entre vida humana y vida urbana.

⁴⁸ Funcionario francés que realizó una extraordinaria transformación urbanística de París en tan solo dos décadas, bajo las órdenes de Napoleón III.

⁴⁹ Arquitecto francés que restauró edificios medievales en París.

obstante la falsedad que revelaba, lo cierto era que este tipo de arquitectura dejaba ver el cosmopolitismo estético, que iba aparejado al cosmopolitismo del comercio en las grandes ciudades, es decir, la expansión del capitalismo. De este modo:

El eclecticismo arquitectónico de las grandes ciudades, producto de la sociedad burguesa, y el correspondiente “cosmopolitismo” del *intérieur* constituyeron un enriquecimiento de la experiencia cotidiana, y con ello, la posibilidad de un enriquecimiento de la expresión. (Gutiérrez, 2002, p. 111)

En ese sentido, el cosmopolitismo se podía apreciar en la cotidianidad de la vida, en las calles y en las casas de las ciudades. Los burgueses embellecieron sus ciudades y, además, se erigieron monumentos a los héroes de cada país, a los jurisconsultos, poetas, descubridores, científicos. En los países de lengua española se presentó un fenómeno curioso y era el del prestigio de lo extranjero, la veneración acrítica especialmente por lo europeo.

Y así como se hizo cosmopolita la ciudad, agrega Gutiérrez, lo mismo ocurrió al interior de las casas; igual que los exteriores, el interior estaba lleno de *pastiches*⁵⁰. La literatura se interesó por la descripción de estos interiores, por ejemplo, en Azorín, en su libro *La voluntad*, que es un texto importante para la comprensión de la problemática de la modernidad en España, muestra dichas descripciones del interior de su propio lugar de trabajo, el cual es austero. Caso contrario, dice Gutiérrez, se ve en el fasto descrito por Martí o por Silva. En muchos autores costumbristas se ven también estas descripciones con un dejo de nostalgia por la tradición perdida y con sospecha de la nueva civilización que invadía las casas. Esto, por ejemplo, en las *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* (1910), de Cordovez Moure, así mismo en Perú, Ricardo Palma, en *Tradiciones peruanas* (1893).

Con todo, el enriquecimiento de la vida, que derivó en un enriquecimiento de la expresión, encuentra su manifestación, para dar un caso concreto, en las *japonerías* y extravagancias de

⁵⁰ Según la RAE, el pastiche es una palabra de origen francés que significa la “imitación o plagio que consiste en tomar determinados elementos característicos de la obra de un artista y combinarlos, de forma que den la impresión de ser una creación independiente”.

Rubén Darío, o en autores como Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Asunción Silva, Laforgue, Herrera y Reissig, Walter Pater, Enrique Larreta, Rodó, y Ortega y Gasset. Pero, además del enriquecimiento de la vida de unos autores, Gutiérrez observa que en otros se dieron expresiones negativas frente a este nuevo mundo urbano. Empieza a gestarse una crítica a la gran ciudad, como en el caso de Martí en el poema *Amor de gran ciudad* (*Versos libres*, 1913), en el que se muestra el deseo de superar el mundo caótico de la gran ciudad y construir a cambio una interioridad.

Siendo así, se crea una contraposición entre la ciudad, que representa en caos y el campo, que representa la tranquilidad y la intimidad. Para realizar este análisis de tipo sociológico, Gutiérrez se vale de los postulados de Georg Simmel, quien en *Las grandes ciudades y la vida anímica* (1957), muestra cómo la misma actividad febril de las ciudades predispone al hombre psicológicamente para una determinada actitud, lo llama la *intensificación de la vida de los nervios*. En contraposición, lo que sucede en una pequeña ciudad o en la provincia es que la vida se mueve lentamente y con calma. De allí se deduce que el hombre de la ciudad tiene un carácter intelectualista de la vida, mientras que el hombre del pueblo se caracteriza por lo emocional y lo anímico. En algunos autores se vio más reflejado este retorno al terruño para buscar la tranquilidad, en contra de las alienaciones de la ciudad moderna. Para el ensayista colombiano, algunos ejemplos de la preferencia por la vida provinciana son *La decadencia de occidente* (1818) de Spengler y *La rebelión de las masas* (1929) de Ortega y Gasset, así como el descubrimiento del paisaje castellano de la generación del 98 y el indigenismo latinoamericano. Trabajos que, según el autor, denotaban una contraposición, sin discusión, entre campo-ciudad⁵¹, contraposición que siempre había existido, pero que ahora tomaba un carácter fundamental. Estas dos formas de existencia sufrieron un proceso de ideologización, una contraposición radical.

Según el colombiano, los regionalistas, más cercanos al mundo de provincia, tenían una postura conservadora, querían detener la historia e incluso retroceder. Quienes experimentaron la gran

⁵¹ Gutiérrez se apoya en los aportes de uno de los padres de la sociología moderna, el alemán Ferdinand Tönnies (1855-1936), concretamente en el libro *Comunidad y sociedad* (1887), para articular estas dos maneras de vivir que llama *voluntad esencial* y *voluntad de escoger*; la primera es la vida en el campo, que es espontánea y emotiva, la segunda es abstracta, racional e impersonal, la vida de la ciudad.

ciudad como un infierno, tenían una postura contraria, desde Baudelaire hasta Azorín. Ellos no querían refugiarse en la tranquilidad del pueblo, como sí lo buscaban los regionalistas, por ejemplo, los modernistas brasileños, catalanes o indigenistas. Lo que hacían poetas como Rilke y Azorín era “revalorar las cosas que habían perdido su propia significación en la sociedad capitalista y burguesa” (Gutiérrez, 2004, p. 115). Se intentaba ir más allá de la experiencia de la vida en ciudad y esa necesidad de la vida en lo urbano, el cosmopolitismo, enriquecía su experiencia y aumentaba su sensibilidad.

En consecuencia, una de las determinantes de la literatura modernista es la conformación de las grandes ciudades, tanto para los que se valen de estas nuevas sensaciones para escribir, como para quienes reaccionan negativamente frente a la misma. A su vez, es importante señalar que la conformación de las grandes ciudades en Hispanoamérica se da como consecuencia de la expansión del capitalismo y que el cosmopolitismo económico representó también un cosmopolitismo cultural y, como lo expresa Perus (1981), lo que se hacía en las grandes urbes europeas se asimila rápidamente en las urbes de Hispanoamérica, creando una “cultura centrífuga, dependiente de lo que se elabora en aquellos centros” (p. 86). De ahí que el modernismo se reconozca como un movimiento cosmopolita, es decir, que busque una comunicación y una ciudadanía mundial.

En su ensayo “De la problemática del modernismo: la crítica y el cosmopolitismo”, el español Luis Monguió Primatesta (1908-2005) analiza cómo el cosmopolitismo de los modernista fue criticado por algunos autores (Como Marinelo⁵² y Sanín Cano⁵³) en tanto significó un desarraigo de las ideas nacionalistas o americanistas, pero también explica que este fenómeno se dio por causa de la integración económica del continente al capitalismo, como lo señaló Perus, y además, por la inmigración de europeos, principalmente a los puertos del cono sur del continente.

⁵² Según Monguió el cubano Marinelo reprocha al modernismo el hecho de haberse olvidado del pueblo y optar por una literatura señorial, es decir, que encubrió esta opción por las élites en su supuesto cosmopolitismo.

⁵³ De igual manera Monguió señala la crítica del colombiano Sanín Cano, quien argumentaba que el modernismo no era en realidad cosmopolita, ya que solo se ceñía a las ideas francesas.

Para Ángel Rama (1976) el desarrollo del modernismo va aparejado a la implantación del capitalismo en Hispanoamérica. Es por tal razón que el primer lugar del modernismo y del capitalismo serán los países en torno al mar Caribe. Allí se encuentran los primeros representantes del Modernismo, Martí, Casal, Gutiérrez, Nájera, Silva y Darío. En un segundo momento, y con mayor fuerza, continúa Rama, el modernismo se instala en Chile, Argentina y Uruguay. Justamente, si se presta atención a la figura más eminente del Modernismo, Rubén Darío, puede argumentarse, como lo hace (Sanzana, 2009-2010) que el cosmopolitismo de este nicaragüense se da gracias a sus viajes. Para este investigador chileno, el inicio del cosmopolitismo de Darío se ubica en su primer viaje a Chile en 1886, que marca un nuevo periodo para su literatura. Si el anterior periodo había sido de tipo provincial, señala Sanzana, con su llegada a Santiago y Valparaíso, puertos en constante agitación y comercio con Europa, se inicia su camino como ciudadano del mundo. Precisamente en esta estancia chilena publica el libro que marca el inicio del Modernismo como época, en 1888. Luego de su viaje por Europa, llega a la Buenos Aires, en 1893. Para esta época la capital de Argentina se había convertido “en el epicentro del movimiento modernista” (p. 5), de acuerdo con este chileno. Fue precisamente allí donde Darío publicó *Los Raros* (1895) y *Prosas profanas* (1896).

De acuerdo con Monguió, el proceso de cosmopolitismo de los escritores modernistas tuvo su comienzo hacia 1880, cuando estos se dieron cuenta que “la belleza era algo inmanente, sin necesaria relación con un país o un tiempo específicos” (1962, p. 168). En consecuencia abandonaron las ideas del nacionalismo literario de los escritores que le precedieron. Sin embargo, de acuerdo con este investigador español, a comienzos de siglo XX se vuelve la mirada a Hispanoamérica, consecuencia de la Guerra de Cuba en 1898 y la separación de Panamá en 1903. Para entonces, los escritores modernistas retroceden su cosmopolitismo, ya que “redescubrieron un especial sentimiento de hermandad hispánica y de solidaridad” (p. 169); además de notar el peligro que representaba el expansionismo de los Estados Unidos. Dichos esfuerzos de los hispanoamericanos se evidenciaron, siguiendo a Monguió, en las obras de Rodó (*Ariel*, 1900), Darío, (*Cantos de Vida y esperanza*, 1905) y Lugones (*Odas seculares*, 1910), obras en las que se hallaban las bases para la identidad continental. Así lo expresa Monguió:

Estos modernistas, tan cosmopolitas por el amor al ideal, supieron volver los ojos a su América, por razón del mismo amor, para exaltar los bellos valores que creían esenciales a la integridad de su tradición y de su tierra. En lenguas múltiples, aprendidas en su mundo cultural cosmopolita, por su raza hablo su espíritu. (p. 169)

Este mismo espíritu de unidad hispanoamericana es el que se encuentra en los autores que revaloriza Gutiérrez, como Bello, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Martí y Rodó, para mencionar a los más destacados. En últimas es el espíritu de la utopía. Pero, no la utopía que buscaba la vuelta al “terruño”, al pasado, sino la que se ha lanzado al futuro para pensar en una sociedad diferente, “un mundo mejor” (Gutiérrez, 2002). Para el ensayista colombiano, los teóricos de la utopía en hispanoamérica fueron José Enrique Rodó y Pedro Henríquez Ureña, y agrega que:

Su reino amplió el de la literatura, y al enriquecimiento formal y temático que trajo el modernismo se agregó el enriquecimiento de la literatura fantástica. No era extraña, como dice Manuel Pedro González, a la mentalidad hispánica. Con el modernismo, esta mentalidad se había abierto al mundo, había asimilado el pensamiento y la literatura europeos del siglo XIX, se había puesto, en ocasiones, a su altura y había perfilado su especificidad. Los países de lengua española ya no debían considerarse zonas marginales de la literatura mundial. (p. 156)

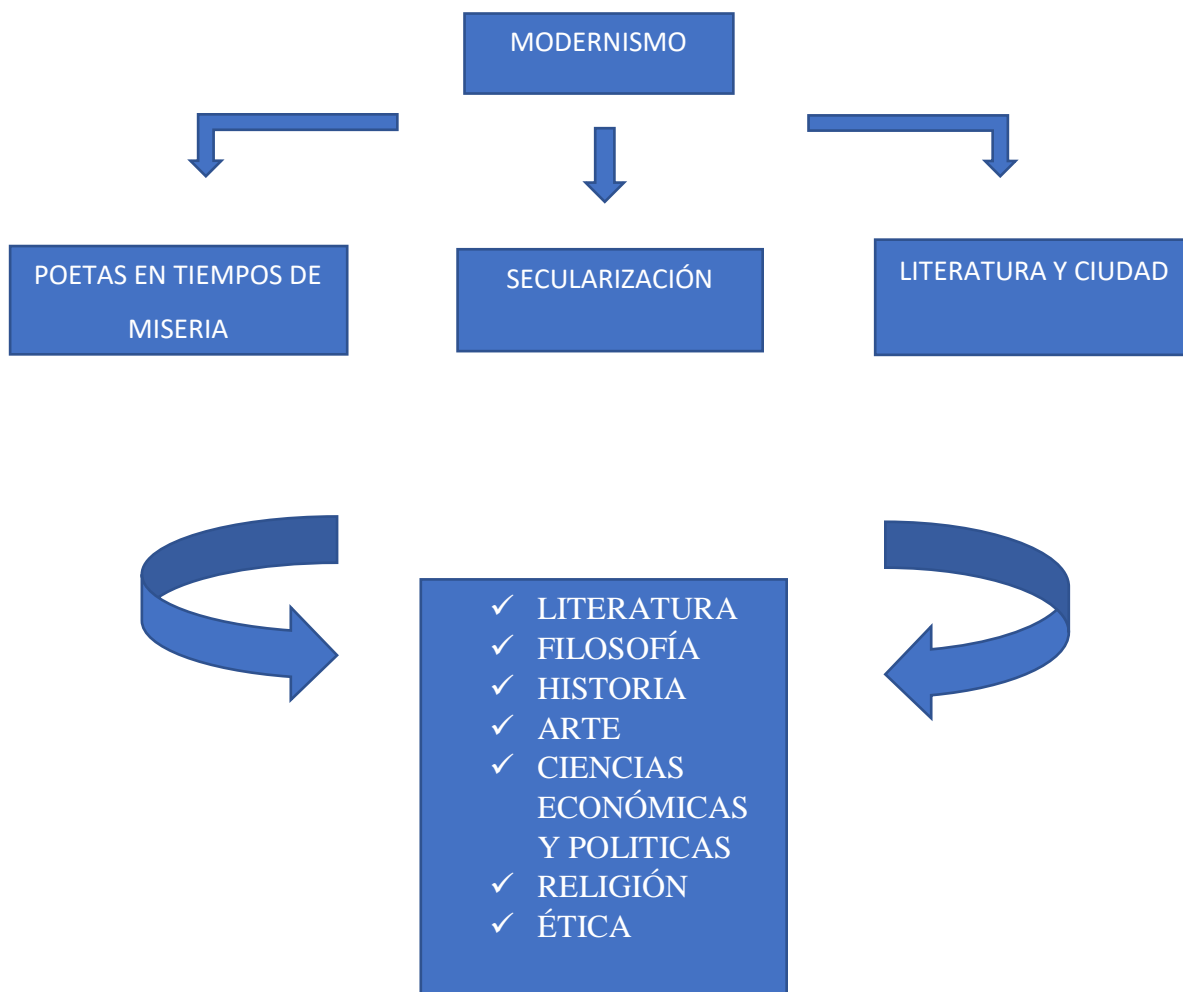
En conclusión, abordar el sentido del modernismo desde los supuesto de la historia social planteada por Gutiérrez, esto es en el marco de la expansión del capitalismo global, permite comprender que este movimiento fue el vehículo para la integración de las letras hispanoamericanas a la literatura planetaria y la respuesta de las mismas a la primera globalización. A partir de esa integración a las letras planetarias, el proceso ha seguido su curso y ha quedado la impronta sembrada por Henríquez Ureña y Alfonso Reyes de buscar una expresión propia americana y una integración continental. Siendo así, habría que decir con Gutiérrez que el modernismo hispanoamericano al constituirse como literatura autónoma, conservó y enriqueció el ideal del libertador”. Una idea que aún se mantiene como utopía.

3.4 Una propuesta curricular para la enseñanza del modernismo en el bachillerato

Por último, en el presente apartado se hace un diseño curricular para aplicar el método de Gutiérrez Girardot al momento de abordar el Modernismo en las clases de bachillerato. Aclarando que se trata sólo de un esbozo para la creación de un módulo que aproxime al estudiante al modernismo literario, en perspectiva de la historia social de la literatura, planteada por Rafael Gutiérrez Girardot y expuesto en el segundo capítulo de la presente monografía.

De esta manera, el módulo propuesto tiene la característica de ser interdisciplinario, tal como se deduce del abordaje hecho por Gutiérrez, en el que, para entender un fenómeno literario, debe conocerse el entorno social, cultural, económico y filosófico de dicha obra. Este planteamiento puede ser problemático en la realidad de un colegio colombiano de hoy, ya que existe una fragmentación entre las diferentes asignaturas que se imparten en las instituciones de bachillerato. A ello se suman los controles y supervisiones del Ministerio de Educación Nacional, establecidos en los estándares y en los Derechos Básicos de Aprendizaje. Por ello la interdisciplinariedad propuesta en el presente módulo se convierte en un desafío que requiere, de parte de las instituciones y los docentes, autonomía, diálogo y concertación en su programación curricular. En este caso, se trata de integrar asignaturas tales como español y literatura, filosofía, historia, arte, ciencias económicas y políticas, religión y ética.

Derivado del análisis que hace Gutiérrez al modernismo y de los planteamientos de la historia social de la literatura, el modernismo se puede estudiar mejor si se tienen en cuenta tres aspectos primordiales: la situación de los poetas en la moderna sociedad burguesa, la secularización que implicó la modernidad y el nacimiento de las grandes ciudades, con sus consecuencias para la mentalidad moderna y la literatura modernista. Así la estructura del módulo implicaría abordar estos fenómenos desde las asignaturas mencionadas, de la siguiente manera:



MODERNISMO		
POETAS EN TIEMPOS DE MISERIA	SECULARIZACIÓN	LITERATURA Y CIUDAD
<p>LITERATURA</p> <p>- "Pan y vino", de Hölderling</p> <p>- Novela de artista: "De sobremesa", de José Asunción Silva.</p>	<p>LITERATURA</p> <p>- "Discurso de Cristo muerto sobre el edificio del mundo", de Richter</p> <p>- Sacralización de lo profano y lo erótico en la literatura.</p>	<p>LITERATURA</p> <p>- Descripción de ciudades y de los interiores de las casas en las obras literarias: "La voluntad", de Azorín</p>

<p>"El pintor de la vida moderna", de Baudelaire</p> <p>"Lirio blanco", "Lirio rojo", "Lirio negro", de Vargas Vila</p>	<p>"Ite missa est", de Rubén Darío</p> <p>"Misa negra", de José Juan Tablada</p> <p>"Salomé y María Magdalena", de Vargas Vila</p> <p>Sustitutos de religión en la literatura con función estética: apelaciones a lo arcano, ocultismo, teosofías, teologías eclécticas</p>	
<p>FILOSOFÍA</p> <p>-El capitalismo y la burguesía. División del trabajo y el artista como un asalariado más.</p> <p>"Manifiesto del partido comunista", de Marx</p> <p>- El arte ha dejado de ser la más alta manifestación del espíritu. "Prosa del mundo", el hombre como un medio y no un fin.</p> <p>"Lecciones de estética", de Hegel</p>	<p>FILOSOFÍA</p> <p>-Ilustración</p> <p>-"Qué es la ilustración", de Kant</p> <p>-Destutt Tracccy</p> <p>-Bentham</p> <p>-Muerte de Dios en la filosofía de Nietzsche</p>	<p>HISTORIA</p> <p>-Conformación de las grandes ciudades en Latinoamérica</p> <p>-Inmigraciones europeas hacia Latinoamérica</p> <p>-Relación entre vida humana y vida urbana (Munfort)</p> <p>-Diferencias entre la vida en ciudad (llevada por el intelecto y de carácter febril) y en el campo (Llevada por afectos y en tranquilidad) George Simel</p>

<p>- Conflictos sociales y culturales de la modernidad</p>		
<p>ÉTICA</p> <ul style="list-style-type: none"> -Búsqueda egoísta de realización personal en la moderna sociedad - Afán de ascenso social, -Considerar al otro como medio para mis fines 	<p>HISTORIA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Influencia del catolicismo contrarreformista en América hispana - Revolución francesa y estado laico - Constitución de 1991 y estado laico 	<p>ARTE</p> <ul style="list-style-type: none"> -Arquitectura urbana en el siglo XIX -Las viviendas de los nuevos ricos en Latinoamérica -Cosmopolitismo estético -Embellecimiento de las ciudades, edificios públicos, monumentos -Modernismo en la pintura
<p>ECONOMÍA</p> <ul style="list-style-type: none"> -Lógica capitalista, relaciones de dependencia económica omnipresentes -Implantación del modelo capitalista en América latina -Incorporación de Latinoamérica al liberalismo económico 	<p>RELIGIÓN</p> <ul style="list-style-type: none"> -Catecismo del padre Astete -Reforma protestante y contrarreforma -Crisis religiosa en la modernidad -Ateísmo 	<p>ECONOMÍA</p> <ul style="list-style-type: none"> -Expansión del capitalismo y surgimiento de grandes ciudades -Cosmopolitismo económico y cosmopolitismo cultural

Por su puesto, el total desarrollo de esta propuesta curricular estaría sujeto a la autonomía de los docentes, a sus experiencias con los diferentes grados, al contexto del colegio. Por ello se puede enriquecer con otras lecturas y otras formas de lenguaje, como películas, pintura, además de muchos otros poemas o novelas. De este modo avanzar en la comprensión de las manifestaciones literarias, más allá de los problemas formales o estéticos. Para el caso del modernismo, salirse de las definiciones de manual que lo consideran en oposición a la generación de 98 y en su aspecto meramente formal.

Conclusiones

En la realización de esta tesis se ha podido encontrar que, el estudio de un autor como Gutiérrez, comporta grandes desafíos para quien acomete su obra. El primero de estos desafíos es el nivel conceptual desde el que escribe este ensayista colombiano, ya que en sus elaboraciones teóricas utiliza categorías de la filosofía, especialmente la alemana, la sociología, la historia, la crítica literaria y la literatura misma. Como consecuencia de esto se desprende otro de los desafíos, el cual consiste en la capacidad de interrelacionar un aparato bibliográfico extenso sobre las mencionadas disciplinas.

También se precisó el lugar que ocupa Gutiérrez dentro de los estudios literarios hispanoamericanos, es decir, una figura importante que a partir de la década de los 80 se convierte en un referente obligado en temas como la historiografía literaria, la historia social, el Modernismo, y en general, sobre los estudios hispanoamericanos. Sin embargo, a pesar de que, en muchos investigadores actuales, los postulados de Gutiérrez son vertebrales y fundacionales, en el transcurso de la investigación se pudo hallar que los estudios de este hispanista también han sido revalorados, y un problema como el de la unidad hispanoamericana es visto desde otras perspectivas, más cercanas a procesos lingüísticos locales, culturales, populares y transculturales.

Sobre el problema de la historiografía literaria hispanoamericana es importante estar siempre preguntándose por sus presupuestos ideológicos y teóricos, de tal manera que al estudiar la historia literaria de un país o de un periodo, se puedan descubrir los fundamentos, las perspectivas y las intenciones de la misma. De igual manera, como docentes o estudiantes de literatura, es preciso hacer una revisión de las historias canónicas y de las que han sido poco estudiadas, entendiendo las razones de su aceptación o rechazo.

Esto no implica, por supuesto, que la historiografía literaria de Hispanoamérica deba seguir un camino aparte de Europa, pues sus letras están íntimamente ligadas. Lo que implica es entrar en un diálogo con aquellos autores y teorías que dieron origen a la historiografía literaria, pero teniendo en cuenta las particularidades de este continente. No sin razón el presente trabajo estuvo dedicado de manera central a considerar las ideas de un autor como Gutiérrez, pues él ha sabido apropiarse para Hispanoamérica todo el aparato conceptual de las ciencias humanas europeas, no

para despreciar la propia tradición, sino para ayudar a construirla en un diálogo cosmopolita. Sin embargo, frente al hispanismo de Gutiérrez, se podrían plantear otro tipo de estudios que se fijen más en las particularidades de las comunidades lingüísticas o de los pueblos minoritarios.

En cuanto a la historia social de la literatura, resulta relevante la idea de vincular diferentes áreas del conocimiento para estudiar la literatura. Dicha vinculación rompió, en su época, con una visión formalista de los estudios literarios. Aunque, si bien es importante la comprensión y el análisis de los textos mismos, también es importante conocer la literatura como una institución, es decir, como una compleja red de relaciones que, al estudiarlas, enriquecen la comprensión de una obra literaria y la perspectiva del investigador. El proyecto de una historia social de la literatura nos muestra que los estudios sobre archivos, manuscritos, diarios, biografías y correspondencias no son de segundo renglón, sino que, por el contrario, ayudan a develar información valiosa al momento de investigar sobre algún tema o problema literario. Así, los caminos investigativos que abre Gutiérrez, frente a la historiografía literaria futura, conservan su validez en tanto dejan resuelto que la historia literaria debe abandonar los criterios cronológicos, geográficos, nacionalista y partidistas, para enfocarse de manera seria en los aspectos sociales y culturales que condicionan la literatura como institución social.

Al estudiar el modernismo desde los supuestos históricos y culturales que subyacen a este, se pudo notar que una nueva voz se estaba escuchando en América y estaba al nivel de los europeos. El análisis de este movimiento, no desde la filología, sino desde la historia, arrojó un positivo resultado: “La literatura hispanoamericana había dejado de ser española”. (Gutiérrez G. R., *El modernismo como procesos histórico-cultural*, 1989, p.194). Así como políticamente los pueblos habían dejado de ser parte de España, gracias a las luchas independentistas, así la literatura realizó su propia emancipación con el Modernismo, de este modo fue expresado por el ensayista colombiano:

Con el modernismo la literatura hispanoamericana había concluido el proceso de su formación autónoma en un ritmo que correspondía al de la historia europea, es decir que la literatura hispanoamericana había sabido integrarse a la literatura europea, pero que esa

integración, si así cabe llamarla, había contribuido a destacar su propio perfil (El modernismo como procesos histórico-cultural, 1989, p.195).

Así, estas reflexiones de Gutiérrez sobre la literatura hispanoamericana, en general, y sobre el Modernismo en particular, son un importante insumo para quienes hoy ejercen como docentes en las ciencias humanas, y principalmente en la literatura. Valdría la pena preguntarnos: ¿cómo se enseña hoy la literatura en los colegios y en las universidades? ¿Cómo se aborda el tema del Modernismo en dichas instituciones? ¿Hoy en día está superado plenamente el método de enseñanza a partir de las generaciones, de las sucesiones cronológicas y las pertenencias geográficas? El presente trabajo arriesga una propuesta de diseño curricular que valdría la pena llevar a la praxis pedagógica y analizar sus resultados en otro trabajo.

Por otro lado, una de las dificultades que se presentó al momento de realizar este trabajo, fue el de haberse ceñido, en un comienzo, exclusivamente a las ideas de Gutiérrez. Y aunque el objetivo era ahondar en los postulados de este autor sobre la historiografía literaria, la historia social de la literatura y su estudio del Modernismo, con el pasar del tiempo se dio la imperiosa necesidad de ampliar la perspectiva para comprender que los trabajos de Gutiérrez hacen parte de los esfuerzos intelectuales de los hispanoamericanos hacia la década de los 80. Por tanto había que consultar a otros investigadores que trabajaban esta misma línea de estudio. Además, la perspectiva histórica amplia permitió reconocer que, después de los trabajos de Gutiérrez han pasado varias décadas. Y aunque conserva vigencia gran parte de su legado, hay cosas que deben ser revaloradas y sobre esto hay amplios campos sin investigar.

Dentro de las dificultades que se mencionaron al inicio de estas conclusiones estaba el nivel conceptual del autor objeto de esta tesis. Frente a esto, y a manera de tareas pendientes, queda estudiar más a fondo las disciplinas en las que este autor se mueve, como la sociología, la filosofía y la historia. Igualmente queda pendiente el estudio y la revaloración de una tradición que, de acuerdo con Gutiérrez, en su momento, se encargó de realizar la independencia, no solo política, sino también una independencia filosófica y estética. La tradición que postuló la idea de una América libre.

Para finalizar, es pertinente resaltar la labor que, investigadores como Juan Guillermo Gómez y su grupo de trabajo en la Universidad de Antioquia, realizan para conformar la obra crítica de Gutiérrez. El trabajo de apropiación de su obra apenas está comenzando y es importante que los nuevos investigadores, de pregrados como de posgrados, se aproximen de manera crítica a la obra de este autor con estudios temáticos, tesis, monografías, traducciones y ediciones críticas de sus obras. No estaría de más procurar que el estudio de este importante autor colombiano trascienda a la acción política y la praxis pedagógica, tanto en colegios como en universidades y que a partir de sus ideas se pueda aportar al crecimiento científico y humanístico de las diferentes instancias de educación en el país. Tampoco estaría de más realizar una crítica a la crítica de Gutiérrez y, en un ejercicio de polémica, destejer algunas de sus argumentaciones en las que posiblemente haya contradicciones, como su eurocentrismo, su germanofilia, su defensa de lo hispanoamericano, siendo esto también un criterio geográfico o su desprecio por el indigenismo y algunos autores como Dussel, Camilo Torres, Mariátegui, Françoise Perus, Octavio Paz, Gabriela Mistral, Ortega y Gasset, entre muchos otros.

Referentes Bibliográficos

- Adorno, T. (1965). Tesis sobre sociología del arte. Frankfurt.
- Altamirano, C. (2008). *Historia de los intelectuales en America Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Baudelaire, C. (2019). *El pintor de la vida moderna*. Madrid: Taurus.
- Boron, A. (2009). Los siete ensayos de Mariátegui: hito fundacional del marxismo latinoamericano. En J. C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Buenos Aires: Capital intelectual.
- Brescia, P. (abril-junio de 1994). Historiografía literaria hispanoamericana: de 1980 a la actualidad. (U. Veracruzana, Ed.) *La palabra y el hombre*(90), 5-24.
- Cuvardic, D. (2008). La construcción de tipos sociales en el costumbrismo latinoamericano. *Filología y lingüística*, 37-59.
- Delgado, R. (1903). *Los parientes Ricos*. México: Cerca de Sto Domingo.
- Fehrenbach, E. (1957). *Derecho revolucionario y sociedad tradicional*. Santiago de Chile: Olejnik.
- Fernandez, d. L. (1816). *El Periquillo Sarniento*. Barcelona : Ramón Sopena.
- Forero, C. A. (2018). El modernismo, utopía y crítica de Rafael Gutiérrez Girardot. Tesis. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Freyre, G. (2010). *Casa grande y senzala*. Madrid: casadellibro.com.
- Gaos, J. (1943). *El pensamiento hispanoamericano*. México: Colegio de México.
- García, G. J. (2011). *Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot* (1a edición ed.). Medellín: Ediciones UNAULA.
- Gervinis, G. (1849). *Historia de la literatura nacional de los alemanes*. Leipzig.
- Góngora, M. (1973). *Encmenderos y estancieros*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- González, B. (2002). *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Vervuert: Iberoamericana.
- Guillén, M. C. (2003). Los archivos históricos de las universidades más antiguas de Bogotá. (págs. 167-185). Madrid: Instituto Antonio de Nebrija.
- Gutiérrez, G. (1986). Revisión de la historiografía literaria latinoamericana. En *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura.

- Gutiérrez, G. R. (1976). Literatura y sociedad. En M. M. textos), *Extravagario* (págs. 13-28). Bogotá: Biblioteca Colombiana de Cultura.
- Gutiérrez, G. R. (1986). *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura.
- Gutiérrez, G. R. (1986). El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana. En *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura.
- Gutiérrez, G. R. (1989). El modernismo como procesos histórico-cultural. En *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas* (págs. 186-197). Bogotá: Temis.
- Gutiérrez, G. R. (1989). *Temas y problemas para una historia social de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Ediciones Cave Canem.
- Gutiérrez, G. R. (1989). Universidad y sociedad. En *Hispanoamérica: Imágenes y Perspectivas*. Bogotá: Temis.
- Gutiérrez, G. R. (1990). *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*. Maryland: University of Maryland at College Park.
- Gutiérrez, G. R. (2004). *Modernismo. supuestos históricos y culturales* (3a edición ed.). Bogotá: FCE.
- Gutiérrez, G. R. (Agosto de 2005). Los intelectuales en la historia. *Atabí*.
- Gutiérrez, G. R. (2011). La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío. En *Cuestiones* (1a reimpresión ed., págs. 22-44). Bogotá: FCE.
- Hauser, A. (1969). *Historia social de la literatura y el arte*. (A. T. Reyes, Trad.) Madrid: Guadarrama.
- Heinse, W. (1787). *Ardinghelo y las islas bienaventuradas*. Valencia: Pretextos.
- Henríquez, U. M. (1962). *Breve historia del modernismo*. México: FCE.
- Henríquez, U. P. (2014). *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (4a edición ed.). (J. Díez-Canedo, Trad.) México: FCE.
- Hölderling, F. (1977). *Poesía completa*. Barcelona : Ediciones 29.
- Korn, A. (1920). *Influencias filosóficas en la evolución nacional* . Buenos Aires: Claridad.
- Mariátegui, J. C. (1979). *Siete ensayos* . Caracas: Ayacucho.
- Marx, C. (2008). *Sobre la crítica de la economía política* (9a edicione en español ed.). México: Siglo XXI.
- Menendez, P. M. (1878). *Defensa del programa de literatura española*. Santander: EDCHL.
- Mondol, M. (2017). *Historiografía literaria y Sociedad: Una interpretación socio-discursiva del pensamiento histórico*. Potsdam: Institutional Repository of the University of Potsdam.

- Monguió, L. (Enero-junio de 1962). De la problemática del modernismo: la crítica y el "cosmopolitismo". *Iberoamericana*, 75-86.
- Monroy, L. (2019). *Rafael Gutiérrez Girardot. Pensamiento literario y relaciones con América Latina entre 1970 y 1990*. Ibagué: Universidad del Tolima.
- Munford, L. (1966). *La ciudad en la historia*. Buenos Aires : Infinito.
- O'Hara, E. (1991). Cuerda Para rato. Reseña de Temas y problemas para una historia social de la literatura. (B. d. República, Ed.) *Boletín cultural y bibliográfico*, 28(27), 76-80.
- Ochoa, A. C. (2018). *Hernando Domínguez Camargo y su poema heroico. Acercamiento crítico a un juicio de valoración sobre el mundo y el oficio de las letras*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Osorio, B. (Junio de 2006). Entre la hoguera y la sabiduría. Escritoras religiosas del mundo hispánico. *Lingüística y literatura*(70), 131-148.
- Pérez, G. B. (1887). *Fortunata y Jacinta*. Madrid: Imprenta de la Guirnalda.
- Perez, J. S. (2017). Evolución y rasgos de las historiografías de los nacionalismos en España. *Boletín de historia contemporánea de España*(52), 97-113.
- Perus, F. (1992). *Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*. Veracruz: Instituto de Investigaciones Humanísticas, Universidad Veracruzana.
- Pulido, G. (2010). La historiografía de la literatura en Latinoamérica y el Caribe: desde el positivismo hasta el marxismo y el comparatismo cultural. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 39, 227-249.
- Quesada, V. (1917). *La vida intelectual en América española durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Buenos Aires: La cultura argentina.
- Rama, Á. (1976). *Rubén Darío y el Modernismo*. Caracas: Biblioteca Central de Venezuela.
- Reyes, A. (1944). *El deslinde*. México: FCE.
- Reyes, A. (1946). *Letras de la Nueva España*. México: FCE.
- Reyes, A. (1991). *Última tula y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca ayacucho.
- Richter. (1976). "Discurso de Cristo muerto desde lo alto del cosmos diciendo que no hay Dios". Obtenido de <http://taduraca.blogspot.com/2019/06/el-sueno-de-jean-paul-richter-discurso.html?m=1>
- Rivas, C. (Abril de 2011). Rafael Gutiérrez Girardot en la Revista Quimera(1981-2003). Una antología ejemplar. *Revista Chilena de Literatura*(78), 257-278.
- Rivas, P. C. (2015). *Tesis Doctoral: Rafael Gutiérrez Girardot. Los años de formación en Colombia y España (1928-1953)*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

- Rojas, R. (1948). *Historia de la literatura argentina : ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en El Plata*. Buenos Aires: Losada.
- Sanctis, F. (1871). *Historia de la literatura italiana*. Buenos Aires: Porrúa.
- Sanzana, I. (2009-2010). Consideraciones sobre el cosmopolitismo en Rubén Darío. (U. N. Cuarto, Ed.) *Borradores*, X-XI, 1-10. Obtenido de <https://www.unrc.edu.ar/publicar/borradores/Vol10-11/pdf/Consideraciones%20sobre%20el%20cosmopolitismo%20en%20Ruben%20Dario.pdf>
- Schlegel, F. (1799). *Lucinda*. Mexico: Siglo XXI.
- Serna, R. (2012). Modernismo, un fenómeno amplio. *Archivo de filología aragonesa*, 177-184.
- Silva, C. R. (1961). *Panorama literario de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Simel, G. (1957). *Las grandes ciudades y la vida anímica*. Barcelona: Península.
- Sosa, S. (2007). La vigencia del pensamiento de José Carlos Mariátegui en un mundo global: identidad, cultura y nación en América Latina. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 49(199), 107-131.
- Trejo, E. (2010). Historiografía, hermenéutica e historia. consideraciones varias. (I. d. UNAM, Ed.) *Historicas* 87(87), 2-11.
- Vallejo, C. (1973). *El arte y la revolución*. Lima: Mosca Azul.
- Vergara y Vergara, J. M. (1867). *Historia de la literatura de la Nueva Granada*. Bogotá: Biblioteca de la presidencia de Colombia.
- Vicéns, V. J. (1957). *Historia social de España y América*. Barcelona: Teide.
- Zavala, S. (1973). *La encomienda indiana*. México: Porrúa.